

El naufragio del alba

Del naufragio intuyo el alba

DOSIS 100 Mg

Libro de registro del caso: #89

Primera admisión: 2013

Número de caso: 1

Edad de admisión: 33

INGRESO Voluntario Concomitante

Tiempo de estadía:

BAJO MEDICACIÓN sí NO

Perfil bio-biblio-psiquiátrico

En el panorama intelectual y cultural contemporáneo, surge una figura que pone de manifiesto la intersección entre la política, la creatividad y la complejidad emocional. David Gómez Rodríguez, nacido en Venezuela en 1990, de una familia de luchadores sociales, artistas y profesores, se presenta como un caso intrigante, cuya trayectoria está tejida con hilos de compromiso revolucionario, vesanía poética y devoción intelectual.

El análisis de su periplo vital nos conduce a los libros, pues, aun con un doctorado, su búsqueda constante de conocimiento refleja una notable obsesión. Sus investigaciones y artículos de opinión en áreas como la política, el desarrollo humano, el marxismo y la cultura atestiguan un deseo de exploración y análisis profundo, tal vez impulsado por un deseo creciente de desarrollo y reconocimiento. La literatura y la política se presentan en su vida como primordial. Su afán por la poesía y su liderazgo en organizaciones revolucionarias evidencian su necesidad de crear espacios en donde hacer realidad otro mundo. Es un inconforme crónico, la realidad que ha palpado en diversos países de Europa, Asia y América, lo han convencido de que la humanidad debe renacer. Por eso se ha obsesionado en equilibrar en su ser el concepto de *cuadro revolucionario* y poeta, lo que queda claro en sus obras publicadas: *La lucerna* (revista), *Puentes de miel sobre la grieta* (poemario) y *Organizar el vendaval: La juventud en la nueva etapa de transición al socialismo* (ensayo).

En resumen, David Gómez Rodríguez está atado, como sus personajes, a una esperanza radical, casi esquizofrénica. Explorar las dimensiones emocionales y psicológicas detrás de sus escritos, logros y decisiones ofrece una ventana fascinante hacia las motivaciones subyacentes que impulsan su trayectoria vital.

Hospital: El mejor país del mundo.

Patología: Esquizofrenia / Esperanza crónica?

Condición económica:

ESTADO CIVIL: Soltero Casado Divorciado

Religión: La poesía la revolución

AMBIENTE: Rural Urbano Nacional Extranjero

Número de hijos:

País de Origen: Venezuela

Ocupación: Pivomano

NIVEL EDUCATIVO: Analfabeto Primaria Bachillerato Universitaria

Estamos en guerra



9 789807 871136

Dictamen clínico

Diagnóstico: Es una obra literaria que nos sumerge en un profundo viaje psicológico, que transporta al lector a un mundo donde la locura, la resistencia y el amor se convierte en un himno de esperanza en la oscuridad. A través de una trama intrincada y personajes meticulosamente contruidos, el autor desentraña las heridas ocultas y los conflictos internos de una Venezuela revolucionada, convulsa y agredida. Esta obra es un acto de rebeldía que reconoce al país como un campo de batalla, una metáfora caótica que rompe los límites de lo predecible.

Anamnesis: Utilizando la poesía el autor aborda las historias de sus personajes proyectando con habilidad los síntomas de diversas condiciones psicológicas, políticas y sociales. A través de una cuidadosa observación, explora los mecanismos de defensa, los traumas pasados y las distorsiones cognitivas que afectan la vida de los individuos retratados en la trama.

Diagnóstico Diferencial: Esta novela se distancia de las narrativas convencionales al adentrarse en los recovecos más oscuros de la mente y explorar las causas subyacentes de las patologías de un país en revolución. En ella puede observar un desarrollo magistral de los personajes, así como una visión experimental de los tiempos y los espacios que mantendrán al lector en una lectura dinámica y apasionante.

Tratamiento Recomendado: Este libro proporciona una oportunidad única para reflexionar sobre nuestras propias emociones y adentrarnos en las contradicciones que se manifiestan en la asediada sociedad venezolana. Se recomienda su lectura en casos de incomformidad, desesperanza o borreguismo terminal. En caso de efectos secundarios como rabia, esperanza excesiva o ansiedad contactar inmediatamente con el autor.

Dannibal Reyes
Editor

Fecha de muerte:

Ahora intuyo tu néctar
no le temo a la muerte

~~El naufragio del alba~~
Del naufragio intuyo el alba

F U N D A C I Ó N

S E N Z A L A

COLECTIVO ■ EDITORIAL

~~El naufragio del alba~~ *Del naufragio intuyo el alba*

1ra. Edición, 2023

© David Gómez Rodríguez

© Senzala Colectivo Editorial

Urbanización Colinas de Bello Monte,
Avenida Garcilazo, edificio Cecilia, 25-6

Municipio Baruta

Miranda – Venezuela

Teléfonos +584125939516

Correos electrónicos:

senzalaeditores@gmail.com

Páginas web:

www.agencialiterariadelsur.com.ve

Concepto editorial

Agencia Literaria del Sur

Dirección editorial

Dannybal Reyes Umbría

Coordinación editorial

Juanibal Reyes Umbría

Diseño y Diagramación

Bruno Amico

Corrección editorial

Yanuva León

Revisión de textos originales

Dorca Chirino

Agradecimientos:

Christian Rodríguez

Greicys Barrios

Alexander Listratov

Virginio Gouveia

Floriman Bello

Cynthia Urbina

Roy Chaderton Matos

Jhoanna Carrillo

Hecho el depósito de ley

Depósito legal DC2023001186

ISBN 978-980-7871-13-6

Impreso en Venezuela

~~El naufragio del alba~~
Del naufragio intuyo el alba

David Gómez Rodríguez

Índice Poema

- 11 Cercando el mar
- 19 El país es un puerto
- 28 Bajo asedio
- 30 La historia y la ilusión
- 34 Rondan la locura
- 42 Desembarca la esperanza
- 45 Manchada de petróleo
- 49 Vestida de bata blanca
- 55 Sobre el camino
- 59 Caracas *again*
- 63 Es la crisálida
- 66 La democracia de los griegos
- 68 Toca el futuro con la punta de la lengua:
Caracas reload
- 72 El *Tumorrou*
- 75 En el punto de emboscada
- 81 Diagrama las abejas
- 82 Entre el silencio y el grito
- 85 La poesía se hospeda en el olvido
- 87 Todos están locos
- 89 Usan máscaras en el temblor
- 91 Se ocultan de sí mismos
- 93 Como la vanguardia guara
- 94 En el camino
- 96 Inauguran espectros
- 97 En el naufragio
- 99 Volver a casa
- 101 Como cartas de tristeza
- 102 Ser médico
- 104 En la agonía
- 105 Dulce es la ilusión
- 106 Esa puta que nos vuela los sesos

- 111 La diosa del abismo
113 La maldición del odio
115 La abeja inquisidora
118 Bajo el agua salada
120 Para temblar
121 Sin analgésicos
122 Gritando cartas de Bolívar
123 En la ciudad de los duendes
126 Se pinta la verdad
129 Después del naufragio
todos tienen miedo
131 El amor es una langosta
133 En medio de la tormenta
134 Un balacero salvaje
138 Sobre un barco
140 A la deriva
143 La poesía es la verdad
144 Devoradora
147 El monstruo por dentro
149 Los colmillos del lobo
151 El sueño de la carajita
154 La esperanza
156 Las espadas
159 La libertad
162 La Siempreviva
166 Entre delirios amorosos
168 El plan como el pan
169 Posología para hacer una banderade fuego
170 La bandera
173 El alba

*Manoa es la otra luz del horizonte,
quien sueña puede divisarla, va en camino,
pero quien ama ya llegó, ya vive en ella*

Eugenio Montejo

*La verdadera razón no está libre de todo compromiso con la locura;
por el contrario, debe seguir los caminos que ésta le señala*

Michel Foucault

*Uno tiene que defenderse de este país.
Es mejor que uno lo interprete como si tuviera delante una fiera*

José Ignacio Cabrujas



Si naufraga el amanecer se hunde el mañana? Veo cómo el puñal penetra en el vientre de Alba con el terror con el que una mariposa entra a un bosque oscuro. Una mariposa nace y vuela temiendo que, al bajar las alas, una ráfaga de viento le arrebate los sueños, huye de la penumbra en la que estuvo sumergida mientras le crecen las alas y aletea desesperadamente hacia la luz. Alba era así, pero no lo supo: comenzó a sangrar con el cacarear de los gallos.

Siete zarpazos: uno en la espalda, a la altura del pulmón, y seis en el vientre. El cuerpo ya había encallado con la cuarta puñalada, pero por temor a que sobreviviera, uno de los hombres la sostuvo para asesarle las otras tres. Alba abría los ojos hasta el límite, tensando su cuerpo con cada punzada: ¡zas, zas, zas! Al final, gritó con las pupilas.

11

Al dejar caer el puñal sobre el suelo de cemento pulido, las ciento treinta y dos mariposas que nacieron en ese instante en el bosque de La Siempreviva, bajaron las alas y sintieron el derrame, como si nadaran en vez de volar. Estaba tan oscuro que la sangre de Alba era una mancha de petróleo sobre el mar picado. El derrame se esparcía inflamable, matando arrecifes y sueños a su paso, como si cada gota fuese un buque con el intestino abierto sobre las siembras de ese pobre caserío. Los hombres parecían bañados de una sombra líquida y aquella mujer era un pozo de crudo profanado.

La noche estaba calma bajo un claro de luna, pero los gritos despertaron a todos recordando sus angustias. Nadie quiere pertenecer a otro, pero la tierra, como el peón, es de quien la cerca... y las cercas, cuando atrapan algo, sea humano, ánima o animal, lo halan al fondo del ahogo, en un remolino de púas donde todo lo marino se hace sepulcro, y a pleno día, a la vista de todos, el dolor chirrea y cuece

el lomo de un siervo que sangra junto a un cartel que dice «No pase, propiedad privada». Alba tenía ese cartel en el cuello desde niña.

—No me vas a joder, doctorcito, de esta noche no pasa esa carajita pendeja —Don Sacramento Mendoza juraba desde su camioneta, frente al ambulatorio José Gregorio Hernández, inaugurado meses atrás.

En la foto del acto aparecían los campesinos harapientos; el Capitán con su bata blanca; Sacramento Mendoza con su pistola en la cintura; los representantes de la gobernación con una sonrisa de oreja a oreja; el cura de la iglesia con las manos cruzadas entre la sotana; y un policía con una mano a manera de visera para proteger sus ojos del sol. Estaban todos menos Alba, ella tomó la foto.

12 Cuando cayó la noche hacía un frío inclemente y se escuchaba la brisa filtrándose por una de las ventanas de la casa, como si quisiera detener el horror, pero logra todo lo contrario: mueve los árboles y les alborota el cabello, haciendo que tras las sombras se escuche un murmullo de hojas... nada se detiene. Cuando los hombres comenzaron a destrozar la casa, se escuchó un quejido ahogado a través del vientre apuñalado. La montaña parecía desierta, apenas se podía intuir el lamento de los grillos que, llorando bajo la niebla, se negaron a saltar aquella noche.

El doctor estaba atado y herido en la cabeza, como si un barco le hubiese embestido el cráneo. Distinguía con los ojos entreabiertos la silueta de uno de los sicarios que caminaba en torno a Alba. Ella trataba de protegerse el vientre; sentía que se le derramaba el alma sobre el piso helado. Si se veía desde la puerta, por donde pasaba un rayito de luz, parecía hundirse en su propia sangre. Y, si cerrabas los ojos, podías escuchar el canto de las ballenas en medio de un bosque oscuro y repleto de mariposas azules, ¡Tantas, que eran como un rompecabezas del cielo nocturno, desordenado sobre el viento!

La ventana cambiaba sus formas tratando de cubrir el horror, pero las bestias del bosque vieron a través de ella y fueron testigos de la barbarie del hombre. No hay cortina que pueda tapar la muerte. Yo la conozco, sé cómo trabaja. Soy lo último que observa antes

de comenzar su fiesta. Creo que me odia, escupe cada vez que nos encontramos, nunca me dirige la palabra, solo se anuncia tocando madera: toc-toc.

—Cuando los hombres miran lo oscuro, se aterran, pero nunca piensan que sus corazones habitan en la penumbra que son. Si yo fuera el corazón de un hombre viviría temblando y no latiendo —me dijo una serpiente mientras se alejaba de la casa. Cruzó con su cuerpo el charco de sangre y dejó un rastro rojo, zigzagueante. La miré con envidia; yo debía quedarme junto a la muerte, haciendo la crónica del suceso.

Con los puñales en las manos, los sicarios parecían no sentir ningún remordimiento. El Capitán le miraba el vientre a Alba y trataba de desatarse, pero le era imposible moverse y el mareo hacía que todo fuese confuso, borroso y trémulo como un delirio; sin embargo, gritaba. Tenía los ojos exorbitados, la yugular a punto de explotar, el dolor y las mordazas le ahogaban la voz, se podía escuchar en la casa los gritos esponjosos:

—¡¡Alba!!! ¡¡Auxilio!! ¡Mi hija, mi hija! —aún no tenía nombre, Alba insistió en elegirlo cuando la tuviera en sus brazos.

El Capitán forzaba las cuerdas desesperadamente, pero solo conseguía romper su piel. De a poco se desmayaba y despertaba advirtiendo un dolor creciente en su cabeza, lo habían golpeado varias veces con la cacha de una escopeta. Solo una bestia se zafó de los mecates, ni una mano ni una pierna, solo esa terrible bestia pudo liberarse. Las mordazas estaban intactas, pero una demencia creciente, con garras y dientes, lo rompía mientras uno de los hombres cercenaba el dedo anular de Alba.

—¡El jefe pidió el anillo con to y deo! —exclamó con voz cínica el capataz del grupo, mirando al Capitán con una sonrisa nerviosa y ajustando el anillo en el dedo para que no se saliera— Mija, usted sabía que po aquí la gente no se va con quien quiere, la vaina no es así. Usted tenía dueño, carajita. —entonces le cortó el dedo sin la menor duda.

Para el Capitán cada parpadear era un rayo que iluminaba un rincón del océano nocturno, mostrando apenas un pellizco del horror; toda

tormenta guarda su lado más terrible bajo el agua, donde duermen las bestias esperando que todo se hunda.

Yo solo existo en estas circunstancias, cuando la esperanza ha perecido, aparezco como un demonio anfibio para hacer la crónica de la agonía. Soy un ceretón, dicen que parezco un duende, pero soy algo sin nombre universal. Hago banquetes sobre lo que fenece mientras algo procura dar su primer respiro, tengo el poder de la historia, porque yo he habitado todas las crisálidas. Siempre estoy ahí, entre el instante más terrible y el más hermoso. Nada nace sin que otra cosa muera, vivo de esa contradicción. Soy la neblina de la mañana. No tengo sangre, pero tengo palabra. No muero, no necesito pan. Todo sueño que agoniza o renace, es alimento para mí. No me da vergüenza decir que a veces soy carroñero. Después de todo, los hombres son peores, los hombres tienen el vicio del mal, se inyectan en las venas una sustancia nocturna con la cual se ayudan a ver los demonios de Grünwald, y detrás de todas las drogas hay un negocio. Yo, en cambio, soy incorruptible. Mi labor está por encima del bien y del mal. Solo el silencio me juzga.

14

Al abrir los ojos, los mercenarios de Don Sacramento ya no estaban, habían huido del naufragio; pero el doctor sentía el agua salada hasta el cuello. Todo se hundía lentamente en el enorme charco de sangre. Amarrado, lloraba de impotencia y sus gritos amordazados se convertían en alaridos. De nada le servía que le dijeran «Capitán», no tenía ningún poder, el timón de su alma estaba roto. Las cosas no son su nombre sino su esencia en acción.

Nunca había escuchado un llanto así, en ningún naufragio, en ningún suplicio, ni los lobos heridos emiten sonidos semejantes. Esa noche comprendí que lo más terrible para los hombres es ser testigos de la muerte lenta y dolorosa de aquello por lo que darían la vida. Duele más la impotencia que la muerte.

—¡Perdóname, Alba, perdóname!

Estaba resignado, mientras se perdía en un laberinto. Aún así sus brazos seguían haciendo fuerza, como tratando de abrazar lo que

pertenecía más a otro mundo que al mundo de su carne; más por rabia que por esperanza.

—Perdóname, amor, perdóname.

Suplicando, el Capitán volvió a desmayarse; entonces, el bosque hizo lo suyo. Al despertar, pensó que alucinaba: una mujer semidesnuda entró a la casa. Descalza, caminó sobre la sangre, hizo círculos, tenía la mirada perdida, como deambulando entre espectros; nunca tropezó, su andar era un baile al ritmo de serpientes. Tenía las manos arrugadas y el rostro tierno como el maíz, no podría decir si era anciana o niña, se escuchaba una algarabía de pájaros bajo sus faldas... Quizá no era solo una mujer.

Dio tres vueltas al cuerpo de Alba, se agachó y comenzó a acariciarle la cabeza, suavemente, una y otra vez, con la ternura de Yemayá. Le tocó el vientre y desató el murmullo de las aguas. El doctor volvió a desmayarse. La mujer sacó un cuchillo, se cortó una mano y se frotó en las palmas varios tipos de hierbas y flores; las juntaba con sangre, las soplaba como si su aliento las cociera, dejando crecer en su garganta una hoguera que desde hacía siglos se atizaba. Alba no podía mantener los ojos abiertos, pero logró masticar aquel amasijo y de inmediato su vientre comenzó a moverse, la carne herida se abrió aún más. La mujer me veía a través del espejo, pero yo no me veía. Me hizo dudar de mi propia existencia. Pido que quien me escuche toque madera, solo así sabré que existo.

—Salva a mi hija, Yara —Alba reconocía en aquellas manos a una diosa del bosque.

La mujer tenía una serpiente en el cuello, la misma serpiente que había huido antes, lo supe por la sangre. Unas velas se prendieron de la nada y la habitación se inundó de un ligero olor a frutas, como si alguien rebanara piñas, naranjas y manzanas sobre el fuego. Así huele la montaña de Sorte y las selvas del Esequibo, donde habita Yara. El aliento de los altares es ese humo dulce y penetrante, soberano del viento y del alma

La mujer presionaba el vientre de Alba y se veía emerger la cabeza de la niña. Desde ese momento la mujer miró a través de sus dedos,

navegaba con los ojos cerrados a través de un mar púrpura lleno de medusas. Alba gritaba de tal manera que se podía escuchar hasta el otro lado de la montaña, donde la policía yacía, como siempre, cerrando los ojos y tarareando una ranchera mexicana, diciéndose unos a otros que eran los gritos de un espanto.

Alba dejó de respirar y por un momento vio a su madre flotando entre abejas, pero el llanto de la niña la revivió. El llanto: proclama de los desdichados y primera manifestación contra la muerte. Cuando un niño da su primer alarido, la muerte sufre cólicos y calambres en el cuello, como si se le descongelase un rincón del alma. Aborrezco a la muerte, me parece la empleada perfecta y sin embargo nunca le daría un salario.

—Se llama Esperanza —susurró Alba, tocando apenas la cabeza de la niña que la mujer limpiaba con su lengua; se escuchaba a los pájaros revolotear sobre las velas y la sombra de sus alas jugando en las paredes—. Que Sacramento no la toque —balbuceó, expiró y la casa se llenó de abejas.

16 Quedó con los ojos abiertos, con una mano sobre el vientre, cubierta de abejas. La mujer se acercó a la puerta con la recién nacida, miraba las montañas ansiosamente, como esperando algo. Repetía oraciones inentendibles entre el rumor de los zánganos, no eran como el «Padre nuestro que estás en el cielo...», sino como un silbido de turas y un murmullo de hojas de yagrumo seco. La casa apenas sopesaba la penumbra con la lumbre de unas velas, pero el llanto de la bebé fue una lluvia de estrellas que cruzó los últimos instantes de la noche, transformando las abejas en luciérnagas.

Con un filtro de sangre sobre la retina, el Capitán vio que la mujer se alejó con la niña hacia la montaña. También aseguró que me vio escondiéndome tras los espejos de la habitación, riéndome extrañamente. Lo declararon loco. En cuanto a la niña, no mucha gente preguntó por el cuerpecito, prefirieron creer que había quedado flotando dentro de Alba, como un pececito rojo, aunque la autopsia no reveló nada parecido a un feto, solo amenazas anónimas a costa del silencio.

Hicieron correr el rumor de que la niña había sido usada para un rito satánico, y así culparon al diablo de lo que hizo el patrón. El asunto nunca se esclareció, aunque todos sabían que fue cosa de Sacramento Mendoza, dueño de todo ese pueblo. Dicen que cuando el sol sale debe pagar portazgo a Sacramento y a su primo, este último encargado del comercio y que vivía desde hacía años entre Cúcuta y Miami.

—¡Alba es mía o no es de nadie, menos de un doctorcito revoltoso y desubica! ¡Aquí el que manda soy yo! ¡Dónde se ha visto que pueden más las palabras que las pistolas! Si fuera así los caimanes hablaran, tuvieran parlantes y no dientes. ¿Tú has visto a un caimán hablando con los becerros? Ni los caimanes, ni los leones, ni ninguna vaina con dientes habla, todos muerden —miró a todos, comprobó que asintieran, cabeza por cabeza, como si se tratara de ganado—. ¡Pendejo! ¡Le voy a colgar las tripas de esa puta en el cuello, al lado del estetoscopio... y el dedo donde le puso el anillo me lo voy a quedar de recuerdo! —gritaba enardecido, con la voz ronca y carrasposa de tanto fumar— ¡Esa mujer era mía! Si dejo que la gente haga lo que le dé la gana, que se coja lo que es mío, ¿cómo vamos a vivir? Aquí todo el mundo sabía que Alba iba a venirse pa esta casa, desde que era una tripona lo estoy diciendo, ¿o no? Empiezan con una mujer, después se agarran dos hectáreas y ahí mismo comienzan a quitar cercas. ¿Quién dijo que el campo es como el mar? De esta noche no pasa, a mí nadie me deja como un pendejo. ¡Esa carajita no nace! Aunque tengan que escoñetar a todas las preñadas del pueblo, la encuentran y la joden.

—Lo que usted diga, patrón.

—¡Y que el doctorcito lo vea todo, para que le quede clarito que aquí no hay capitán que valga! Al final, solo de la sangre se aprende. —sentenció dándole un cuchillo al capataz e imponiéndole dos palmadas en el hombro.

Y ahí está Alba llena de agujeros, frente al Capitán hecho un desquiciado. Ambos tienen los ojos abiertos como un monumento al horror.

El puñal nació de la penumbra, pero Alba murió en pleno alba. En su corazón detenido, lleno de nudos, aquella madrugada infame...

s

e

a

h

o

r

c

ó

e

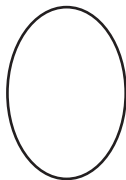
l

s

o

l

18



Y en el horizonte todo naufragó lenta y radiantemente.

S

iempre acusamos al desdichado de demencia sin vernos a nosotros mismos, aunque todos en el espejo tenemos una locura a nuestra medida. Un espejo es una tormenta vista desde el fondo del mar, en oportunidades tiene forma de barco, otras veces, de demonio, y otras, termina siendo un simple espejo, cuadrado y brillante, colgado sobre un lavamanos.

Me miro fijamente, estoy a punto de deslizar la afeitadora por mi rostro, temo que me cortaré, la he usado por más de un mes y una de las hojillas está un poco oxidada, además está oscuro. Es aún de madrugada y el bombillo del baño a veces titila como amenazando con morir, y cada día muere al menos una vez. Veo mi rostro aparecer y desaparecer en el espejo, como si por un instante estuviera y luego no. Espero cinco segundos a que el bombillo se apague y lanzo el zarpazo, tratando de dar la responsabilidad de mi destino a la oscuridad. Pero al regreso de la luz sigo ahí, en el espejo, sin un rasguño. Apenas unas ojeras tan pronunciadas que parecen hematomas.

He terminado mi turno como vigilante del manicomio, ahora me preparo para ir al liceo. Plancharé el uniforme en los minutos que me quedan antes de que comiencen a trabajar los autobuses de la ruta tres; lo dejaré listo para la noche, cuando vuelva. Veo a través de una ventana pequeña la cruz blanca que corona el cerro que custodia los barrios del norte de la ciudad. La plancha se calienta y me germina una idea, primero parece difusa, después comienza a crecer. Dejo la plancha parada sobre el catre y escribo: «Hay locos que tienen por espejo todas las estrellas del mundo y son astrales; otros se reflejan en los escritorios ministeriales ordenados como vacas mecánicas, haciendo los desquiciados tan fordianos como kafkianos. También

existen los espejos tercermundistas, llenos de venas abiertas y tratados de libre comercio, y los lunáticos que se ven en espejos rusos, que por alguna razón siempre parecen guardar en sus bordes la muerte de Pushkin, porque un espejo siempre es un duelo».

Si me vuelvo loco nadie lo notaría, mi espejo es este manicomio donde trabajo en las noches. Ya la plancha está que arde, tanto que la pequeña habitación también se ha calentado. La agito un poco y comienzo a quitar las arrugas de la camisa azul, una por una, mientras la idea de volverme loco se atornilla en mi cabeza. ¿Qué hace falta para estar loco? Will, por ejemplo, ¿está loco?

Will se ve en el espejo mientras el alba golpea como un martillo contra el barco. Para los que están en cubierta la costa se divisa a lo lejos, tras una neblina que se escurre entre la espuma marina. Will observa su reflejo bambolearse y recuerda los gritos del Capitán la última vez que lo vio. Es algo que rememora todas las mañanas. A mí también me pasa cuando escribo, recuerdo cosas que me atormentan. La plancha está ardiendo, casi quemo la manga de la camisa. Debo estar más atento, no tengo dinero para comprar otra. Estas cosas siempre me pasan porque pienso demasiado en Will y en el Capitán. Esta novela me tiene obsesionado, a veces considero más sus vidas que la mía, como si fuesen más reales que yo. Escribir te hace ver lo invisible. ~~Esquizofrenia.~~

—¡La carajita está viva, está viva! ¡Estamos en guerra! ¡Haré de este naufragio el mejor país del mundo! ¡Alba! ¡El ceretón lo vio todo! Yo no estoy loco —escucho en el fondo de los corredores.

Eso significa que el Capitán ha despertado, puntual como siempre, a las cinco y media de la mañana, justo antes del alba. Es hora de irme, ya el vigilante de este turno debe estar en su puesto, yo en cambio cuelgo la camisa en el locker, pienso en el color azul e imagino la mañana en la que Will llegó en barco al país. ~~En realidad llegó en avión, pero a efectos de la novela es mejor en barco. Además los aviones me aterrorizan.~~

La gente comienza a despertar como si algo presintiera, algunos están en cubierta desde la madrugada con una chaqueta tricolor

y sintiendo la nave bambolearse, muertos de frío, desesperados por ver a sus madres y con un nudo en la garganta. También están quienes nunca han dormido; quienes hacen que el barco vaya y vuelva; quienes enfrentan la tormenta, brújula en mano, y miran las estrellas al pasar el aguacero, y van legua a legua cavilando las olas, como si cada bramido fuese una tempestad. Estos hombres sufren, pero al ver la tierra miran atrás y suspiran ahogando el sonido de los radares, y aunque todos tienen la misma patria, el alba es distinta para cada uno ¡Claro que esto depende de la yuxtaposición del sol y de las contorsiones del espíritu! Pero todos tienen voz y votan, están en el mismo barco.

Aparecen las aves custodiando el día, todos están obligados a sentir esperanza mientras los pajarracos planean sobre la tripulación y podemos ver sus sombras en cubierta haciendo figuras de origami y cagándose cuanto pueden. Will alza la cabeza equilibrando su cuerpo sobre una barandilla; trata de ver un poco más allá y de hacer fotosíntesis con el primer rayo de sol. Así parece una balanza vestida de hombre; mueve el cuello y los brazos cual girasol, pero en realidad equilibra el peso de las ilusiones que le quedan. Se siente el estibador de la tripulación; sabe cuánto pesa cada esperanza a bordo, aunque no sabe cuánto pesa su propia tristeza, eso siempre daña sus cuentas y deja al barco en peligro.

Ese barco siempre se me ha parecido al autobús que espero frente al manicomio y me lleva cada mañana al liceo. Necesito escribir estas cosas, pero no dejo de pensar en la plancha, no recuerdo si la apagué.

—¡Tierra! ¡Tierra! —grita Will mientras la mayoría de la tripulación aún duerme—, Venezuela... Venezuela —susurra apretando las manos y soltando una sonrisa que parece un borrón sobre la vida.

Todos los que están despiertos miran al país fijamente sin notar que el mar y el cielo que cruzaron también son Venezuela. Pero el agua se va entre las manos y la gente prefiere pensar que la patria no se puede evaporar o escurrir. En la pantalla de un radar ya no ven al país como un punto que titila; es un amasijo de tierra y gente que se va haciendo más grande a medida que el barco avanza trepidante. Ya no necesitan

imaginar nada; aunque el país parezca una ilusión vista a distancia, es demasiado real, como el agua salada que somos en el mapa.

22 Escribiré mientras los niños hacen el examen, espero que las ideas no me abandonen. Escribir aquí sería muy difícil, el autobús parece un terremoto, mientras más nos acercamos al liceo más baches hay. Veo la calle y dan ganas de llorar. A veces es casi imposible creer que este terruño es petrolero, pero después recuerdo a Bagdad. Quizá por eso los tripulantes del barco vuelven sintiendo el mismo nudo que tuvieron en la garganta al irse y buscan abrigarse, pero ninguna chaqueta puede con ese frío tan particular de la madrugada, ni con esa presión que se manifiesta entre pecho y espalda, como si el corazón guardara la gravedad del mundo. La piel se les eriza con la caricia del sol en el rostro. No se trata del paisaje; aunque renieguen de las consignas, llevan la patria en las venas: se junta con sus glóbulos rojos, está muy dentro, recorriéndolo todo, como el Orinoco, y se transforma en tepuy, en orquídea y en sol; pero saben que aquello, aunque se manifieste en la tierra, solo tiene importancia cuando germina en el alma, por eso vuelven. ~~Cada madrugada me afeito y voy a dar clases, aunque no me paguen lo suficiente para alquilar un lugar donde vivir, quizá a eso llamamos esperanza, a la voluntad de los pobres. No debo escribir más sobre mí, esta novela trata de los Tocos... A nadie le interesa cómo sobrevivo.~~

El país es un trampolín al vacío y cuando saltan quedando en medio de la nada, flotando... todo el universo se muestra frente a ellos y pueden ver a Francisco de Miranda saliendo desnudo del Arc de Triomphe dando brazadas hacia el infinito; o al puente del Lago de Maracaibo acercarse como un gigante con una gran grúa que arrastra refinerías de petróleo, como si fuesen pequeños chevettes sobre la leña; y también se ven cayenas, sembradíos de café, guacamayas azules y un río que en la noche parece un dios lleno de pirañas fluorescentes; y muy en el fondo también se ve al ángel del Chimborazo, tratando de conectarlo todo en una esquina de Caracas. En el vacío ven esas cosas y se escuchan los gritos de Carabobo y también una canción de Oscar D'León: «Es más que amor, frenesí», y unos carajitos

jugando béisbol entre la algarabía de las marchas, y las masas marchantes que van y vienen de todas las direcciones de la ciudad.

Se sienten como esquizoides y el vértigo en la boca del estómago es un golpe de realidad. En medio del salto se dan cuenta de que todo está lleno, repleto de sables, de botellas y de banderas, que no hay un espacio vacío en el universo, que las noticias llegan a todos los planetas como si el correo postal fuese una estación espacial rusa, que la locura de este país tiene jurisdicción en cada pedazo de hueso, hijo de otro hueso que se rehusó a llegar al sarcófago de Bolívar, diseñado con esa esperanza triste, tan característica de los guerrilleros, que dejaron su juventud entre matorrales y consignas marxistas, tocando con la punta de sus fusiles al cielo mientras regaban la tierra con su sangre.

En el salto uno entiende que si al ser un día le pesó *la nada*, hoy le pesa *el todo*, y el vértigo se transforma en náuseas de sí. Están bajo la dictadura de su amor, volviendo para salvarse de la muerte y la soledad. Al pobre lo persigue la pobreza como una sombra, quizá por eso escribí lo de mi sueldo, quizá no debería tacharlo. Aquí, ser maestro es deprimente, tal vez por eso Andrés Bello en vez de volver a Venezuela se fue a Chile, lo vio venir. Después de tanto pasar trabajo, ya siento que soy más arrecho que Andrés Bello, un cuatriboliao... y eso me da cierto orgullo. Soy un profesor sin tutía, de vaina y pago para dar clases a los tripones. ¡Chile un coño de su madre! Aquí me quedo, con el respeto que se merece el maestro Andrés Bello. ¡Aquí me quedo! Aunque deje la vida entre el manicomio y el liceo, yo sé que vendrán mejores tiempos. ¡Otra vaina más! Este es mi país, muy a pesar de lo que diga mi exmujer, de lo que espete el gobierno y de lo que hagan los gringos..

–Venezuela –susurra nuevamente Will soltando las manos y cerrando los ojos frente a la república–. Volver es regresar por voluntad propia a la guerra. Siento miles de espejos frente a mí, ase-diándome –piensa en la locura del Capitán–. Pero solo yo puedo salvarlo de su fiebre. Yo que soy espejo de tantos... o de tontos dolidos. ~~Todos sienten en su espalda un portaaviones de la cuarta~~

~~flota y en la costa divisan las bayonetas del ejército patriota. Yo sufro las detonaciones.~~

Will, en el fondo, no es más que un idealista disfrazado de cínico. Sabe que, a pesar de todo, siempre es dulce regresar, porque cuando las madres se enteran, prenden el budare, mandan a comprar harina, ~~aunque a veces se haya tenido que ir al mítico Dorado para encontrarla~~; se ponen a freír caraotas, sacan el dulce de lechosa de la nevera y el calor del fogón es una abeja que vuela hacia la mesa para hacer posible la miel. Volver siempre es un acto de amor muy a pesar del vértigo. Regresar es como renacer. Las madres lo saben, por eso siempre esperan. Son un puerto.

—De nuevo en este carnaval de locos, tan cercano al parnaso y al purgatorio que parece más poesía que tierra —escucha entonces un chasquido de fuego y unos pasos que se acercan por su espalda; piensa en el ceretón que viene a torturarlo de nuevo, pero el ceretón está en silencio, preparando sus cubiertos para el festín que se avecina—. ¡Maldito ceretón!

24 Me pregunto si es real, los locos en el manicomio hablan tanto de él que yo también he comenzado a escucharlo. Por su culpa tengo estas ojeras. Maldito ceretón, me agobia, pero me ayuda a escribir. ¡Ojalá haya apagado la plancha, ojalá!

—¿Sabe? Volver era toda mi esperanza —le asegura a Will un desconocido que trata de prender un cigarro con un yesquero que daba sus últimos chispazos.

Existimos en destellos. Reverón lo entendía y bailaba en la orilla de la playa de Macuto con un pincel, estiraba sus piernas con la delicadeza de las aves. «Te amo», decía al llenarse los ojos de sol, y toda la blancura del paisaje lo dejaba viendo muñecas de trapo moviéndose a ritmo de bailarinas. Él las perseguía y rodaba violentamente sobre la arena para sentir sobre su sexo el espejismo del amor. Saludaba al horizonte, veía a los barcos del futuro y les daba la bienvenida agitando su pincel, como si aquellas naves fueran un DeLorean DMC-12. ¡Cómo quisiera tener un carro que me sirviera de máquina del tiempo! O al menos un carrito viejo para poder dormir media hora más cada mañana.

—La esperanza es una ilusión, ¿no le parece? Una estafa, un falso dios, o mejor dicho, un dios cualquiera, un dios perro. La esperanza es la sarna que todos sufren. Se rascan, sienten alivio, sin reparar en la carne enrojecida —responde Will mientras estira sus manos para ayudar al extraño a encender el cigarro.

—Puede que así sea, pero hay ilusiones tan necesarias como una casa. Me fui cuando la cosa estaba muy dura —afirma haciendo una mueca involuntaria—, llegué a Panamá y trabajé un tiempo vendiendo arepas, después la plata no me alcanzaba y comencé a robar, caí preso como un pendejo. Me escupieron, me golpearon y aquí me tiene, arrepentido, porque me fui pensando que afuera hay más libertad que aquí, pero los pobres tenemos las mismas cadenas en cualquier parte. Unas cadenas de mierda que pesan como el plomo. ¡Imagínese! En esa cárcel no podía ni dormir, aquí en cambio si no me dejan dormir los jodo. ¡A lo malandro, pues! Prendemos las motos o hacemos asambleas, algo hacemos; tú sabes cómo es, ¿o no? —sonrió pícaro—. Quizá si me hubiese quedado con mi exmujer, por lo menos la tendría a ella, que cuando no teníamos ni una locha, entonces me servía de patria... y ahora nada, no me queda nada. ¡Mi negra! Así le decía. ¡Ella nunca quiso irse! Se quedó y yo me fui. A veces le mandaba algunos dólares, pero después desaparecí. Caí preso y no dije nada. ¿Para qué iba a decir? —apretó su mano en la barandilla y se quedó en silencio.

—¡Qué historia! Y pensar que así hay miles —Will habló en tono amigable—. Ya que volvió, no pierda el tiempo, si después de tanto aún la ama, vaya para su casa, quizá la negra todavía lo quiere. En cuanto a la libertad, yo, como usted, no me he sentido libre en ningún lugar del mundo. Es más, vuelvo porque extraño mi cárcel, no porque extrañe mis sueños.

—¡Se murió! La negra se murió, le faltaron medicinas, me dijeron. Se las robaron. —Will lo miró con compasión, pero entonces el hombre cambió de tema y siguió hablando sin dejar que Will lo interrumpiera con protocolos fúnebres—. Quizá hace falta sentir la muerte para creer un poco más en aquello que nos hizo amar. En el borde del abismo reconocemos nuestras alas, y si caemos ¡aprendemos a

volar o nos hacemos mierda, compadre! Se lo digo por experiencia, a mí ya me pasó.

El hombre se dio vuelta y se alejó. Entonces, el barco lanzó su alarido. Will giró su cabeza confundido, sintió en su boca una pastilla amarga y observó la espalda del hombre mientras se iba. Tenía una forma particular de caminar, iba lento y se inclinaba un poco al dar el paso con el pie derecho, además era alto y flaco, parecía uno de los mástiles del barco.

A veces, en el manicomio, mientras hago mis rondas, lo escucho hablando solo mientras hace la mímica de estar fumando. Pienso que quizá Will nunca se bajó de ese barco y por eso a veces el manicomio se bambolea cuando él se observa en el espejo. Aquí todo es confuso, terriblemente confuso: Navegamos en un laberinto.

A medida que pasaba el tiempo, el puerto se hacía más grande: ya no era un amasijo de formas y lucecitas en un horizonte oscuro, por lo contrario, se veían las pequeñas lanchas de pescadores y los *container* repletos de mercancía china, las caraoatas que llegaban de México y Nicaragua, la gasolina que arribaba desde Irán, incluso el azúcar que venía de Cuba. ~~Pero estas cosas aún no son reales, todo se puede hundir, en medio de la guerra. Nada es seguro en estos tiempos.~~ Por eso están en el puerto, vigilantes y armados. Lo más extraño es que no usan uniformes militares sino batas blancas, al menos eso le parece a Will desde la distancia.

—Esa es la esperanza, compatriota, que sigan llegando los buques, que el petróleo siga pagando esas cajas de metal. ¡No los cuentos de hadas! La esperanza es negra e inflamable y tiene un AK-47 en la mano. ¡Ojalá pudiera decir otra cosa! —asegura Will tratando de refutar las palabras del extraño, pero ya estaba lejos. No lo escuchó.

El ceretón parecía feliz mirando el horizonte marino, como si aquello fuese un inmenso tablero de ajedrez con oleaje. Le susurra al oído que el Capitán vive en la misma playa que Armando Reverón, que puede verlos en la luz, que ambos están náufragos. Le dice que al ver los *container* en el puerto se pone a gritar los nombres de los hatos en el llano y los nombres de sus dueños, y de los dueños de

sus dueños. Luego, según el ceretón, el Capitán convulsiona y le sale espuma de la boca. Reverón pinta aprovechando esa espuma para diluir los colores. Will mira el agua y busca algo de madera para tocar, sin embargo, no encuentra nada, entonces comienzan a atormentarlo nuevamente los gritos del Capitán.

—¡Alba! ¡Resiste, amor! ¡Estamos en guerra! ¡Haré de este naufragio el mejor país del mundo! —escuchaba entre las olas que producía el barco a su paso.

Will sabe que sólo la poesía logra salvarlo de esos gritos, saca de su bolso un libro al azar, uno muy viejo, de Marcos Silver. Lo mira por un instante tratando de recordar de dónde es el autor, arruga un poco el ceño, finalmente abre el libro justo a la mitad y comienza a leer a todo pulmón, con las barandas del barco como tribuna:

*Tanto a proa como a popa,
la bruma no permite ver demasiado más allá;
y a los lados es aconsejable no intentar.
Son tiempos oscuros juzgan algunos.
De todos modos, la floración no se detiene,
ni hay desventura que logre impedir el paso del sol.
Hasta es posible que los sueños
sigan generando príncipes azules y esas cosas.
Por lo demás, digamos,
los más grandes tratan de salir airosos de la contienda;
y los chicos, bueno los chicos bien.*

27

Me gusta ese poema, me hace pensar que a pesar de mi esperanza magullada, la vida de los niños del liceo no es como la mía, que la de ellos es mejor: aún están por descubrir qué es el amor. Yo les insisto en que son ricos mientras puedan ir a clases. Ellos se ríen, me ven como a un loco. Saben que vivo en un manicomio, pero sé que me quieren. A estas alturas, son los únicos que lo hacen un poco. ~~Ojalá nada impida nunca que sigan yendo a clases.~~



Will recuerda un sueño que tuvo noches atrás: un barco lleno de agujeros zarpaba, sus maderas crujían. En realidad es un sueño que tuve yo, pero hago que estos locos que meto en mi cuaderno reflexionen sobre las cosas que me suceden. Quizá así como los escribo a ellos, alguien me escribe a mí. Me gustaría ser un poema y no una novela, sería mejor difuminarme en lo esencial y no seguir pensando que todo se quemará por mi culpa, en una intriga que se alarga capítulo a capítulo. Sigo sin recordar si dejé la plancha prendida, estoy tan preocupado por el asunto que he comenzado a sudar de calor. Sin embargo, sigo escribiendo sobre el sueño, los agujeros en un barco son tan preocupantes como un incendio en un manicomio.

28

Mirando La Guaira, Will pensó que con semejante nave los puertos terminan siendo más esperanza que realidad. Y si el destino del navío es, por ejemplo, la patria... la patria sería un barco viajando hacia otro barco, al que acecha el mar entero, sancionándolo, tormenta a tormenta, al punto de que su trayectoria no se mide a través de leguas sino de centellas.

Will vuelve a sentir una pastilla en la boca, no sabe de dónde salen, nunca recuerda haberlas tomado y aun así están ahí, amargas sobre su lengua. A veces las traga, otras veces las escupe. ~~Quizás es la pastilla que todos necesitamos para curarnos de esta esquizofrenia que nos han impuesto como una sanción.~~

Cuando no hay clases, le robo a uno de los locos una pastilla de rivotril. Me hace bien drogarme de vez en cuando, escaparme del manicomio con una pepa. Pero solo cuando no hay clases, nunca me drogo cuando voy a ver a los niños. Yo soy un profesor muy a pesar de mi sueldo y de mi casa, no importa que use las mismas tres camisas. Trato de aparentar que todo está bien. En las fiestas patrias

me visto de corbata, para que las ruinas bajo el traje no se noten. A Will en cambio siempre se le notan las grietas.

—¿Patria? En este país eso significa recorrer batalla a batalla el mundo gritando «libertad»; lanzarse todas las mañanas una parada de puñales con animales carroñeros, no dejarlos pasar a celebrar la muerte; tener seguros los jardines y las banderas; sentir la cima de los tepuyes al suspirar; verles el buche lleno a los carajitos *comearepa*; tener en el puño las refinerías y los conucos, aún sin gasolina y sin semillas; borrarle las rayas rojas y blancas al mapa y tres puntos suspensivos... y después de los puntos, Bolívar. No hay patria hija del milagro sino de la contienda, la patria nunca ha sido un regalo divino, sino un montón de mortales procurando la gloria y la justicia desde unas migas de pan, un ideal y un cacho de tierra, todo a expensas de la muerte —Will escucha al Capitán como si fuese su consciencia. Lo sé, pues me paso las noches leyendo sus expedientes clínicos y uno que otro libro que me traigo de la biblioteca del liceo. El ceretón a veces me acompaña, toc-toc.

En el sueño todo el barco estaba lleno de lanzas, de llaves y de chícoras, pero no había ni un salvavidas ni un bote. «Patria o muerte», tenía escrita la nave en uno de los costados, y el sol reposaba sobre la proa donde todos estaban reunidos cantando un himno que Will tarareaba como si fuese una canción de cuna.

—¿Y si ya estoy muerto? —reflexiona mientras recuerda sus días de militancia, cuando hablaba de la revolución como de Dios.

—¡Entonces, patria perpetua! —grita el Capitán interrumpiendo nuevamente los pensamientos de Will—. Lo tengo todo planeado. ¡Aunque estamos en guerra, haré de este naufragio el mejor país del mundo! ¡Deja de tragarte esas pastillas, Will! No te las tragues más, esas pastillas te duermen. Realmente no estamos aquí sino en el fuego. Estamos en ardimiento.

Yo mismo me pregunto si sigo en la caseta de vigilancia cuando abro los ojos, o si estoy con Will en el barco, o si todos somos un sueño del Capitán, tratando de volver desde el naufragio a la vida. ~~Si nadie me escucha, sino los niños; si nadie me ve, sino los locos... quizá no sean reales ni mi uniforme de vigilante ni la plancha.~~

G

eneralmente se retrata la historia de una forma imponente, tratan de hacerla algo sensacional; vemos los tanques de guerra en los desfiles militares, las grandes estatuas de unos héroes que están o no están, dependiendo del partido que gobierne, los videos de las agencias de turismo que dan vueltas sobre el Salto Ángel desde una avioneta... y nos sentimos felices, resguardados por una providencia prefabricada en ministerios de Comunicación o en una oficina de California donde se discute la próxima aventura del Capitán América. Se nos meten en la cabeza.

30

Trato de que los chamos entiendan estas cosas en el liceo, para que nadie los engañe, ellos tienen poder sobre su propia historia, aún pueden elegir qué tipo de hombres y mujeres quieren ser, pero al volver al manicomio me pregunto quién escribiría la historia de estos seres sino yo. Quiero sacarlos de esos expedientes, que la gente juzgue sus sueños y no sus diagnósticos. No dejarlos morir. Lo que se hace tinta nunca muere.

—Es la ilusión, Saimon, no la historia. El almanaque hecho país. Es Tito Salas pintando a Bolívar como a Napoleón, con el rostro altivo, con una capa roja y un caballo blanco sobre el mundo. Aunque la verdad, prefiero mil veces al Bolívar de Tito Salas que a Superman. Se nos quieren meter en el coco. ¡El imperialismo y las comiquitas! Al final, la televisión hace lo suyo, mira a tu papá, te dio el nombre del Libertador, pero con acento gringo. No es culpa de él, es culpa de la dominación ideológica. Nos falta librar la batalla de Carabobo en nuestras propias cabezas.

—¡Vuelve el perro arrepentido con el mismo taquiti-taqui! Agüén peo con mi nombre, deja al pure quieto, Will. Si tas en contra, habla claro y

abre cancha –se agarró la pistola por encima de la franela y se echó a reír–. ¿Qué? ¿Te cagaste, bicho? Pilla, hablando en serio. ¿Te vaciaste la película de Bolívar? ¡Ta bien de pinga! Lo único que no cuadra es ese Edgar Ramírez. ¡Demasiado papiao, mi pana! Todos hemos visto los zapaticos del Libertador, tan ahí en el centro de Caracas, chiquiticos. Bolívar era un malandro duro, más arrecho que Superman y Gokú prendíos en candela... un tipo serio, real, pero vamos a ta claros que era como de mi tamaño. ¡Chiquito... ah, pero cumplidor! –lanzó una carcajada y miró de reojo a Dévora, que ni siquiera se dio el trabajo de levantar los ojos del teléfono–. Vamos a está claros que los feos nos parecemos más a Bolívar, le metemos a la guerra hasta con chuzos. ¡Cumplidores! ¿Me entiendes? Y ahí ta la gente del barrio, jodía y arrecha, pero pa lante es pallá. ¡Y si me vuelves a decir gringo, te jodo, bruja!

El Saimon siempre quería sonar agresivo, como si compensara con amenazas lo que le faltaba en estatura. No era extremadamente pequeño, solo se veía así cuando estaba cerca de Diego, que tenía el cuerpo de un arriero de padres polacos.

Will, el de ahora, mira el cielo nuevamente, escucha las olas que el barco cabalga y recuerda la sonrisa del Saimon y esas conversaciones con los amigos. Le parece que no llegará realmente al país hasta no abrazarlos, hasta no decirle «gringo» al Saimon por simple diversión; no se sentirá en Venezuela hasta no ver los cuadros de Diego llenos de barcos y de nada; o hasta escuchar uno de los escándalos de Dévora, a quien le gusta imponerse sin importar las consecuencias; no creerá que está en su país hasta analizar uno de los planes del Capitán para cambiar el mundo. Para Will eso era lo más parecido a la patria, sus viejos camaradas.

–Este pedazo de tierra es la esperanza en que caímos. Pero insisto, la esperanza es una trampa venenosa –Will mira el Waraira Repano desde la costa, llena de casas recién pintadas y de ranchos a medio hacer–, y sin embargo, heme aquí, caigo en una trampa iluminada, una trampa que grita. Me miro en el espejo y hasta parece que caigo gustoso.

El barco pierde velocidad, Will lo siente en el corazón, «son los motores que se apagan», se dice agarrando las barandas, y recuerda al Capitán con los ojos abiertos y el cuerpo quieto sobre una silla de ruedas.

Miro al Capitán y se parece a mi naufragio. Cada noche escribo un poco, pero en las mañanas me confundo tratando de ordenar las páginas. Me levanto y mi habitación parece un camarote. Escucho el motor del barco, me confundo. No sé si lanzarme al agua o irme al liceo. Quizás el ceretón causa esta ilusión. No estoy en un barco, soy el vigilante de un manicomio, es algo que debo recordar cada tanto.

—Parecen islas flotando —dice el Capitán mirando al cielo, y Will responde:

—Anuncian el espectro de otro mundo, son como los faros bajo la lluvia.

Ambos tienen los ojos cerrados, se imaginan en la distancia, cada uno en su delirio. Pueden sentir el caos y la espuma entrando en su sangre como un analgésico.

32 Tengo notas por toda la caseta de vigilancia, sobre la colchoneta y hasta en el suelo. Quizá esto nunca llegue a ser una novela. A fin de cuentas, ya no sé quién soy. No sé si estoy dentro de ellos o ellos dentro de mí. O si soy un pobre barquito de papel a merced de las tormentas de sus pesadillas. No sé, tal vez somos espuma o el resultado de un ataque epiléptico de Dios. ~~Los veo encallados y pierdo la fe, se me rompe el espejo. No se lo merecen.~~

A Will, por ejemplo, el movimiento del barco le recuerda el arrullo de su madre meciendo la cuna. Le daba terror que la cuna se moviera, pero ella no lo sabía, como en un sueño donde las cosas se estiran y van cayendo. Lloraba y lloraba, y ella mecía más la cuna con la esperanza de que calmara el llanto: las flores no tienen conciencia de sus espinas. Cantaba y mecía... y lo miraba con esos ojos grandes. Él comenzaba llorando de hambre y terminaba llorando de terror. Las madres nunca hacen estas cosas con intención, las madres nunca pondrían una silla de ruedas en la popa de un barco, ni quitarían el pan de la boca a sus niños. Habrá que salir preñados para entenderlo,

serán nueve meses o quinientos años más. Entre tanta sangre siempre nace algo. Es la dictadura que la ironía y la tragedia imponen sobre la vida, la flor que nace entre las grietas del manicomio.

—Veo al país acercarse como un tsunami y me pregunto: ¿Será un espejismo o un puerto? —balbucea Will y lo anota en el borde del libro de poesía.

El ceretón recorre el manicomio.

P

uedo imaginar cómo era antes de ser recluido, del otro lado del escritorio, con su bata blanca de doctor. Estoy seguro que el Capitán nunca pensó que terminaría juntando pelusas y escribiendo cartas. En ellas no parece estar tan loco, insiste en que si falta la gasolina habrá que inventar otros combustibles, habla de las medicinas que faltan en los ambulatorios, describe con lujo de detalles la relación malévola de la industria farmacéutica con el capitalismo, y termina intercediendo por las enfermeras que lo atienden, alegando que se les ha hecho imposible llegar a fin de mes con el mísero sueldo que ganan. ~~También debería escribir sobre el sueldo de los vigilantes.~~

34 Escribe diseñando planes de siembra a los gobiernos socialistas del continente, organizando huelgas obreras y arengando marchas de campesinos contra el sicariato. El Capitán espera una respuesta. Estoy seguro de que eso es lo que de verdad lo mantiene loco, no lo que envía, sino las respuestas que no recibe.

Está mejor. Cuando llegó al manicomio solo lloraba y gritaba. Ahora escribe, junta pelusas y se pasa horas mirando la ventana. Uno lo observa y se da cuenta de que la esperanza a veces tiene costumbres fútiles e inflamables, pero eso no la hace menos digna. El Capitán flota en un laberinto de anclas y pelusas relucientes. Cuando mira por la ventana, uno siente la tristeza de los zoológicos, es como si todos los animales se hubiesen ahogado en gasolina y flotaran con sus ojos de madera sobre sus propias ilusiones. ¡Pobre criatura de Dios! No se sabe si es una bestia o un sabio. Los demás locos le tocan las pupilas y él no parpadea, sueña con los ojos abiertos y en ellos se ve el resplandor de un incendio.

Cuando lo veo, pienso en mi hija, se levantaba a medianoche tras una pesadilla y yo la arrullaba; ahora está lejos y soy yo quien necesita su abrazo. Quizá esa sea la verdadera razón por la que comencé a robar las pastillas de los locos, no puedo dormir. El Capitán siempre habla de su hija, dice que está viva. Yo entiendo su dolor. No se puede olvidar a un hijo, los hijos van por dentro.

Se nota un cansancio terrible en el rostro del Capitán, tiene grandes ojeras, aún más grandes que las mías; está pálido como el invierno. Pero por las mañanas, en el fondo de sus ojos marrones persiste un incendio. Quiero hacerle una almohada para que descanse un poco, pero me faltan tornillos. Una almohada, por definición es suave, pero dentro de ella, aunque cueste creerlo, hay sistemas industriales que requieren de física, mecánica y alquimia. No sé nada de esas cosas. Debería estudiar Mecánica y dejar de escribir. Entre las hojas desordenadas en la caseta de vigilancia y este uniforme azul, siento que no sirvo para nada. Ni siquiera me siento de la clase obrera, a fin de cuentas mi trabajo es deambular con un mazo en la mano, prendiendo una linterna y tomando café para no dormir. En la noche, los derechos que el albañil tiene en el día, para mí se difuminan como la bruma. Solo cuando llega el alba me siento alguien. Es cierto que el sueldo de profesor no me alcanza para nada, pero así como el albañil es la casa que construye, yo soy los adolescentes que educo. Si un solo estudiante llegara a ser como Francisco de Miranda o Teresa Carreño, yo sería una pelusa que se aferró a su alma. Esa ilusión no me deja renunciar.

—Cuando Mayakovsky hacía un poema, las fábricas del planeta doblaban su producción. Cortázar soñaba y se sacaba tornillos de la boca. Hay también poetas como Víctor Valera Mora que iban sacándose balas y consignas; o como Orlando Araujo, que se sacaba pedazos de páramos de la garganta, su boca parecía un zaguán. Los poetas son, por naturaleza, de la clase obrera —le dijo el Capitán a Diego un día en su casa, justo antes de que Will arrancara a leer uno de sus versos; luego preguntó— ¿Nosotros seremos como Valera Mora o solo hacemos el ridículo?

—¡Evidentemente, hacen el ridículo! Y Valera Mora también lo hacía; es inútil intentar salvar al mundo de la muerte y la miseria con palabras. La fatalidad siempre triunfa avasallante, incluso en la literatura, y además ¿qué importancia le da la muerte a la poesía? ¿Alguien podría pensar que en Palestina o en Petare habrá un alto al fuego gracias a un poema? —respondió Diego.

Will comenzó a leer. El Capitán hizo silencio, no sé sabe si por el poema de Will o por la respuesta de Diego.

—Camaradas, según Diego, no podemos hacer nada, no nos queda más que contemplar el naufragio —dijo Will en medio del poema, se expresó con ironía, apagando un cigarrillo en un cenicero repleto de colillas y facturas arrugadas.

No le gustaba interrumpir poemas, pero esta vez lo hizo tratando de borrar el gesto de desazón que Diego dejó en el Capitán.

Desgraciadamente, hoy el Capitán no está en un taller, ni en un almacén guerrillero, mucho menos en una casa en el páramo Cendé. Está aquí, en este manicomio, y los manicomios son como morir con los ojos abiertos. Este en particular hace que todos sus pasillos se extiendan junto a una luz intermitente que da a un salón lleno de pastillas para dormir, es como una pecera de ojos y fenobarbital. Es un paisaje ansiolítico donde un rinoceronte, al que han disparado para arrancarle el cuerno, se desangra lentamente. El manicomio habita en el lado oscuro de la luna, que mengua mientras los locos cantan el himno nacional.

Algunas de las cosas que escribo son un poco surreales. ~~Yo solamente quiero que alguien me lea y al menos me escupa, que me diga que nada es cierto.~~ Hoy, al volver del liceo, me tomé una pastilla. Estoy acostado en el cuartico de la caseta de vigilancia, procurando que nadie se dé cuenta de que estoy drogado. Cuando tomo una pastilla el tiempo parece otra cosa. ¡Un gato! Parece un gato saltando de techo en techo. Me acostaré y dejaré que corra el tiempo por los techos de mi mente.

—¡Ya vete a dormir, hoy estás insoportable! Pareces un zumbido interminable. Un bichito moralista chocando contra la pantalla encendida de una computadora.

—Dévora, no puedes vivir todo el día pegada en ese teléfono. Haciendo de la revolución una pasarela de modelaje.

Dévora miró al Capitán con desdén, subió una ceja como símbolo de protesta:

—Como digas, mi amor, ajá... pero déjame publicar estas fotos, finalmente a ti también te conviene, a la gente le gusta —luego se volteó al otro lado de la cama y siguió pinchando corazones y publicando una foto donde posaba sexi, con una franela estampada con el rostro del Che; al fondo se veía al Capitán leyendo.

Dévora y el Capitán solo se entendían en la cama. No duraron demasiado como pareja, pero siempre se defendían uno al otro con uñas y dientes. Se amaban de una forma cutánea. El Capitán sabía cómo calmar el llanto y controlar la euforia de Dévora, mientras ella lo hacía cada vez más popular. Tenían una relación que pasaba de parasitaria a simbiótica, siempre entre tribunas y colchones.

Dévora era tan incontrolable como hermosa, el tipo de mujer que aún en medio de un acto político, si quería un beso, besaba... y lo hacía con libertad, con lengua y sonriendo, tratando de ser el centro del universo. Sentía cierto placer al ser juzgada, pero lo único que quería realmente era amor, parecía buscarlo con desesperación y sin suerte.

Es confusa, cada vez que leo sobre ella en uno de los expedientes, germinan más contradicciones. Los doctores dicen que es bipolar... también leí que tiene cierto grado de ninfomanía. Parece que todos la deseaban y al mismo tiempo la odiaban un poco. Solamente el Saimon hablaba de ella sin rabia, con ternura de perro callejero. En el manicomio le dicen «la primera dama», la pobre cree que duerme en Miraflores y que los locos están a su servicio. A veces los locos le siguen el juego, su belleza logra que cualquiera se pierda en sus delirios. Imagino que yo también estoy en el palacio presidencial, que no soy un miserable vigilante nocturno con delirios de escritor, sino

parte de la Guardia de Honor. Pero por más que la belleza distorsione la realidad, por donde lo mires, esto no es un palacio. Las paredes del manicomio están roídas, tienen figuras de mapas de pintura desconchada, que hace años fueron barridas por alguna enfermera, que halaba una y otra vez el cepillo mientras se iba transformando en polvo. No estamos en un palacio, sino en una ruina con estatus de hospital.

El Capitán cada tarde embarcaba en «La nef des fous», volvía al pasado y descendía los ríos de Renania en dirección a Gheel, o bajaba por el Rin hacia Besancon. Ningún barco lo llevaba de vuelta a Barquisimeto. Esa ciudad fue despojada del mar, apenas tiene un río, El Turbio, en agonía, lleno de piedras y basura. El manicomio parece una escuela abandonada. No tiene planta eléctrica, con los apagones es un cementerio; una tortura, diría Argenis, *el loco de la pancarta*; sus residentes hacen el viaje-ritual del exilio, aunque no navegan sobre el Rin sino esquivando mierda en El Guaire. Son tratados como desechables, infrahumanos a quienes se les roba la comida sin remordimiento; algunos piensan que no afecta en nada robar al miserable. ¡Láncenlos al río!, como en *Historia de la locura...* de Michel Foucault.

38

Todo lo que me pasa termina aquí adentro. Este manicomio es mi espejo, como el país es espejo de estos locos. Tengo la certeza de que cada novela es espejo de un tiempo donde nos vemos en cámara lenta. ~~Mi espejo está roto, nadie piensa en reparar el espejo de un vigilante, nadie entra al baño de un vigilante. Mientras escribo esta novela, siento que me hago pedazos.~~

A veces imagino que los niños son locos enanos, y viceversa, porque los niños tienen esa valentía de *porque sí*, donde no hay razones sino justeza pura. Pasa, por ejemplo, cuando un niño defiende a otro frente a un salón, lo saca de la vergüenza, del dedo acusador y le da la mano aunque parezca una causa perdida, un pobre loco en medio de la infancia, un *ñero* cualquiera, un *gallo*, como dicen ellos. Luego vienen los juegos, la sonrisa y un signo positivo en el cuaderno del tripón. La amistad ayuda, a veces solo se necesita un punto de apoyo para cambiar al mundo; vivimos la lógica de Arquímedes. Con el punto de

apoyo los niños juegan al fútbol llevándoselos a todos, y terminan siendo los voceros del salón para cantar el Himno Nacional justo el día en que viene la comuna junto al alcalde para hablar de la ampliación de la escuela y el liceo; y es en ese momento de euforia en el que dicen con toda la emoción, casi al punto del grito, para que sus madres los escuchen, «¡Gloria al bravo pueblo!», entonces descubren que una acción de bondad puede cambiar el destino de las cosas, salvarlos por instantes del sufrimiento y la miseria, descubren el amor, aunque todo haya sido un destello de *porque sí*, un impulso de justicia, una locura. Lo cierto es que ese niño ahora parece un héroe junto a la bandera. Por estas cosas amo ser profesor y es posible que también ame a estos locos, aunque a ellos no les sirva para nada.

—¿Cuántos botes hacen falta en medio de la tormenta para ser salvado, cuántas misiones de rescate hay que enviar, cuántos *porque sí* son necesarios? ¿Vale la pena la vida de un hombre cuando finalmente está hundido en el naufragio de sí? Para muchos es mejor azotarlo, expulsarlo de la ciudad, pincharlo con varas mientras corre, hacerlo vagar por los campos, como una sombra. Parece razonable hacer del exilio una solución —reflexiona Will.

Recoge su maleta del camarote. Inmediatamente lo reconsidera y comienza a caminar hacia el puerto, donde su regreso será definitivo.

Los manicomios son el naufragio de los hombres y los hombres el naufragio del tiempo. Este lugar no son sus paredes, son cientos de seres en bata que dan vueltas junto a tiburones y rayos, que babea, que gritan, pero el Capitán está en silencio sintiendo cómo se mojan sus pies, mientras se le acercan los moluscos dando giros graciosos junto a un gato de humo que se fuma a sí mismo. Es difícil suponer que ese loco tiene un plan, que las pelusas tienen un sentido, que lo único que falta es que Will lo entienda, que deje de tragarse las pastillas, que toque tierra firme y llene su tanque de gasolina. «¡Estamos en guerra, pero haré de este naufragio el mejor país del mundo!», grita cada mañana el Capitán. Will lo escucha y toca madera: toc-toc.

Comencé a escribir esta novela el día que leí entre los expedientes clínicos del Capitán que «el paciente tiene delirios con la venganza».

Y sí, muy en el fondo, creo que el Capitán tiene derecho a la venganza, a esta altura es lo único que le queda. Sartre dijo: «¿Sanaremos? Sí. La violencia, como la lanza de Aquiles, puede cicatrizar las heridas que ha infligido. Acorralados contra la pared, liberarán ustedes por fin esa violencia nueva suscitada por los viejos crímenes rezumados».

Hago mis guardias y paso una y otra vez por la habitación del Capitán, quiero saber qué piensa hacer. Una vez le mostré a través de la ventanilla de la puerta una notica: «¿Cuál es el plan?». Él se levantó de la cama, caminó hasta la puerta y movió los labios lentamente; pude leer en ellos: «Tráeme pelusas». Luego hizo dos toques en la puerta, toc- toc, y se volteó sin más. Creo que no me tiene confianza, me ve como a un policía, ~~aunque parezca un loco. Quizá debería trabajar en una estación de servicio, tendría más dinero y menos delirios.~~

El Capitán evita parpadear, siempre se le ven las venas a punto de reventar alrededor del iris. Se nota que quiere salir corriendo, pero lo tienen atado a una silla de ruedas. Nunca quiere dormir. Creo que se siente culpable, que piensa que de haber tenido los ojos más abiertos hubiese podido evitar todo, hubiese podido salvar a Alba. La verdad, yo no creo que hubiera podido hacer nada. Es como si viniera una banda de mandros y drogadictos a robar la farmacia de este manicomio. ¿Qué podría hacer yo? A lo sumo me escondería para llamar a la policía. Ni siquiera tengo una pistola. Mi trabajo y mi uniforme no son más que un panóptico de plástico. Mi trabajo es dar vueltas en la noche y arrullar a los dementes haciéndome pasar por su carcelero... en realidad me pagan por el insomnio. ~~Me pagan muy mal y ni siquiera me dan azúcar para el café.~~

—¡Que nadie duerma en el barco! Los asesinos aprovechan la oscuridad. ¡Alerta, alerta! No podrán conmigo, no me cerrarán los ojos nunca más, yo lo vi todo. ¡La carajita está viva! ¡Estamos en guerra! ¡Haré de este naufragio el mejor país del mundo! ¡Haré de este naufragio el mejor país del mundo! ¡Alba! Ustedes la mataron, la dejaron ahí tirada, desangrándose, pero no podrán conmigo, malditos hijos de puta. Yo vi al ceretón esconderse tras el espejo. ¡Pregúntenle! ¡La carajita está viva! Ya me verán ondeando la bandera con mi hija en

brazos, gusanos, hipócritas. ¡Estamos en guerra! ¡Haré de este naufragio el mejor país del mundo! –grita El Capitán escupiendo las pastillas con las que tratan de doparlo e intenta soltarse de la silla como en aquella madrugada en la que Alba fue asesinada. Necesita estar libre, tiene un plan para salvar lo que queda.

Los tripulantes pisan tierra firme con el temor habitual de reencontrarse con un tiempo que no termina de morir. Will lleva en la mano tres libros, el primero es una autobiografía de Vladimir Mayakovsky, *Я сам*; el segundo es el poemario de Marcos Silver; y el tercero es un libro de Ramón Querales, *Escombros*, este lo lleva desde hace años, tiene en la portada una imagen de *El jardín del Edén* y unas líneas verdes sobre un fondo color hueso. La primera página está doblada en una esquina, dice «Materia», Will le ha hecho garabatos en el margen. Ha leído tantas veces ese poema que lo sabe de memoria:

42 *La materia, lo Uno,
sueña que es, en parte, un proceso,
llamado vida
que nace, crece, se desarrolla y muere,
que, por ejemplo, es ser humano
pensante, problemático e infeliz,
o dichoso según las circunstancias,
con historia perdida en supuestos confines
lejanísimos del tiempo,
fabricante de esperanzas, héroe o traidor,
victorioso o desesperanzado,
depredador y artífice.*

*Sueña ser planeta, estrella, universo...
Con tales sueños
conforta su inmisericorde soledad,
conlleva su eterno absoluto.*

Repitiendo el poema se fue adentrando cada vez más en tierra firme, iba casi por inercia, llevado por el paso de la gente que se apresuraba a abrazar a aquellos que esperaban del otro lado de las cercas. Él no tenía prisa, nadie lo esperaba. No sabía que justo en ese instante el Capitán pensaba en él.

Realmente no sé hasta dónde se extienden las fronteras del manicomio. De camino al liceo, tengo la sensación de que sigo aquí dentro. Me gusta pensar que Will vive en un barco. Tiene una forma de mirar que se parece al mar, pero no le gusta que lo mezan. La historia de Will siempre será volver, es la condena de todos los que huyen.

—Volvimos a casa... y eso no es una ilusión. ¿No le parece maravilloso? —dice el mismo extraño con quien había compartido un cigarrillo en la cubierta del barco, esta vez estaba parado al final del puerto, junto a una cesta de basura—. Está bonita La Guaira, yo pensé que estaría llena de escombros. Hicieron casas nuevas. ¡Mire todos esos edificios, no son ilusiones, están allí! Yo me la imaginaba como una Atlántida de ranchos, pero mire. ¡Hasta un estadio nuevo tiene! Es posible que Los Tiburones ganen la próxima temporada a punta de jonrones que lleguen hasta la playa.

—¿Los Tiburones? ¡Usted sí que tiene esperanza, compadre! La verdad, voy a un hotel. La casa que tengo es ilusoria. Mi casa era un sueño y un día amanecí despierto.

El hombre lo miró confundido. Luego alzó su maleta y miró hacia la avenida 18 de Octubre.

—Bueno, amigo, entonces que encuentre lo que busca. ¡Eso sí, no se vaya a perder en su propio país! —gritó, alejándose del basurero en dirección a la avenida La Playa— ¡Y que vivan Los Tiburones de La Guaira, no joda!

El hombre llegó a la esquina y se compró un jugo de parchita, el calor comenzaba a arreciar, pensó en ir a ver si el bar California seguía abierto, pero el jugo estaba bueno. Le costó tres dólares, mientras lo bebía miró casi con lástima un avión que cruzaba el cielo. Esa imagen me recordó los días miércoles, cuando salgo temprano del liceo y vuelvo al manicomio antes de las cuatro de la tarde, a esa

hora pasa un avión sobre el patio y todos los locos se quedan un minuto en silencio, mirando hacia arriba, escuchando el estruendo de los motores.

En cuanto al hombre en La Guaira, era evidente que amaba la parchita, recordó el patio de su casa, donde la negra tenía una enredadera de parchitas que cruzaba casi toda la pared y decidió ver si aquella mata seguía viva. Will por su parte, siguió su camino sin mirar el cielo. ~~Además hizo otra cosa, no recuerdo qué exactamente, entre el desastre que tengo en el cuartico de la caseta de vigilancia y las pastillas que me tomé anoche, he perdido la página. Creo que fumó un cigarro. Espero que no haya sido demasiado trascendental lo que he perdido en este horrible y caluroso lugar.~~

L

La Guaira es un puerto que se alarga con el sonido de los aviones sobre el mar Caribe. En el aeropuerto, antes de despegar sobre un horizonte que se borra de tanto azul, las azafatas dan las instrucciones para casos de emergencia, y cuando halan las mascarillas de oxígeno les chorrea un líquido negro hasta los codos. Ya en el cielo, los pasajeros, llorosos, ven a la gente que se queda en la playa, ven a la negra María vendiendo chipichipis por todo el malecón, junto a Domitila y Yaritza, que están del otro lado de la calle despachando mangos verdes con sal y adobo; se despiden, pero saben que volverán y cuando eso pase escucharán las injurias de un viejo que se quejará del calor mientras lee el titular de un periódico: «La inflación se come al país». Saben que volverán y lo harán maldiciendo al gobierno propio y al del norte, que los trató como una basura muy a pesar de sus insultos contra Fidel Castro, y se sentarán en la plaza Bolívar de La Guaira a ver el vuelo de las gaviotas mientras franceses, argentinos y rusos llegan tomándose fotos y buscando afiches de Chávez. Volverán y dirán que todo es una mierda, con una cervecita y una empanada de cazón en la mano, al borde de la playa, viendo a los carajitos caminar hacia la escuela o jugando chapita en una esquina del barrio, al estilo Altuve. Resolviendo la arepa del mañana con un sueldo de diez dólares, porque «guerra avisada no mata soldado».

45

~~Aquí la guerra se anuncia cada mañana entre titulares. La veo en el televisor, cuando cortan la luz, en la merienda de los carajitos, en el precio del petróleo, en mi sueldo de profesor, en mi sueldo de vigilante, en los periódicos viejos que uso en el baño, en las caminatas que hago cuando me quieren cobrar el doble en la panadería de la~~

~~esquina. Me cuesta escribir como si no viviera en el mismo país de estos locos, por eso a veces tengo que tachar(me). Tú no estás loco, tú no estás loco, tú no, no estás loco. Tú, no estás loco, tú no estás loco, tú no estás loco, tú no, yo, no estoy loco, yo no estoy loco, loco, loco, loco, yo no estoy loco.~~

Al puerto de La Guaira le pesa el alma como a Will, entre las cicatrices de la vaguada hay demasiadas cosas perdidas. Aún se puede escuchar por las noches el descenso del fantasma de la lluvia, pero todo ha sido levantado nuevamente y la gente vive a pesar de los espectros. El que vive aquí se refresca con un chupi-chupi de fresa bajo un sol de mediodía, mientras los tripones alzan sus papagayos sobre los escombros, tratando de esquivar los edificios que han construido en hilera en la costa con fines habitacionales y propagandísticos. También se ve llegar a quienes no viven en La Guaira, con sus camionetas, buscando cerveza en las licorerías para irse a playa Pantaleta. ~~A pesar de la guerra, la rumba no para.~~

46

–Bueno, en Irak no es así –discutía Will con un taxista que le quería cobrar casi cien dólares para llevarlo hasta el centro de Caracas.

–Es la inflación –argumentó el taxista con tono de economista.

Will lo dejó hablando solo y se fue camino al terminal bajo un sol que le daba lepes en la nuca. Afortunadamente no quedaba muy lejos, debía seguir la misma ruta que el extraño del barco: caminar sobre la avenida 18 de Octubre y doblar a la izquierda en la avenida La Playa, continuar hacia adelante unos quinientos metros, y ver los autobuses saliendo y entrando del estacionamiento de un edificio que parece un centro comercial.

Cuando estaba a punto de llegar al terminal, se tropezó con un hombre harapiento que miraba los cerros del sur un tanto perdido. Tenía puesta una franelilla y un pantalón roto, lo acompañaba un perrito al que le hablaba como si se tratase de un hermano... se le veía la piel del pecho tostada de sol y los pies negros, metidos en unas chanquetas de plástico que no daban para otra semana. Will le extendió la mano y le dio el billete de más alta denominación que

llevaba consigo, el que tenía impresa la cara de Simón Bolívar... lo hizo por compasión a los locos.

El hombre buscaba su casa desde el deslave de Vargas, vivía de las limosnas del mar, tomaba sobras de cerveza con agua salada, chupaba conchas de ostras abiertas mientras los buhoneros le regalaban limones para que sazonara la arena, y escuchaba que la imagen estampada en ese billete que tantas veces le habían dado le hablaba, lo escuchaba como si estuviera vivo, aunque ya no pudiera comprar casi nada con ese billete. La voz de Bolívar es como la voz del tiempo y el vagabundo siempre repetía exactamente lo que el billete le susurraba entre el vapor del asfalto. Parecía un eco que se expandía en el vacío entre la vida del hombre y el sustento diario.

—Yo soy el padre de los siglos. Soy el arcano de la fama y del secreto, mi madre fue la eternidad; los límites de mi imperio los señala el infinito. No hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte: miro lo pasado, miro lo futuro, y por mi mano pasa lo presente. ¿Por qué te envanece, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees, acaso, que el Universo es algo? ¿Que montar sobre la cabeza de un alfiler es subir? ¿Piensas que los instantes que llamas siglos pueden servir de medida a los sucesos? ¿Piensas que has visto la Santa Verdad? ¿Imaginas que tus acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto ante el infinito.

Quizá el viejo vagabundo solo delira de hambre, pero Will escucha con atención; el viejo dice algo sobre el tiempo... más real que el reloj que procura medirlo, más que el ángel del Chimborazo. El tiempo, que no perdona y es inmune a la muerte. Will se da cuenta de que valen más las palabras que ha dicho el hombre en nombre de Bolívar, que el billete, aunque sabemos que no podrá comer nada con esas palabras.

Quizá en mi propia vida pase lo mismo, con la diferencia de que yo hablo como un mortal de pacotilla, como un ciudadano más. Vivo pensando que las palabras valen más que una casa. Lamentablemente las palabras no tienen calorías, aunque ciertamente a veces son dulces.

Will le dio otro billete al hombre y siguió su camino hacia el terminal evitando el remordimiento. Exactamente lo que hizo mi exmujer después de vender nuestra casa por cuatro lochas.

Una vez leí un poema que hubiese querido escribir yo, era sobre la dignidad de una familia. Si mal no recuerdo terminaba así:

Al final ella lo sabe la casa en la que viven
la fundó un amor que no se vende
un amor que sobrevive como un canto
sin mantequilla y con yuca asando carne cuando se puede
o haciendo la vaca para una caja por el juego de béisbol
un amor que sueña y respira yendo al parque
con los papagayos que le enseñó el abuelo
un amor que hace sancocho y caraotas que no hace cola para un beso
¡Que no se vende coño! ¡que no se vende!
¡Esta casa se respeta!

48 Quizá el poema no será un poema famoso como los de Pablo Neruda, pero cada vez que lo recuerdo algo llora en mí. Quiero tener una casa como la de ese poeta, más bien un hogar.

entregando el pasaporte a las autoridades migratorias que corroboraron su identidad y le dieron una bata, ¡blanca, por supuesto! Abrió el pasaporte, vio una estampa en tinta roja, decía «Loco» bajo el membrete de la república. Al salir del puerto, todos tenían batas blancas; unos veían fantasmas, otros caminaban como Chaplin, aullaban, leían poemas de Allen Ginsberg. En el fondo un grupo grande bailaba desnudo sobre unos surcos de colores, y en la calle una horda de motorizados con espadas hacían caballito diciendo que iban a llegar hasta Bolivia liberando todo, prometían que incluso romperían las cadenas de las perreras. En la acera, algunos lloraban con una botella de cocuy en la mano y una máscara de La Zaragoza, de pronto soltaban una carcajada.

49

—¡Coño e la madre! Hay demasiados locos en este país. Locos de Plaza Venezuela, locos de Chacao, locos de Sanare, diablos de Yare, locos de la Vela de Coro, los mamarrachos de Juan Griego, zaragozas, borrachos de algarabía o tristeza, capaces de asaltar con un cortaúñas a un marine; como si la gravedad de todo lo real no les importara, y llaman a eso revolución, pero también podría ser frenesí —dijo Will.

—Yo le tengo más miedo a los cuerdos, a los que funcionan con la lógica de este mundo. ¡Cuídate de los cuerdos, hermano! —el Capitán guardaba su estetoscopio en el bolso—. ¿Has visto cuántas guerras por petróleo? ¿Las escuelas hechas polvo mientras los niños hacían planas? Escribiendo: «Mi mamá me ama». Esa cordura es extremadamente peligrosa.

Will está soñando y le dan una bata blanca, porque aquí, entre su sueño y mi realidad, hasta Kahn cuestiona su cordura mientras vende

raspao de colita en la salida de un liceo. Kahn, hijo de la señora Estela, esposa del señor Roldán, fanático del portero del Bayern de Múnich que puso a su hijo un apellido como nombre, dejando que todos pensaran que se llamaba como el filósofo y no como el guardameta, para que pareciera más interesante, aunque trabajara vendiendo helados en las puertas del liceo donde trabajo.

Me cae bien Kahn, le dice citas de Sócrates a los chamos que hacen fila mientras pone leche condensada a los helados. ¡Así es este país! Un país donde los toboganes se utilizan al derecho o al revés, pero no se sabe si se está arriba o abajo, y las pirámides voltean sus bases hasta la punta del cielo jugando a ser caleidoscopios. Aquí un día eres plomero y al otro puedes ser ministro de Economía... puedes ser economista y al otro día ministro de Plomería, ~~porque muy a pesar de la poesía, en este país hay tanta mierda que se necesita un buen economista para gestionar los asuntos concernientes al culo. Algunos no se explican por qué si hay tanto petróleo, hay tanta miseria, y es porque hay tanto petróleo como mierda que limpiar. No se puede culpar de todo al imperialismo, toda la mierda no viene de ese culo.~~

50

—¿Qué arquitecto fue ese que, ebrio de sueños, puso las bases en la copa de sus estructuras? Yo quiero tener los planos de esa obra y reproducirla como un manifiesto por los rincones del mundo, a ver si escribo un libro sobre arquitectura que sirva arriba y abajo, y que solo se pueda leer si estás de cabeza. Quiero que los niños aprendan los métodos de Fruto Vivas y los palíndromos de Eduardo Sanoja, para que cuando sean grandes, en asamblea o por simple autogestión, reúnan adobe y palo, y hagan, como artesanos, sus casas; como si fuesen pájaros, para que a nadie le falte techo o alivio y encuentren el canto de la libertad en cada columna. ¿Se imaginan las casas de Caracas construidas de esa forma? El Waraira Repano pondría sus manos en la tierra y levantaría sus pies dejando a todos los barrios mirando a la Plaza Bolívar, sintiendo en el alma cómo las placas tectónicas se acomodan para derrumbar todo lo que a fuerza de sangre dejaron en forma de edificios dentro de nuestras cabezas: bancos, virreinos, iglesias y estatuas. Si escuchas el rugido de la tierra,

debes saber que es Guaicaipuro galopando como una bestia iluminada sobre la falla de San Andrés. Todo en el continente recupera una fuerza telúrica cuando la gente de Caracas se alborota. ¡Todo este bullicio es hijo del Caracazo! –le dijo el Capitán a Diego, que veía en el celular la foto de un mural sin terminar que estaba haciendo junto a los vecinitos de Silvia.

Diego en esa época no era un amargado arrogante. Sonrió y le preguntó sobre los colores que habían elegido los niños. Le importaban las cosas sencillas. El Capitán siguió hablando sobre la arquitectura, los pájaros y el poder, como si quisiera unir política y poesía en un mismo edificio, y Diego siguió mirando la foto.

Yo también estoy abstraído, trabajo día y noche, hago mis rondas y escribo, no quiero pensar más en que mi mujer lo vendió todo y se llevó a mi hija para Chile. Lo último que me dijo es que estaba loco. Juro que si tuviera el dinero para pagar el tratamiento, sería paciente y no vigilante de este manicomio, me quedaría toda la tarde mirando al horizonte y tomando pastillas... pero no tengo dinero. Aun así, no puedo quejarme del destino, el trabajo en el manicomio cayó como anillo al dedo después de quedarme sin casa. Me pagan veinticinco dólares mensuales por estar cada noche. Con eso y el liceo me alcanza para comer... de resto tengo mis bonos en pastillas y las páginas de los expedientes viejos que reciclo para escribir.

–Hay utopías y mitos que parecen más verdad que la física cuántica. De la poesía también nace la verdad, basta con lanzar chispazos con el alma para hacer otro mundo. Sería justo hacer nuestra versión de cuanto nos han impuesto como verdad irrefutable. Decir, por ejemplo, que Adán nunca comió manzanas, podríamos decir que Adán se comió un mango que Eva le regaló bajo una cascada del Amazonas, que la serpiente a la que todos persiguen no era una pequeña cobra o una cascabel, ¡ilusos!, sino una anaconda de colores, llena de plumas y de fuego; que era el dios de los pemones –imitó el movimiento de una serpiente con el brazo–. El Edén es un jardín donde se mantienen vivas las bestias de la tierra. El lugar más antiguo del mundo está bajo un tepuy. En fin, hay razones de mucho peso para creer que si dios

existe, hizo el primer día del universo en el sur del continente. Si esto es así, Lezama Lima, Ana Enriqueta Terán, Gabriela Mistral y Gabriel García Márquez deberían ser los autores del *Génesis*. ¿Por qué este Dios que nos clavaron parece tan real mientras que los dioses de los pemones parecen imposibles? ¡Es la ideología! Nos tienen un grillete en la cabeza y si nos soltamos nos declaran locos –comenzó a tachar y escribir sobre las páginas de la biblia.

Su mente revivía el recuerdo de una conversación con Diego y el Saimon años atrás, mientras veían la película *El abrazo de la serpiente* y se fumaban un porro que Diego le había hecho traer al Saimon. Más allá de la amistad, el alcohol y la marihuana es lo único que ese par tenía en común. Diego fumaba para pintar y a Will le gustaba fumar cuando hablaba de religión o filosofía.

–Si le dan un teléfono inteligente a Dios, si le quitan ese aparato analógico, entraríamos en un nuevo dilema, porque finalmente el poder también puede ser una relación de verdades. Si Dios me enviara un mail contándome las formas en que lo han sancionado y torturado por el encontronazo con los mercaderes del templo, entonces la Plaza de San Pedro, la avenida Bolívar y las inmediaciones de la Casa Blanca le quedarían muy pequeñas a las manifestaciones de la gente. Dios sería como Willy, la ballena, y todos pedirían que lo liberaran: ¡Liberen a Willy! ¡liberen a Willy!

–Cristo se dedicó a repartir pan y a prometer sanación gratuita como si se tratara de una campaña presidencial –respondió Diego soltando el humo–. Quizás el muy iluso también creía en la dictadura del proletariado, aunque estoy seguro de que él no sería tan devoto como ustedes con las erratas descomunales del gobierno. Por eso lo torturaron, quizá sigue en Guantánamo –tosió un poco y se quedó mirando el humo de manera intensa–. Ya sé, pintaré a Cristo en un barco.

–Por favor, no dejen de fumar –dijo el Capitán riéndose–, ya Diego se está haciendo leninista. Dos jalones más y se inscribe en el partido.

Diego apagó el porro y Will gritó:

—¡Coño e tu madre! ¿Cómo lo vas a apagar? ¿Tú eres marico o qué coño? No tenías que joder el porro por no ser leninista. Esa vaina no tiene sentido. ¡Maldición, Diego, el problema no es que seas anticomunista, el problema es que eres tremendo pajúo! Eres un maldito dictador, el dictador del porro —aunque Will estaba muy molesto, nadie aguantó la risa. Lanzaron una carcajada que duró por lo menos una vida.

Era claro que no había nada que Will amará más en aquella época que la poesía, un canuto con los amigos, las canciones de Metallica y el marxismo-leninismo; después apareció el ceretón en su vida y ahora lo único que valora con verdadera honestidad es la poesía, única forma de callarlo. Yo la verdad no leo mucha poesía, la forma que tengo de callarlo es tomándome dos o tres pepas. El ceretón ama deambular por el manicomio, si se pusiera el uniforme, sería un guachimán más. Nunca lo he visto, pero lo escucho.

—¡Bueno, se acabó la fiesta, menores! Y mejor así, poque ya no taba entendiendo es na. ¡Legal, o ustedes tan fritos o ese monte taba piche! —dijo el Saimon—. Voy es pirao, tengo una asamblea en el barrio, tamos cuadrando arreglá el beta del gas y la luz —le dio la mano a cada uno, se persignó en la puerta y se fue en su moto—. «Santo Dios, Santo fuerte, Santo Inmortal... Aguanilé, Aguanilé, mai, mai...».

Se fue cantando como siempre y Will comenzó a despertar con la canción, que también comenzó a sonar en el autobús, como si la realidad y el sueño se hubiesen sincronizado: «Aguanilé, Aguanilé, mai, mai. Aguanilé, Aguanilé, mai, mai...».

El Saimon a veces no entendía ni los poemas de Will ni los escritos de Mao, sin embargo, los panas del barrio en su *jornada 24/7* lo reescriben todo. Por eso Saimon Lovera, que a simple vista no era más que un bicho, resultaba ser la expresión más genuina de la revolución con la que todos se llenaban la boca. El Saimon es un tipo simpático cuando lo conoces, pero si me lo encuentro en la calle en medio de la noche, por instinto uno correría en dirección contraria.

—Vamo a está claros que en el barrio todos están fritos. ¡Bulda! ¡Si se llegan los gringos les vamos a dar es coquero! ¡Pa-pa-pa! Pa que sepan lo ques bueno —hacía como se disparara con una de las manos—. Aquí no somos como esa canción que dice «Puedo vivir del amor sin pena ni dolor», hay amor, claro, pero aquí el amor no salva a nadie, o te montas o te encaramas. O nos organizamos, o nos morimos de hambre —quedó en silencio un segundo como pensando y continuó— o, bueno, nos matamos como perros, ¿me entiendes?

—A tu barrio le hace falta más poesía y menos balas. La educación es lo que hace falta allá.

—Will, mi pana, tú sabes que lo mío no es la poesía, sino la salsa, eso fue lo que la pure me dijo que era el arte; mi santa madre la tenía clarita, ayudaba a to mundo, y nunca se leyó los libros esos que tú lees, ni fue del partido —aseguró con cierto orgullo—, pero tas claro que le echaba bolas. ¡Bulda e criminal la vieja! Cada vez que había una asamblea, uno la veía organizando todo pal sancocho. Y en la casa sonaba bien duro «Tiburón ¿qué buscas en la orilla? ¡Tiburón!», tú sabes, la canción de Rubencito Blades. A la pure le encantaba —entonces comenzó a cantar, pensando que así Devora voltearía a verlo.

██████████ El tiempo es dulce como la miel –comenta Will.

Arranca el autobús, le suenan hasta los retrovisores. Van sobre la autopista Caracas - La Guaira, Will se ve al final, con el codo puesto en el borde de la ventana y la mano sosteniendo la cabeza. Observa cómo aparecen los cerros llenos de casas, unas sobre otras, como un gran juego de legos que le dejaron hace años a una bandada de niños pobres. De repente, como por impulso, comienza a golpear la ventana, lo hace con un ritmo de cabalgata, utilizando sus dedos, chocando sus uñas contra el vidrio. Hizo de su mano un caballo a pleno galope y ahora todos escuchan cómo quiere salir huyendo desde la quebrada de Tacagua hasta llegar a Catia.

55

Tiene en la mano todos los caminos, parece Antínoo, el caballo de Boves, dicen que corría como un demonio y debió ser así, porque fue la última cosa que escuchó la segunda República, esa cabalgata de la llamada Legión Infernal. Los dedos de Will parecen los cascos de esos caballos rebotando sobre el vidrio. ¿Tendrá que ver algo esa ventana y cerros llenos de miseria, con la esperanza de quienes estuvieron en el éxodo de Caracas? Doscientos años después uno mira a los heridos de la guerra viviendo en ranchos recién pintados, lanzando bendiciones a Bolívar a pesar de todo. Le prenden velones tricolor junto a la imagen de María Lionza y el Malandro Ismael. Son altares gigantes, que si se unieran en un solo punto sobre la tierra podrían verse desde el espacio. Con una chispa de ese fuego, se podría fabricar una estrella sobre la noche oscura.

Al cabo de media hora, pasa por la estación Gato Negro, luego Miraflores, y al llegar al centro de Caracas, se detiene por un momento frente a un teatro y ve el contraste entre los edificios corporativos y

la gota de miel que no termina de caer por la densidad de su cuerpo; la miel hace equilibrio sobre la gravedad del planeta, como el tiempo. Will va recordando su propia historia. La ciudad es tan absoluta como el propio azul: se extiende hasta lo infinito sin dejar rastro de sus naufragos. Caracas es un laberinto y las torres de El Silencio, cerquita de El Capitolio, sirven como referencia para encontrar su centro. En ese lugar Will vio por última vez a Dévora, hablaron sobre el Capitán, los dos se veían con algo de vergüenza. Después Will se fue al otro lado del mundo a estudiar literatura rusa.

Todos se ven agobiados, esperando la cosecha bajo una amenaza de tormenta. El tiempo es común a todas las frustraciones. Tic, tac... Imaginemos por un instante las posibilidades infinitas de Beethoven si no hubiera muerto a los 44 años. La muerte acompaña al hombre desde que nace, pues todo fenece menos el tiempo, aun cuando tenga la sangre llena de azúcar. Pero el hombre quiere dejar su huella: no ser olvidado, ser parte del todo. Y en la imposibilidad de sobrevivir eternamente existe el hombre como individuo y como especie, tratando de prolongar su existencia. Y en la lucha del hombre se expande la historia, como si el tiempo del otro se hiciese eco en nuestro propio tiempo y se extendiera su vida a través de nuestra existencia como un rayo de luz o como una mácula, como si aquello que *fue* se convirtiera en un golpe contra una placa de hierro y resonara en nosotros con la fuerza que una campana de iglesia tiene un domingo sobre su grey. Como si Will fuese Beethoven o Francisco de Miranda. Entonces, la espera de Will es inútil, él sabe que para que la vida se extienda sobre el tiempo debe sembrar su obra en los hombres. Por eso volvió, con ese montón de pelusas en la maleta. Tic, tac...

El hombre trata de extender su existencia en su obra: «Stalin no ha muerto», gritan los beatos comunistas de Barquisimeto que nunca han visto los rascacielos de Moscú. La inmortalidad del hombre se guarda en su propia historia, pero el choque de la historia contra el tiempo refracta solo el murmullo de lo real: queda el fantasma de la existencia y no el ser. Quizá por eso el *Manifiesto Comunista*

comienzo de esa forma, yo creo que Carlos Marx también creía en los duendes, jugaba ajedrez con ellos. Todo materialista tiene su pasado oscuro, lleno de fantasmas. Al final, tengo esperanzas. Algún día alguien leerá esto como si se tratara de la novela de un gran escritor y no de un vigilante drogado con rivotril. Espero que si alguna vez alguien me imagina, me salve de mi propia imagen. Que me imagine en algo semejante al dragón de Ludovico. Esa es mi esperanza.

—No es Bolívar el hombre de las pinturas de Tito Salas, a esas pinturas les falta en el techo del Panteón un destello de futuro y un beso —le dice Will al Capitán levantando la voz—. Pintan la supremacía del blanco, pero la historia no admite al hombre tal y como es, necesita hacerlo Dios para que pueda vencer, aunque sea en apariencia, al tiempo. Yo quisiera que lo pinten también desnudo junto a Manuela, que más de una vez le salvó la vida. Que lo pinten con sus callos y su sonrisa —esperando la respuesta del Capitán, tomó un sorbo de café.

—¡Qué grande es Bolívar, no importa como lo pinten, aún lejos de sus sueños perdura surfeando las olas de la historia! —afirmó sonriendo, mirando desde una fuente de soda el costado del nuevo mausoleo que le hicieron en Caracas al Libertador—. Hay hombres que sueñan tan alto que sus delirios son considerados obras arquitectónicas, por eso vale más un suspiro de Bolívar que todo el acero de la Estatua de la Libertad —asegura el Capitán llevándose a la boca su taza de café, pero justo antes de sorber lanza una nueva sentencia — Puedes darme toneladas de teoría revolucionaria, pero si me das una pizca de Bolívar, lo hago todo posible.

La inmortalidad es efímera, no reserva habitaciones por categoría, es una sala inmensa en donde pocos entran, y mientras la obra se desmorona en la memoria de los hombres y queda en una enciclopedia vieja, va, el ser inmortal, muriendo nuevamente, hasta quedar en el olvido, excluido de la fiesta en que Einstein, Miranda y Andrés Bello continúan bailando. Los hombres no se quejan de la muerte, se quejan de la desolación. Por eso los mercados *vintage*, las hemerotecas y los museos de historia. Así de efímero es el hombre, muere antes que

las cosas que hace. Da risa pensar en Disney congelado y en Mickey Mouse bailando.

Viéndonos así provoca volver al pasado y montarnos en el *Titanic*, no decir nada, ver al iceberg, sonreír y observar las cosas perderse bajo el agua helada. Provoca hacerle la puñeta a Leonardo Di Caprio y tirar carcajadas mientras las cosas y los hombres se hunden con el peso de su valor. Provoca estar en Hiroshima y comerse ese hongo a ver qué pasa. ¡Pero no! Necesitamos saber si en algún lugar hay puerto seguro, y volvemos a embarcarnos y a zarpar en el presente y hacia el futuro haciendo del *todo* un complejo acertijo frente a la *nada*. El combustible de la historia de los hombres es la esperanza, con una pizca de ella nada se apaga, nadie se rinde...

Estoy frente al espejo, con el bombillo titilando y la hoja de afeitar en la mano, preparándome para ir al liceo. Hoy me pondré la corbata, es el Día de la Dignidad Nacional.

Llegando a Caracas, Will continúa marcando con sus dedos el paso acelerado de los caballos en la ventana. Al cabo de unos minutos el autobús se detuvo frente a un semáforo en rojo y todos los pasajeros ven la patrulla policial que pasa a toda velocidad. Will redobló el paso y el galope contra el vidrio era cada vez más intenso. Imagino el sonido como las últimas gotas de lluvia que caen de los árboles al techo de asbesto de la caseta de vigilancia. Dicen que estos techos dan cáncer. Lo que me resguarda de la tempestad me mata lentamente.

—¿Será un muerto? —pregunta una señora regordeta, tiene una cartera amarilla que aprieta con ansiedad y una falda del mismo color.

59

Caracas no está hecha para el *glamour*. La pequeña burguesía con tacones y fuera de sus carros, siente que la ciudad es de temer. Aun así las mises van y vienen de Caracas como si nada, y cuando se ponen la corona del universo, todos sonrían y nadie piensa en robarlas. Una corona, en un país donde se habla todo el día de las próximas elecciones, no sirve de mucho. Will mira a la señora por un instante y le sonrío hipócritamente, pero no dice nada, solo vuelve la mirada a su maleta, estira la mano, abre la última página de una edición de *La Odisea*, que hacía mucho no veía, y descubre un escrito del Capitán, en tinta azul: «Nos importa más la muerte cuando no hemos hecho nada en vida, porque queda la sinfonía y no Beethoven, el milagro y no Cristo, la imponente muralla china y no los chinos. Somos lo que hacemos: el planeta que, al transformarlo, vegetamos y desvegetamos. La cosecha que podrán comer los que nacen. La muerte es derrotada en la utilidad de la vida, pues la muerte muere

cuando triunfa la historia. Hay que ocuparse y aprender temprano a ejercer como carpinteros o escritores, cerrajeros o escultores, ingenieros o ecologistas, políticos o cosmonautas, porque ser no basta, existir es insignificante si no se es útil. Hasta la bacteria más minúscula cumple un rol en la historia. ¡Imaginemos lo que puede hacer un hombre!».

Will piensa mientras coteja el cinético y pletórico caos de Caracas, luego se da cuenta de que al final del escrito hay una fecha: 5 de marzo. Pero no dice año, como si no hiciera falta. Es el único en el bus que no comenta lo que sucede en la calle, parece que no le importa que mataron a alguien a menos de veinte metros, solo observa a la gente asomarse por las ventanas. Uno es profesor, lo sabe por el carnet que le guinda del cuello. Will tuvo uno igual. Yo tengo uno que me cuelgo al llegar al liceo, único lugar donde digo que soy profesor. En el manicomio no saben, es mejor así, me da vergüenza decirlo.

—Cualquier escándalo los atrae —murmura Will, saca otro libro del bolso y los mira con rabia.

60 El bus no se detiene por el muerto. Los pasajeros vuelven a sentarse, quedan en silencio y observan a unos trabajadores colgar en un edificio la propaganda electoral de siempre, donde un tipo sonríe.

—La democracia algún día servirá para algo. Cuando haya más asambleas que promesas —dice el profesor tratando de sacarle conversación al tipo del frente.

En la radio alguien afirma: «El desarrollo y el socialismo requieren tiempo». Varios en el bus piden a gritos que cambien la emisora, pero el chofer subió el volumen. A fin de cuentas, cobró el pasaje cuando subieron, y si se bajan es ganancia, habrá más espacio para nuevos pasajeros.

—La transición será más lenta que una gota de miel —el profesor espanta una mosca con el periódico y comenta lo que decían a través de Radio Miraflores.

Todo se movía a ritmo de caracol, menos la radio. Los locutores parecían tener instalado en los pulmones tanques de aire y un repelente de comas en la lengua. Desde el fondo Will ve a un perrito de plástico

que mueve la cabeza junto al retrovisor, sin pausa, dice «sí». El bus acelera tratando de no quedar atascado. En la esquina comienza una nueva marcha, como si la anterior hubiese sido un punto suspensivo en la narrativa de las masas enardecidas. ¡Welcome to Caracas! De esa conversación sobre el tiempo y el socialismo aún no hay conclusión, la radio sigue transmitiendo y explicando lo evidente: las hojillas cortan, el tiempo es eterno, el hombre envejece, la URSS ya no existe, el imperialismo sí, el cianuro mata, Alba era hermosa, el Capitán está loco, los ceretones existen, ya a nadie le importa y sin embargo, tocan madera, toc-toc.

—¡Radio Miraflores da la hora! Once y cincuenta y nueve —comienza a sonar *La vaca Mariposa* de Simón Díaz.

Ya es casi melodía y hace un calor insoportable, que se acrecienta a medida que sube gente al bus, haciendo contorsiones para entrar. Luego, como en una cola bancaria, los pasajeros comenzaron a hablar de nuevo, primero sin mirarse y después como si trabajaran desde hacía años en la misma oficina. Will trata de leer un librito de portada rosada que dice en letras negras: *In vino veritas*. Puede cargar en el bolso unos tres mil libros, mete la mano y están ordenados: dentro vive una bibliotecaria del tamaño de un maní a la que llama Sasha.

Al cabo de unos minutos, el colector, colombiano, cambia la emisora, hasta dar con un vallenato, «porque el corazón no puede olvidar, porque mi dolor no se puede borrar, tan solo porque tú me digas “perdóname”, así de fácil no es... así de fácil no es»; por supuesto, comenzó a cantar a todo gañote, iba intercalando entre gritos la letra de la música y el anuncio de la ruta por donde la camioneta hacía su recorrido. El bus ahora era una asamblea entre el bullicio, setenta y ocho pasajeros en un vehículo diseñado para cincuenta y nueve, contando a quienes van de pie. Para colmo, el bus cae en un bache. El chofer levanta la mano, como pidiendo disculpas. Va demasiado rápido, pero nadie corre más rápido que el tiempo, aunque siempre ayuda un Ferrari.

El tiempo es el perseguidor del hombre, aún más del hombre pobre, con ese sentido clasista trata a todos por igual sin importar

limitaciones o desventajas, no importa si andan en un cohete o a pie. Ojalá el tiempo fuera pobre para que sintiera la angustia de los hombres, quizá así dejaría caer de una vez la gota de miel. A mí tampoco me alcanza el tiempo, siempre me siento demasiado cansado, sobre todo cuando estoy a mitad de mi turno en el manicomio y el ceretón comienza a hablar, toc-toc.

Will sigue sentado al fondo del bus, huele a salitre y tiene la cara triste. Dos abejas lo miran desde la plaza Diego Ibarra con cierta esperanza, como quien mira a un borracho que alguna vez fue un genio. Quizá por eso le gustan los poemas de Ludovico Silva, que era capaz de escuchar a una abeja en medio de los estruendos de Caracas. Will siempre está leyendo, como si la poesía fuese una droga:

*Yo ya la siento aquí, cercana y mía
y de esa picadura enrojecida
que ha dejado en mis manos
me brota un líquido ambarino:*

62 *Ya me estoy transformando en un zángano,
ya soy un animal que vuela y canta.*

Will cierra el libro y escribe unos versos en una agenda vieja, como si tratara de responderle a Ludovico de dónde viene esa transformación, explicándole con un mapa el viaje de los antófilos por el continente, trata de hablar sobre su propia metamorfosis. Las abejas son el modelo de su alma. El ceretón lo escucha atento, como si su corazón tuviera un parlante cuando escribe en su agenda: «Siento en el pulmón las colmenas al moverse». Will pronto verá al Capitán.

Es la transición –se dice Will recordando lo que dijo el profesor; el bus ya iba a la altura del parque Los Caobos–. Ella nos corta, porque no hay nacimiento sin sangre –a través de la ventana, mira al ceretón que lo saluda desde el Museo de Ciencias. Él siempre está ahí, acechándolo, como un caballo que trata de emboscar a la reina.

El país padece de espera. Es una mariposa en su crisálida. Paciencia, piden los ingenieros al tener la obra a medio hacer, pero la gente necesita el tren: los hombres morimos de tiempo. El reloj de Plaza Venezuela nos recuerda nuestra nimiedad a cada instante. Tal vez por eso Will siempre ha querido ser un insecto, se ha imaginado como una abeja, aunque es irremediamente un hombre, un inútil incapaz de producir una gota de miel.

–Ninguna revolución es real en el instante; allí solo es posible la ilusión. Una revolución es una fuerza incontenible que hace posible lo utópico –murmura y escribe en su agenda con un lapicero al que se le está acabando la tinta–, pero la ilusión es como una hermana bastarda de la utopía, da sentido a aquello que el hombre tendrá que aceptar como un largo trayecto. Nada cambia en la espontaneidad: el *big bang* fue resultado de millones de años de energía moviéndose sobre la nada. ¿Qué pretendemos los hombres al decir «revolución»? ¿Ser más grandes que el *big bang*? ¿Ganarle la carrera a la historia? La miel tiene su propio tiempo y su propia gravedad en el alma. Uno ve a la gente feliz haciendo marchas con sus batas blancas, pero por dentro también están tristes, no saben lo que sienten. Debajo de las batas guardan camisas rojas y azules, es el problema de la sastrería en la lucha de clases.

Will sigue murmurando y escribiendo; de pronto, habla en tono cada vez más alto y la gente comienza a mirarlo. En el manicomio a veces extiende los brazos y hace como si volara, también emite un ruido sostenido con los labios: bzzzzzzzzz-bzzzzzzzzzz.

—La guerra nos convierte en carroñeros, nos hace aferrarnos a una lata de sardina bajo un sótano oscuro, pero sería diferente si viéramos en la calle lo que Kropotkin en el bosque, quizá sí necesitamos ser como los bichos, al menos en un sentido.

Al Capitán le encantaba leer a Kropotkin, se sabía textos de memoria, su padre le había heredado una biblioteca con literatura anarquista a la que fue sumando libros de medicina hasta tapar la pared de su casa, donde a veces hacía tertulias para beber y leer:

«Los casos de ayuda mutua entre las termitas, hormigas y abejas son tan conocidos para casi todos los lectores, en especial gracias a los populares libros de Romanes, Büchner y John Lubbock, que puedo limitarme a muy pocas citas. Si tomamos un hormiguero, no solo veremos que todo género de trabajo —la cría de la descendencia, el aprovisionamiento, la construcción, la cría de los pulgones, etc.—, se realiza de acuerdo con los principios de ayuda mutua voluntaria, sino que, junto con Forel, debemos también reconocer que el rasgo principal, fundamental, de la vida de muchas especies de hormigas es que cada hormiga comparte y está obligada a compartir su alimento, ya deglutido y en parte digerido, con cada miembro de la comunidad que haya manifestado su demanda de ello. Si las hormigas pertenecen a dos hormigueros enemigos, en un encuentro casual, se evitarán la una a la otra. Pero dos hormigas pertenecientes al mismo hormiguero, o a la misma colonia de hormigueros, siempre que se aproximan, cambian algunos movimientos de antena y, “si una de ellas está hambrienta o siente sed, y si especialmente en ese momento la otra tiene el papo lleno, entonces la primera pide inmediatamente alimento”. La hormiga a la cual se dirige el pedido nunca se rehúsa; separa sus mandíbulas, y dando a su cuerpo la posición conveniente, devuelve una gota de líquido transparente, que la hormiga hambrienta sorbe».

–Todos deberíamos ser un poco como las hormigas o las abejas, podríamos volar, seríamos superfuertes y no pasaríamos hambre.

Will recuerda las noches de lectura con el Capitán, Dévora, el Saimon, Silvia y Diego.

██████████ ¡Ojalá en la radio hablaran de la comuna! Ahí es donde está el meollo del asunto –espeto a todo volumen el profesor. Trata de explicarse, habla de la democracia de los griegos y los pasajeros comienzan a discutir nuevamente. ~~Antes yo era como él, ahora no sé cómo soy, cada madrugada me pierdo entre el hombre del alba que sale al liceo y el hombre del ocaso que roba narcóticos de una farmacia. Soy mi propio laberinto y cuanto más trato de salir, más me pierdo.~~—

66

Will mira hacia la montaña buscando algo, pero la mandala de edificios le corta la vista. Por alguna razón recordó las palabras de Miranda al observar la capital griega: «De esta colina se logra la vista más completa de toda la situación antigua de Atenas, del puerto y del archipiélago, divisándose aún el Castillo de Corinto. Es menester confesar, a la vista de las primeras ciudades de Grecia, que tenían un gran tino estas gentes para escoger el lugar de sus poblaciones y edificios. Desde los pórticos de sus templos que acabo de mencionar, veían distintamente sus flotas que estaban en los puertos Pireo y Valero». Piensa que de aquello quedó más ruina que gloria, frunce el ceño, porque hoy en Grecia se cuidan más los restos de la ciudad, los muros caídos, que la propia democracia. Will se imagina sobre el Ávila mirando a Caracas.

—Una pelusa es más fuerte que una columna del Partenón. No necesitamos la democracia de los griegos, nos hace falta una democracia Caribe, turbulenta y alegre. Una democracia que suene a timbal, que ponga a bailar a todo el mundo –comenzó nuevamente a golpear con sus dedos la ventana, pero esta vez su mano llevaba un ritmo del África—. En algún lugar del Capitolio se debería construir un ágora de

cielo abierto, circular, sin grietas... y abandonar la gallería que armaron en la esquina de Monjas y San Francisco. Un ágora gigante como el Reungrado Primero de Mayo, a la que todos llaman Ma-jokaraisa, que se conecte a través de un túnel con el mausoleo de Bolívar, la Biblioteca Nacional y Miraflores.

En ese instante sintió que el ceretón lo había abandonado, que había hablado como antes del naufragio... pero entonces un viejo tocó madera, toc-toc, y el ceretón apareció justo en el momento del frenazo. El bus había arrollado a un perro que se fue corriendo con una pata quebrada, Will sintió que ese perro era el chispazo de esperanza que había sentido al llegar.

Toca el futuro con la punta de la lengua:
Caracas reload

██████████ Caracas es una ciudad para hacer documentales sobre animales fantásticos, en especial sobre uno al que llaman ciudadano. Caracas parece un mural de Siqueiros, todo el mundo anda marchando, corriendo de allá para acá y alzando los brazos con pancartas y cestas llenas de flores, cervezas, verduras, odios y esperanzas. Si Caracas fuese un poema tuviese algo de creacionista y de maldito, tiene un río lleno de mierda, que nadie cuida, pero que inexplicablemente todos aman, incluso a veces también marchan por él. Moscú en cambio casi nunca tiene marchas, solo desfiles militares —dice Will.

68 ~~Caracas es más fuerte que unas pastillas de rivotril con anís cartujo.~~ Está al borde del Parque Los Caobos, a lo lejos puede ver el reloj de Plaza Venezuela, que es la última parada de bus. Ahí piensa comerse una arepa y luego meterse en el metro hasta la estación La Bandera, donde queda el terminal.

Cada vez que puede, Will escribe en su agenda, a veces pensamientos fugaces, otras veces intenta describir el mundo que lo rodea, trata de interpretarlo. Antes publicaba esas cosas en cuadernos de poesía o hacía ensayos cortos para alguna revista, pero ahora deja sepultadas sus letras en el cuaderno. Lo cierto es que estando en Venezuela se siente particularmente desesperado por escribir todo lo que piensa, como si creyera que va a morir.

—En cada esquina de Caracas hay un debate sobre los derechos humanos y sobre el dólar, o sobre las protestas en París, o te encuentras a unos viejitos hablando de la pensión y del negocio que tienen las farmacéuticas con la vida de la gente; y de repente puedes ver

a un caballo negro surcando la avenida Universidad y detrás de él trescientas mil banderas llevadas por mujeres descalzas, todas con zarcillos de madera... y en cada zarcillo una pluma, las mujeres tienen los pechos descubiertos y bailan protestando contra el patriarcado. Y más allá, unos buhoneros hablando de las bases militares en Colombia y de unas tipas que están buenísimas y que trabajan en el Ministerio de Comunicación analizando noticias todo el día.

Con cada paso, Will ve una nueva escena que lo enamora y lo mortifica. Lo va anotando todo, como si su mano fuera una videgrabadora con efectos especiales. Está frustrado, piensa que nada de lo que ha escrito hace honor a la realidad. La realidad lo supera en poesía.

—Caracas no tiene cielo, hace años volteó al mundo, como a una cachapa a la que se le untó el sol; la gente, con el mundo de cabeza, anda caminando entre guacamayas y cables de alta tensión. Es una ciudad que no se calla, hay un ceretón en cada rincón, juegan ajedrez. ¡Malditos duendes! Todos opinan, como si fuesen economistas, biólogos o politólogos, y uno los ve levantar el pecho y la voz, sacándose un carnet del bolsillo, y resulta que los carnet tienen sus fotos y sí son abogados, trabajadores sociales y astrónomos, que viven vendiendo café en Sabana Grande o haciendo de gestores a las afueras de la Cancillería, transando con las apostillas. También está lo que nadie cree, como ese unicornio con una corona de flores en medio de la avenida Bolívar... o las ánimas, que abundan!

Will describe la capital como si tocara la magia con la punta de la lengua y se limpia las heridas. La ciudad se parece al Capitán.

—Tú vas por Caracas y no encuentras silencio ni en el Panteón Nacional, hay megáfonos en todas las plazas y gente gritando consignas. Allá un mercado en medio de la calle, y más allá un taller sobre poesía creacionista a las afueras del Banco Central, entre las esquinas de Santa Capilla y Carmelitas. La gente no tiene miedo escénico, le gustan los performances y los tumultos, las cámaras y los micrófonos, parece un niño corriendo tras el dulce... y los días son un carnaval y las noches una rumba de salsa donde prenden las cornetas, los cohetones y se halan los gatillos al son de los cumacos.

¡Están locos! Los timbales suenan como instrumentos celestiales: bajan los angelitos negros para hacerle milagros a los pobres mientras lanzan traqui-traquis. Incluso, los soldados tienen debajo de su uniforme un pito y una franela amarilla, azul o roja, dependiendo de la fiesta a la que pretenden asistir después del trabajo. Caracas está llena de pintas, se recarga cromática cada amanecer y utiliza el alma de Cruz Diez para delinear las pestañas; hace que me duela la cabeza, que convulsione. Caracas arrolla, levita y arde.

Yo siempre quise vivir en Caracas, el silencio no me gusta. A Will, por lo contrario, lo agobia esta ciudad, le recuerda todo lo que amaba y terminó moribundo, por eso nunca se detiene en ella por mucho tiempo. Siempre llega a Plaza Venezuela y se va al terminal, ahí mira a la gente por horas y en el autobús de la medianoche se marcha a Barquisimeto, una ciudad a la que los poetas llaman *Planeta* y los niños *Barquito*. Y después de cinco o seis horas de viaje, llega con el amanecer, viendo a la Divina Pastora, cinética, vigilante sobre un cerro.

70

—Barquisimeto, ahí los hombres, por el cocuy o el Tamunangue, viven con locura su dolor y andan como chivos sin mecate mordiéndole las ramas al crepúsculo; observando cómo cae la noche sobre el río Turbio, río fantasma donde los duendes mojan sus pies iluminados por la luna; tienen una relación distinta con la muerte, le cantan velorios mientras se emborrachan —reflexiona y escribe sobre estas cosas abstraído de la realidad, imbuido en las páginas. Quiere salir de Caracas, sabe que en Barquisimeto lo espera el Capitán.

Will le tenía demasiada fe al Capitán... vivía volando en el futuro, casi desconectado de la tierra, pero cayó contra el suelo cuando todos decidieron encubrir el asesinato de Alba por razones económicas, y lo declararon loco. Había que cuidar a Don Sacramento Mendoza. Pasó meses tratando de descubrir qué había pasado y al único testigo que encontraba era al ceretón.

Will era un hermano para el Capitán, habían crecido juntos. Pero Will siempre lo amó de una forma más intensa. Todos en el manicomio dicen que Will es bisexual. Él siempre procuró otra vida, cogía con mujeres, desatando en el acto una violencia que coqueteaba con

el sadomasoquismo. Nunca se le vio con un hombre. Sin embargo, cuando Will le decía *camarada* a el Capitán era como escuchar a Juan Gabriel cantando desde el alma de Stalin, usándola como escenario. ~~Quizá esto es demasiado, soy un pésimo escritor. ¿A quién se le ocurre meter a Juan Gabriel en el alma de Stalin? Yo estoy seguro de que lo ama.~~ Cuando estaba cuerdo ya estaba obsesionado con el Capitán, aunque no se notaba porque encubría el amor con la militancia.

—¡Junta pelusas, junta pelusas! ¡Que nadie duerma en el barco, algo arde! ¡Mi hija está viva! ¡Estamos en guerra! ¡Haré de este naufragio el mejor país del mundo! —grita el Capitán.

El ceretón le dice al oído que Will está en camino.



Will llega al hotel de siempre, un edificio grande y ruinoso. Entra a la habitación y comienza a guardar sus camisas viejas en el clóset. Las camisas están tan usadas que parecen un paño de cocina, y aun así no le gusta que estén arrugadas. A mí, en cambio, no me importa, siempre estoy desnudo. Mi piel es como la tierra mojada y aunque me digan duende, puedo ser del tamaño que quiera, como un árbol que va y viene en el tiempo. Parezco humano cuando estoy a contraluz; de resto, parezco un armadillo gigante, de piernas y brazos largos, sin joroba, soy esbelto como una pantera y de rostro tierno, como el de una virgen que se ha quedado a oscuras en la iglesia, rosada apenas por el resplandor de unas velas.

72

Toc-toc. Me senté junto al espejo para arreglarme las uñas, sabe que estoy aquí porque escucha el rasgar de la lima, pero me ignora. Toma un gancho tras otro y acomoda las camisas, hasta que en la maleta solo quedan libros y algunos objetos que recolectó mientras viajaba en tren por Rusia. Al terminar, recorrió la habitación. «¿Por qué estoy aquí?», se pregunta. Siente que lo observo, cree que tramo algo, pero estoy en silencio, viendo cómo lo mata la ansiedad, toc-toc. Disfruto ver que sufre. Toma una lámpara y la pone detrás del ventilador. Miró cómo los rayos de luz iban escapando en cada vuelta junto al viento, para él las abejas son como esos rayos que transitan en instantes sobre el filo de las aspas, como leones que saltan a través de un aro de fuego. Distorsiona su voz con el viento y llama por teléfono a Diego. Con esa decisión cae en cuenta de que realmente está de vuelta:

—¿Has notado que las abejas son más rápidas que los ventiladores? Creo que las alas de una abeja producen más brisa en el mundo que

cien mil de estos aparatos –Will tiene los ojos cerrados y las manos le tiemblan un poco.

La luz que sale de entre las aspas del ventilador lo recorre en zarpazos. Un halo de luz, luego una sombra y luego otra abeja que le surcaba los ojos iluminándole todos los miedos... y luego otra sombra apresurada y otro sueño oscurecido. Una, dos, tres, mil veces... luz, sombra, luz, sombra, luz y una brisa que le hacía cerrar los párpados, como quien escucha un disparo y se resigna a la muerte. Will se parece un poco al vigilante del manicomio, ambos tienen en el alma un aire de madrugada. Toc-toc. Reposo frente al ventilador mientras medita sus preocupaciones sobre la existencia. Trata de adivinar qué hará el Capitán con las pelusas.

Al escuchar a Will, Diego saltó de emoción, no esperaba escuchar esa voz. Will sonrió por un instante. Yo lo miraba con ternura mientras jugaba con una lima y un cuchillo al borde de la ventana. Toc-toc.

–¡Estás aquí, Will! Estoy tan feliz que te diré «tovarich» –dijo Diego corroborando el número de área en la pantalla de su celular–. ¡Proletarios del mundo uníos! –gritó burlesco.

No podía evitar burlarse de la desgracia de Will, como si no fuera su propia desgracia. En eso Diego se parece a mí.

–Tú siempre tan despreciable, Diego. No sé cómo lo logras –replicó Will, yo sonreí y toqué madera–. Mejor responde, ¿has notado, sí o no, que las abejas son más rápidas que los ventiladores?

–Tovarich, este tipo de cosas no se discuten por teléfono, seguro nos están escuchando –le susurró–. Es la CIA –se escuchó una carcajada.

–¡Basta, Goldschmidt! Te veo en la taguara de siempre. Quizá le tengas menos miedo a los chinos que a los cubanos. Y por favor, ve sin Dévora, tú sabes que esa mujer es peor que la CIA... yo también iré solo –dijo mirándome directo a los ojos y colgó antes de que Diego contestara.

Toc-toc. Will piensa que puede decirme a dónde ir. Solo lo escucho cuando me gana en ajedrez. Esta vez muevo el caballo, pierde su

dama, y en una combinación de alfil y torre le doy mate. Acuesto su rey en el tablero.

Will, molesto, se echa sobre la cama con un libro de Gustavo Pereira, cree que así evitará que celebre mi victoria. Pasa las páginas y posa su dedo de forma aleatoria sobre un poema: «Somari antidialéctico».

Sucede al descalabro el descalabro

A la locura la locura

A la migración de la nostalgia la melancolía

Al olvido la eternidad

Al sitio donde nada retoña el despoblado

A la miseria el desamparo

A los imperios otro imperio

A la prosa la prosa

Y a la poesía tú

74

Terminó el poema, miró a su alrededor como buscándome y escribió en su agenda: «Se existe por largo tiempo, el corazón late, pero solo se vive unos instantes. Dichosos aquellos que han cumplido más instantes que años. Bendito el instante que sucede a otro instante inolvidable». Sonreí nuevamente desde la ventana. Recordó su cita con Diego. Salió con un cigarrillo. Iba por la avenida Libertador fumando y arrugando las facturas que sacaba de sus bolsillos.

—¡Debí ser empresario y no maestro, debí dejar los libros de Lenin cuando mis tías me lo advirtieron! —refunfuñaba.

Tenía hambre, pero había gastado los dólares que le quedaban en el autobús y el hotel. Pagó una semana por adelantado para evitar gastarse el dinero en alcohol y quedarse en la calle. Will jamás se quedaría en la casa de uno de sus amigos, odiaba someterse a reglas y horarios. Tenía un comodín para sobrevivir, Diego aún le debe un poco de un cuadro que logró venderle a una oligarca rusa un año atrás.

L

a gente se queja del calor, no se soportan con sus bolsas de plástico, con sus colas, conectando sus almas con las hienas que al otro lado del mundo se muerden entre ellas. Yo no tengo tiempo para hacer colas, a veces, cuando no me queda nada, busco entre las sobras del manicomio. Ellos corren tras una mantequilla de supermercado en supermercado, pero la verdad no corren tras la mantequilla o la pasta, las hienas no comen eso; corren tras la carne barata, y eso los malhumora, porque al final del día, con todos los productos bajo el brazo, huelen a carroña. Yo creo que se pudre la esperanza, que no necesita una nevera sino horizontes. El olor a carroña solo me abandona cuando entro al liceo.

75

—¿Sabes a quién recordé? Diego, al poeta Antonio Urdaneta —hablaban en la plaza Altagracia—. Tenía un poema que le gustaba mucho al Capitán, decía: «Si falta el mar no es por su ausencia». Era puro ashé ese poeta, siempre hablando de Oshun y Yemayá. ¿Lo recuerdas?

—No lo recuerdo, pero con mar o sin mar, con ashé o sin ashé, aquí todos son náufragos.

Will no discutió, solo bajó un poco la cabeza y, para no darle toda la razón, sostuvo su idea con un pensador marxista.

—Como ha dicho Mézáros, no somos más que «una elaboración abstracta, especulativa, y en gran medida, arbitraria, derivada por vía de la eliminación sistemática y reductora de las características sociales de todos los sujetos individuales reales».

Diego lo miró confundido, pero irradió cierta luz, le alegró escuchar esa explicación entendible.

Durante la conversación, se escuchaba que el estómago de Will gruñía. El hambre es implacable. El ceretón a veces trata de no alimentarse de nuestras agonías, pero su estómago comienza a torturarlo. No le sirve la compasión, vive más feliz cuando es cínico. La diferencia entre él y yo es que me acostumbré al hambre y él al remordimiento. A veces, en el liceo, también se escucha mi estómago; yo procuro disimular hablando más fuerte. Will prefiere filosofar.

—Cuando llega la guerra la gente entiende el hambre, punto... no a los filósofos. La filosofía no entra a los estómagos y cuando a la gente con hambre le dan de leer *El ser y la nada*, muchas veces prefieren comerse al *ser* para no quedar en la incuestionable *nada*. Con hambre la gente olvida *el todo* de sus cabezas y adviene *la nada* a sus corazones —advirtió el Capitán en una asamblea de jóvenes profesionales donde se discutía sobre las sanciones económicas impuestas al país, meses antes del asesinato de Alba—. Yo le pido a todos, incluyendo a los filósofos, que siembren. Soy doctor y ya tengo un conuquito en el campo donde trabajo. Hay que sembrar con el ejemplo, esa es la única verdad que germina —la gente aplaudió.

76

Ciertamente las cosas serían más sencillas si todos fueran como las abejas, tristemente no producimos miel.

—Un día te voy a encontrar y esta ciudad estará sin basura y sin moscas —amenazó Will en voz alta, pateando una lata.

—Will, hay basura en la puerta de la alcaldía, bajo los pies de los policías, a veces los diputados abren sus chaquetas y caen potes y retazos de plástico. Las moscas son consecuencia, no causa. Algo se está pudriendo —comentó Diego.

Después de caminar unos minutos llegaron al El Dragón de Oro. Diego escuchó a unas personas discutiendo a todo volumen sobre política. Al fondo un par de moscas tomaban café y fumaban; Diego volteó agitando un bastón:

—No quiero seguir escuchando de lo mismo, pero es imposible. ¿Viste el periódico?

—No.

—Tienen un montón de calles trancadas, dicen que las elecciones son una quimera. Lo dicen en cada elección desde que te fuiste, elección tras elección, pero en las últimas la gente, en su locura, hasta cruzó ríos para ir a votar. ¿Puedes creerlo? —Will asintió e hizo una mueca con la boca—. Yo en cambio no voto desde hace mucho, no le creo a nadie, solo al arte y al dinero. ¡Pobres! Ellos votan y luego se van a pararse en la cola para comprar un pollo. Parece ridículo, pero realmente es loable. Si algo de verdad tiene la democracia, son sus devotos.

—Hoy la democracia se parece a un santo, todos la alaban, pero parece que no le hace milagros a nadie, especialmente si eres pobre. La democracia ha perdido poco a poco el poder de multiplicar el pan —y gruñó el estómago de nuevo.

—Tú sabes que a mí me resbala ese polvorín entre pobres y ricos, pero no soporto la idiotez. ¡Son unos cenutrios tontos! Se visten como el Capitán América para protestar y hacen bombas con mierda.

—No se llama polvorín, se llama lucha de clases... y existe muy a pesar de nuestras opiniones —por un instante a Will se le salió el militante comunista que había tratado de matar tantas veces.

—Me importa muy poco como se llame, tovarich —se burló Diego, después recobró la seriedad con la que se habla siempre de un país en guerra—. La situación es inaudita, un día el país se cae y al otro día se reconstruye, como si por cada niño muerto nacieran dos nuevos, y entonces se juntan luto y júbilo en la misma cuadra. Y luego uno ve la televisión y cada uno tiene una teoría de por qué estamos así, y las explicaciones son tan extraordinarias que termina siendo más impresionante la historia que la muerte, y por eso ves a la gente marchando contra el imperialismo o contra la dictadura, pero los niños se quedan detrás de las tarimas, saboreando la guerra desde sus ataúdes. Todos sabemos que los gringos son una vergüenza, ¡pero coño! ¿Hasta cuándo? Parece que en este país nadie conoce los espejos —Diego se descargó y Will lo miraba sorprendido: por primera vez hababa sobre política realmente preocupado—. La verdad, me hacía falta pelear contigo —confesó—, aunque te estás

haciendo aburrido, ni me insultaste, ni me dijiste escuálido. ¿Seguro que sigues siendo tú, tovarich?

Finalmente entraron al bar. Will contempló las moscas con odio. Las moscas frotan sus patas mientras ríen y amasan ríos de mugre, su vuelo suena a bolsa de plástico. Conozco ese sonido, cada vez que llego al manicomio debo sacar la basura porque no hay personal de limpieza en el manicomio: los vigilantes sacan la basura y las enfermeras barren.

—Ya es hora de que dejes de pintar barcos... ser más consecuente con la verdad —dijo Will con algo de saña. Diego le respondió sereno.

—Tú sabes que los barcos son mi única verdad —sonrió, tomó el hombro de Will y se acercó como para un secreto—. Hace un tiempo pinté un retrato al que llamé *El Capitán*, para recordar como era antes, con un barco de papel en la mano —Will también sonrió—. Tiene los ojos profundos, tanto que casi me cupo el cielo en el reflejo de luz que le dejé en la pupila y por eso pinté su camisa de color azul. Quería hacerle unas banderas rojas a la espalda, era mi intención original, pero me salió un jardín. Supongo que sus amigos comunistas tendrán que disculparme, apenas le puse un lápiz rojo en el bolsillo, a la altura del corazón.

—No te preocupes, parece que los comunistas están en peligro de extinción, pero nadie dice nada —susurró Will, luego se llevó la mano a la cabeza a manera de pistola y se disparó.

Las moscas en el bar pidieron una botella de whisky, brindaban de forma burlesca. Querían que las escucharan. En definitiva, lo que ha nacido de la mierda, aunque vuele, mancha. ~~Por eso siempre trato de que ninguna de las bolsas de basura me toque el uniforme de vigilante.~~

—Hoy iremos a visitar al Capitán. Vienes, ¿verdad?

Will dejó de cortar el bistec de cerdo y soltó lentamente el cuchillo junto al plato.

—Por eso vine, Goldschmidt. Tengo un plan.

Diego alzó las cejas y movió la cabeza negativamente:

—Sus planes siempre son más poesía que realidad... y la poesía es el único arte en que dejé de creer —entonces, ordenaron dos cafés y guardaron silencio.

Antes Will trataba de convencer a Diego de que el socialismo era la vía que salvaría al país de la miseria, la justicia hecha sistema. Diego se burlaba y le restregaba su dinero en la cara, como diciendo que pueden más los billetes que los sueños. Diego hace mucho que dejó de soñar, apenas le quedan las pesadillas que retrata en sus barcos, junto al amor que siente a cascarrabias por sus amigos; es lo más auténtico que conserva dentro de sí. A mí me encantan sus pinturas, las contemplo en el manicomio. La gente lo adula, pero a Diego no le importa la opinión de los demás, se cree mejor que el resto del mundo, aun con su bata blanca mira por encima del hombro. Lo único que hace es pintar. La única vez que lo vi lejos de un caballete fue cuando Will le robó los pinceles; ese día hubo un motín. Desde entonces los doctores recomiendan mantener a Will y a Diego separados.

—¿Te imaginas a Miranda dando una vuelta por Petare? —preguntó Will.

—No empieces con el cuento de que Miranda y Bolívar eran socialistas —refutó Diego agitando sus manos, tan largas y gruesas que parecían más de albañil que de pintor—. Ya estamos grandecitos como caer en eso. No vas a engañar así a un Goldschmidt. Yo tengo en la sangre la razón —Will soltó una carcajada y le gritó al mesero:

—¡Chino, tráeme dos cervecitas, que este se prendió con ese whisky y se arrechó con el socialismo criollo, se cree el representante de los arios en Venezuela! Parece que se le olvida que su primer apellido es Vargas, como la avenida meada del frente. ¡Goldschmidt mis cojones! —gritó agarrándose los güevos— ¡Chino! Antes de traer las cervezas, muéstraselas a Mao, a ver qué dice —Mao era el gato del chino que solía estar echado en la barra; le mostraba una cerveza... si maullaba, todo bien, si no, el chino corría al cliente de la taguara gritando injurias en su idioma.

—Ten en cuenta que mi apellido y mis pinturas burguesas, tan criticadas por comunistas como tú, pagan el whisky y las cervezas que

te tomas –se puso el paltó y lanzó unos billetes sobre la mesa–. Me largo, no voy a esperar que un gato maoísta me corra de esta pocilga –pero Mao maulló y el chino puso las dos cervezas sobre la mesa.

Will levantó una de ellas y brindó con la espalda de Diego. Ninguno imaginó que aquella sería su última discusión de amigos borrachos. El plan del Capitán lo cambiará todo.

L

o que tenían de especial los dulces de Alba no eran solo sus manos para lograr milagros, sino la ciencia. Su padre fue el mejor apicultor de la zona; cuando murió, Alba se hizo cargo de las abejas. La miel no la dejó guardar ni un día de luto. Ella caminaba por el campo y las abejas le hablaban entre susurros; las entendía, como las flores entienden el sol de primavera.

Alba practicaba la alquimia y también la arquitectura: les cambiaba a las abejas la dulzura por unos panales preciosos, al punto que habían protestas de los bichos cada noche, como si Alba fuera una representante del Ministerio de Vivienda. Aquello parecía un cuento de hadas escrito por Máximo Gorki y Julio Garmendia. Incluso desde el pueblo se podían ver las parcelas iluminadas alrededor de la casa de Alba, que por más que se esforzaba no podía construir tantas casas, dejando a miles de luciérnagas deambulando.

81

—Mucho gusto, señorita, soy el nuevo doctor del ambulatorio —el Capitán la miraba como si hubiese descubierto en ella el amanecer—, me dicen que usted hace los mejores dulces del pueblo —Alba recibió el dinero, le sirvió un café, le dio una torta y se fue tratando de controlar el ritmo de su corazón.

—No mire mucho, doctor, a esa muchacha ya Don Sacramento le puso el ojo —aconsejó un viejo que cortaba la maleza del ambulatorio. El Capitán no le dio importancia, ni siquiera sabía a ciencia cierta quién era Don Sacramento Mendoza. Apenas se habían visto una vez. Le dio dos palmadas en el hombro, como diciendo que se quedara tranquilo, y se metió en su consultorio.

—Aquí se va a formar un atajaperros —auguró el viejo mientras soltaba un machetazo sobre el monte.



Will movía la pierna nerviosamente esperando que Diego dejara de leer el periódico y dijera algo.

—Ya basta de preludios silenciosos, anda Diego, di lo que tengas que decir. Con mi plan voy a salvar al Capitán de ese maldito naufragio. Le voy a llevar las pelusas que ha pedido por tanto tiempo a ver qué pasa. Nada nos cuesta, las pelusas son más baratas que el agua, más baratas que la gasolina. Esa es mi nueva misión.

—Esto es el colmo, tú también te volviste loco. ¿Ese es tu plan? ¿Llevarle pelusas? ¿Tú crees que con eso comerá? Will, mejor escribe tus poemas y déjate de ridiculeces. El Capitán necesita un lugar donde lo cuiden, pastillas y comida, no pelusas —afirmó Diego con la mirada severa.

—¿De qué me vale escribir si me siento tan preso como él? Mi mejor poema será liberarlo de esa maldita cárcel en donde lo metiste.

—¿Yo lo encerré? Si quieres, dejo de pagar el manicomio a ver quién lo va a cuidar. ¿Tú lo vas a cuidar? ¿Vas a evitar que se mate? ¿Le vas a dar la comida en la boca? ¿Tú? Todos estamos en *La Balsa de la Medusa* de Théodore Géricault, naufragos y abandonados. Ahora quieres lavarte las manos en agua salada y ser la misión de rescate, que llega luego de trece días de hambre, muerte y demencia. Seguro que en este instante Géricault mataría por hacerte un retrato, sería sin duda una segunda obra maestra, tan polémica como la primera, pues tu imprudencia es tan grande como la del Vizconde Hugues Duroy de Chaumereys, él también se fue, dejando ciento cuarenta y siete almas a la deriva. En un naufragio se justifica hasta el canibalismo, y tú siempre has sabido justificarte muy bien.

—¿De qué hablas?

—Hablo del maldito naufragio. No es mi problema que no sepas una mierda de arte francés, como no sabes una mierda de la responsabilidad y el dolor con que lidiamos aquí.

No hubo necesidad de un golpe sobre la mesa; marca distintiva de las rabetas de Diego. En esta ocasión batió el periódico, tomó su taza de café, puso mala cara mientras sorbía, dio un pequeño respiro y quedó en silencio un momento. Después retomó el tema.

—No consentiré tal locura mientras yo sea quien pague su tratamiento, punto.

—Se lo debes, Diego. Al final, te quedaste con Dévora, le sacas provecho a todo, ¿verdad? —Will cortaba como una hojilla.

—¡Por favor, Will! Mírate en el espejo y deja de hablar de mí. Bien o mal, lo único que hago es cuidarlos a todos de sí mismos. ¿Qué haces tú? —tomó un segundo sorbo de café y volvió a arrugar la cara—. ¡A este café le falta azúcar! —en el fondo de sus ojos azules todo tambaleaba, pero su rabia era apacible. La mayoría del tiempo Diego era un tipo inmutable, daba la impresión de estar ausente, en especial cuando pintaba, pero todos sabían de su violencia, Dévora aparecía con hematomas cada cierto tiempo—. Y no vuelvas a meter a Dévora en esto —concluyó desafiante.

La mesa medía cientos de kilómetros en esos instantes. Ninguno quería decir lo tarde que se les había hecho, ninguno quería romper el hielo. Pasados los minutos, Diego se levantó, cruzó la taguara haciendo zig-zag entre las mesas y pagó con un montón de billetes nacionales, no quiso sacar dólares. A un lado de la caja registradora había una pecera donde varios cangrejos conversaban en un círculo de literatura sobre una novela de Milan Kundera y se reían de la vida, borrachos de tanta birra.

—«No hay nada más pesado que la compasión. Ni siquiera el propio dolor es tan pesado como el dolor sentido con alguien, por alguien, para alguien, multiplicado por la imaginación, prolongado en mil ecos» ¡Salud por eso que escribió el pana Milan! ¡Y que viva Poseidón y Yemayá, nojoda! —gritó uno de los cangrejos borrachos.

Al salir del café caminaron en silencio, pero a la mitad del camino los dos se quedaron mirando unos cartelitos de las elecciones del día anterior y comenzaron a discutir nuevamente. Es inevitable, la política está hasta en la sopa, en las uñas de las viejas, en los cuadernos escolares, en los programas musicales, en los poemas de amor de la generación que se fue, en los baños públicos, en los techos de las casas, en las misas y las procesiones, en la firma del divorcio y en las franelas de los que venden ostras a orilla de playa. Uno encuentra la política hasta en el pollo. Vemos la carne dolarizada y nos damos cuenta de la levedad de nuestra existencia. Para algunos valemos menos que un pollo muerto. ¿Y eso no es un asunto político? ¿Cuánto vale la patria? Me pregunto mientras sigo mirando entre los archivos del manicomio las facturas.

Recordando a los peces leo una obra de Milan Kundera y subrayo: «Las preguntas verdaderamente serias son aquellas que pueden ser formuladas hasta por un niño. Solo las preguntas más ingenuas son verdaderamente serias. Son preguntas que no tienen respuesta. Una pregunta que no tiene respuesta es una barrera que no puede atravesarse. Dicho de otro modo: precisamente las preguntas que no tienen respuesta son las que determinan las posibilidades del ser humano, son las que trazan las fronteras de la existencia del hombre».

██████████ ¿Viste lo bello que es? Provoca comérselo. Yo voté por él. En la casa todos votaron por el otro, pero ese es tierraísimo –le decía una chica a otra, mirando cómo en la plancha se cocinaba el pollo para una hamburguesa.

Will callaba y escuchaba. Diego les comenta algo y las dos muchachitas lo escucharon con respeto. A Diego todo el mundo lo conoce, sale en la televisión, habla de arte y cultura; por supuesto, en las pantallas nunca habla de política: se quita la bata blanca. El dinero siempre viene con una cuota de solemnidad, la gente baja la cabeza cuando pasa el dinero y Diego Vargas Goldschmidt nació con mucho dinero. Por otro lado, Will solo es el recuerdo de un escritor, no tiene un gran apellido, apenas una reputación que se muere de a poco con el olvido, parece un circo al mediodía, atravesado por la luz y el polvo.

85

–¿Viste lo último que publicó Luis Alberto Crespo? –Will muestra un libro– Lo compré en el terminal La Bandera por menos de un dólar. El pollo está caro, pero los libros siguen baratos. Escucha:

*Qué tendido es este país
no puede hacer gran cosa
no se mueve no tiene
ni hierba para eso
pero dime alma
cómo ser sin él
acaso lo sepas
cuando tengas
que escarbarme.*

Diego no respondió. La poesía le da demasiada ansiedad. Silvia siempre leía poesía en voz alta, por eso cada vez que escucha un poema la recuerda.

—Si me escarbaran, solo encontrarían un mar.

Llegaron al manicomio y había un calor insoportable. Cuando Will cruza la reja principal es como si estuviera cruzando la frontera sobre el mar, siente sal en los labios... entra a un país de esquizoides, contorsionistas, médicos, administradores, duendes, abogados y próceres de la independencia. Todos dan vueltas y hablan bajo un sol verdugo. Comparten la misma balsa.

—Cambiaron los grilletes por delirios; cualquier cosa parecida a la verdad se considera subversiva. La verdad es un golpe contra una viga estructural, el solo hecho de que exista, implica un castillo de mentiras. Hay que estar un poco loco para golpear un castillo con las manos. Para que la verdad se manifieste hay que organizar la locura, hacerla poder, así veremos temblar los castillos como molinos de viento —murmura Will para sí mientras pasa el desfile de locos, cada uno con su ceretón; unos juegan como leones cachorros y otros están bañados de sangre, armados pero sonriendo.

87

A Will lo conocen las enfermeras y los enfermos, los doctores y el que alquila teléfonos en la esquina, aunque hayan pasado casi cuatro años desde la última vez que vino; por eso no entiende por qué le preguntan lo mismo en la recepción, como si su identidad se evaporara en la distancia.

Vuelve a mirar a su alrededor y descubre una abeja que muere en el fondo de un vaso, podría salvarla, pero no lo hace. Dévora llega repentinamente y agita el vaso, la abeja huye volando. Los dos la miran perderse lejos. Ambos recuerdan a Silvia, pero ninguno la nombra por temor a Diego.

—La libertad resulta vital para todos los seres, lo demás es la muerte. La humanidad a veces es tan pequeña como una abeja y

sus ansias de vuelo igual de dulces –Will rompió el silencio. Recordó cuando entró al país y a aquel hombre extrañamente alto dándole consejos: «Que encuentre lo que busca». Dévora comenzó a gritar porque Will no le hacía reverencias, partió el espejo de un golpe y se cortó la mano.

D

Desde la calle se escuchaban gritos en casa de Diego. Los humanos se parecen a las cucarachas. En la catástrofe la esperanza agoniza y renace. Toc-toc. Las cucarachas, tan repugnantes, tienen poesía en su forma de sobrevivir, no se rinden, les arrancan las patas, les tiran veneno, las pisan y siguen arrastrando la existencia, evitando la muerte.

—¡Escuchen la pregunta de Lorca: «¿Por qué os causan repugnancia algunos insectos limpios y brillantes que se mueven graciosamente entre las hierbas? ¿Y por qué a vosotros los hombres, llenos de pecados y vicios incurables, os inspiran asco los buenos gusanos que pasean tranquilamente por la pradera tomando el sol en la mañana tibia? ¿Qué motivo tenéis para despreciar lo ínfimo de la Naturaleza?», y luego exige: «Dile al hombre que sea humilde. ¡Todo es igual en la Naturaleza!» —Will terminó el párrafo y cerró el libro.

89

—¡A veces preferiría defender la dignidad de una libélula que la de algunos hombres! No puedo justificar o salvar, a costa de su humanidad, a aquellos que, aun siendo gente, deciden ser malos gusanos y terminan matando a humanos tan nobles como Lorca. El hombre es hijo de su consciencia, pero si niega su consciencia, entonces ¿qué es? ¿un bicho? ¡No, es más repugnante; las cucarachas no inventaron la bomba atómica! Y sin embargo, la esperanza de ser mejores nos hace hermosos. ¡Qué contradicción tan agobiante! —el Capitán habló con una mano sobre el hombro de Diego.

—No estoy de acuerdo con Lorca, ni contigo. ¡Una abeja no puede ser más digna que un hombre! —comentó Diego levantándose de la silla y abriendo una ventana de la casa—. ¡Qué calor hace! ¿Tú sabes cuántas abejas he matado con este periódico? Soy alérgico a esos

bichos. Ahora, según tú, tengo un alma insecticida, comparada a la de Hitler. El hombre está en la punta de la pirámide haga lo que haga. Vale más un mendigo que una abeja reina.

—Yo he declarado más de una vez querer ser un bicho de esos, así que estoy de acuerdo con Lorca —refuta Will—, y sí, Diego, pareces demasiado un insecticida.

—Yo creo que todos debemos ser juzgados por nuestros actos: si la abeja mata, será una abeja asesina, y si el hombre produce miel, será un poeta —argumentó el Capitán, y luego de un largo silencio concluyó—: la grandeza del hombre está en su praxis, no en su condición. Y la de la abeja en la primavera. No podríamos vivir en este planeta sin la presencia de esos bichos, por tanto, son más importantes las abejas que tus alergias. Para mí tiene más humanidad una abeja que cualquier Hitler.

—¡Por supuesto, las abejas son superiores! —gritó Will, agarrándole, inconscientemente, una pierna al Capitán, que continuó hablando como si nada.

90 —El ser es lo que produce. Hay seres como el tren de vapor. En plena era petrolera hay hombres como refinerías, obreros como industrias a corazón abierto. A veces son luciérnagas con el culo del tamaño de un faro, y otras veces míseras moscas —el Capitán tomó el libro de Lorca de las manos de Will—, seres que cambian la realidad y doblan los espejos; un bicho o un hombre... ¿Cuál es la diferencia? ¡Todos somos una metáfora!

L

as palabras *will* se usa para enunciar el futuro en el idioma inglés, Will por el contrario está atado al pasado. Todos lo llaman así, aunque su cédula de identidad registra: Willson Flores Durán. Él prefiere el seudónimo. La cédula tiene en el borde la bandera nacional, y con ella de algún modo se siente responsable de la república; en cambio, como Will no es responsable de nada. Se esconde aun sabiendo que la cobardía es el féretro del futuro.

Antes la gente lo escuchaba y lo aplaudía. Lo veían como a un intelectual del pueblo. Una vez, en la inauguración de una escuela se fue la electricidad y los representantes ministeriales entraron en crisis, la prensa estaba con los dientes afilados. Will comenzó a recitar algunos de sus poemas y al notar que los bombillos no prendían dijo:

91

–Tengo buenas noticias, se nos fue la electricidad, pero aún tenemos luz.

Y organizó un grupo de personas para hablar de Simón Rodríguez. Una hora después, la electricidad volvió, pero la gente permaneció junto a Will hablando sobre la Toparquía. ~~Se creía su propia ilusión; ahora lo veo y me pregunto qué poder tiene el pueblo en este manicomio. ¿Qué poder tengo yo que también soy pueblo?~~

–¡Ajá, aquí lo encontré! Escuchen lo que escribió el maestro de Bolívar –dijo un muchacho como de veintidós años–: «Los gobiernos republicanos no han de ser tragaldabas como los monárquicos. Los vastos dominios se gobiernan mal, porque la dominación degenera en tiranía, al paso que se aleja del centro. La influencia moral es al revés de la influencia física; en esta se ve que los cuerpos inmediatos a un foco, se abrazan, mientras que los distantes están fríos; por el contrario, la Administración más moderada es despótica a lo lejos,

por el abuso que los empleados hacen de sus facultades, al favor de la distancia (...) Si el que manda no ve el alto gobierno en el bajo, yerra, creyendo acertar. La verdadera utilidad de la creación es hacer que los habitantes se interesen en la prosperidad de su suelo; así se destruyen los privilegios provinciales; ojalá cada parroquia se erigiera en Toparquía; entonces habría confederación. ¡El Gobierno más perfecto de cuantos puedan imaginar la mejor política! Es el modo de dar por el pie al despotismo... esto es... (y esto es, mil y mil veces) si se instruye, para que haya quien sepa y si se educa para que haya quien haga».

—¡Excelente! Esa es *La Carta de Tuquerres*, una joya de Rodríguez, deja las cosas claritas. ¡Toparquía, señoras y señores... nuestra luz está en la tierra que aramos! —gritó Will y la gente aplaudió.

Pero estas cosas cambiaron, y no me refiero a las mesas o a las lámparas de la escuela, me refiero a las cosas como a un órgano vital. Estaba tan lleno de esperanza que parecía un bosque, y ahora está ahí, con esa bata blanca, rodeado de troncos talados, fumando sin parar. La muerte de Alba fue una tragedia para todos.



Will y el Capitán pasaban horas hablando de las corrientes vanguardistas barquisimetanas: el Ecoduendismo, con eso de la poética de la comuna y sus pretensiones de poder a través de la poesía; El Garrote y su bizarrismo radical; el Grupo Vena trastocando los conceptos del arte moderno; y por supuesto, los Coléricos, que eran unos chivos sin mecate tomando sopa en el corazón de círculo.

—¿Qué es lo más subversivo que existe? —preguntó Will borracho.

—¿Y tú me lo preguntas? Lo más subversivo que existe somos nosotros —el Capitán abrió una de las botellas de ron que estaban en la mesa—, porque nos habita la poesía. ¡Coño! Y la poesía es una amante de la verdad... ella abre sus piernas y deja correr la miel del tiempo, lo transfigura, posibilita en su boca nuevos mundos donde habita lo maravilloso, lo enigmático, lo sublime, lo que el hombre no puede explicar con lógica cartesiana. La poesía toma a la historia por el cuello con sus labios, cruza hechos y sueños, engendra bestias, laberintos, dolores, esperanzas... La poesía no es un verdugo o un juez, al menos no para la historia, quizá para el hombre sí. En el hombre la poesía instala tribunales y hogueras. En esa hoguera el hombre es sentenciado. ¡Ojalá esa hoguera se extienda! ¡Todo lo que sobreviva a ese incendio será digno de la poesía! Del naufragio intuyo el alba —el Capitán vio al mesonero y levantó la mano— ¡Señor, tráiganos más limón y hielo, por favor! —Will despertó entre el autobús y el barco, atrapado entre dos delirios.

██████████ La respuesta está en la dictadura del proletariado –dijo Will, sonriendo como si tuviera la verdad en las manos–. Hablo en serio, la única cosa que parece coherente en este desastre es el marxismo-leninismo. De que vuelan, vuelan, como dice Valera Mora. Nos hacen falta la *komintern* y la NEP del siglo XXI.

–¿El marxismo-leninismo? ¿Esa religión de obreros que permite fornicar con la mujer del prójimo? –preguntó Diego entre carcajadas– ¡Sí, claro!

94 Hoy la realidad es tan convulsa que uno ya no sabe cuándo acaba la política y cuándo inicia la farándula en el noticiero de la noche. Los presentadores ponen videos de perritos persiguiéndose la cola. Dévora siempre se ríe de sus trajes y los comenta con sus viejas amigas del Country Club de Valencia; iba todas las mañanas desde su casa en los Altos de Guataparo para trotar. Vestida de Nike de pies a cabeza y evitando hablar de política: su papá es un empresario que trabaja con el gobierno desde hace un tiempo. Se ponía las camisas rojas de mala gana, pero siempre sonreía cuando le aprobaban dólares por millones. A sus espaldas, sus amigas le decían *la enchufada*. Dévora sabía combinar bien los dólares con el color rojo, al pasar el tiempo, incluso, comenzó a gustarle. Un día agarró su carro último modelo y se fue a estudiar a Barquisimeto.

–Hace falta la democracia en los barrios, donde se enconchan los drogadictos, los mal hablaos y los tirotiaos, porque son burda y son reales, mi pana, son el mejor manifiesto contra la muelte. Ej que ellos se vieron mueltos al nacé y se negaron a quedarse pegaos ahí, son los que se sufren la guerra de veldá. A los que roban los corruptos y mata el imperialismo. Los pobres siempre nacemos en la guerra. ¿No

lo entiendes? Nadie quiere ve a su chamo muelto, pero si naces en el barrio, entonces te toca rezá o matá. Entre políticos y empresarios venden al país, mi pana. Pero la gente sobrevive. ¡Salsa brava y más na!

—Es cierto, Saimon, pero la política no es la culpable, son los hipócritas. Hay que salvar esa palabra de la cloaca y regalársela a la gente para que la use como usan los martillos, los puñales y las motos —respondió el Capitán.

—¡Por favor, bajen la voz, mañana tengo examen de *Marketing!* —gritó Dévora desde la habitación y tiró la puerta.

El Capitán le hizo señas al Saimon, agarró una chaqueta y sin decir nada se montaron en la moto. Se fueron para una rumba en el barrio. El Saimon cantaba en el camino y el Capitán le hacía coro imitando las trompetas y los tambores con la boca: «En los años mil seiscientos... pa-pa-pa. Cuando el tirano mandóoooo, para-papa-pá»; y continúa: «No le pegue a la negra... ¡Oye ven, no le pegue a la negra!, para-rará-papapara-para-rará, pas-pas-pas... para-rará-papapará-papapapapaaaaaaa». El Capitán bailó toda la noche con una morena llamada Casandra, no volvió esa noche a casa.

—¡Allá viene El Capitán! —dijo Diego dando un salto, como si el rechinar de la silla de ruedas no fuese suficiente anuncio. Sonaba como la puerta mal engrasada del infierno.

Había dejado atrás los tiempos de la rumba. En el manicomio no se escuchó el repicar de los timbales ni nadie bailó.

C

uando Will visita al Capitán, una de las enfermeras procura darle ánimo; le comenta a manera de chismecito: «Creo que está mejorando, aunque sigue con lo del plan». Will sonríe por cortesía, pero luego le hacen efecto las palabras y se lo imagina como antes, dando un discurso sobre la unidad popular o atendiendo a gente en ambulatorios rurales.

96 –Él siempre fue como un barco blindado y lleno de torpedos, de una lucidez más densa que el petróleo del Orinoco, navegando sin velas sobre el tormentoso Caribe, con una bandera tricolor como una cola de una guacamaya –la enfermera no entiende una palabra–. Yo también veo al ceretón –asegura Will. Ella se asusta y se va a preparar inyecciones. Toc-toc.

Cómo saber si no estamos locos, si todo lo que nos pasa no es más que una alucinación. Ellos parecen tan seguros de su realidad que me hacen dudar de la mía. A veces miro a los niños en el liceo y me parece que es un sueño, que aún estoy en el manicomio drogado, dando vueltas junto al ceretón. ~~Es posible que toda esta novela no sea más que mi propia terapia, quizá deliro. Qué triste la esperanza de estar loco.~~



Bill tiene tatuado en el antebrazo un poema que le escribió al Capitán antes de irse del país. Cada vez que ve el tatuaje, recita en voz baja, trata de callar al ceretón. En su piel las letras caen del poema, como lluvia:

*Sádicos e inocentes comparten la patria
sufren la misma esquizofrenia:*

EN EL NAUFRAGIO LA ESPERANZA FLOTA

L

A

T

O

R

M

E

N

T

A

A

V

A

N

Z

A

ES VITAL EL FUEGO

*todo nace en la curvatura de la revolución
chispeando sobre la oscurana*

Will se lanzaría al interior de un volcán si el Capitán se lo pidiera. Para Will era devoción, mientras que para el Capitán era militancia. Ambos pertenecían al mismo partido, pero Will no amaba al partido, amaba al Capitán.

—¿Sabes que Arquímedes trató de incendiar barcos romanos con espejos? Las naves del general Marcelo —dijo el Capitán mirando un espejito—. Poeta, que se manifieste la poesía en las reuniones del partido. ¡Hagamos un incendio con los espejos! Y que con él se vean por dentro —tenía una expresión entre dignidad y rabia—. Hay que librarnos del silencio para salvar al partido de la ceguera, hace falta la autocrítica. Hay que ser irreverentes y creativos en la discusión para que lo teórico se pruebe en el fuego de la poesía. Si no pasa esa prueba, no habrá acción revolucionaria. Todo será pura retórica, corrupción y mierda —incluso cuando hablaba con sus amigos, el Capitán parecía estar dando un discurso.

En el manicomio, el Capitán habla del socialismo, de las grandes fábricas, de Alba; se le apaga la mirada y llora, grita, se golpea contra la pared. Lo sujetan, tiene el rostro ensangrentado, lo arrastran. Todo es tan real que dan náuseas. El pasillo es una transición hacia la nada. Pero él sigue gritando:

—¡La carajita está viva! ¡Estamos en guerra! ¡Estamos en guerra! ¡Voy a hacer de este naufragio el mejor país del mundo! —de su boca chorrea espuma blanca, como si su locura fuera simplemente rabia.

N

~~o tengo casa, para mí volver sería saltar al vacío. Volver, como a Ítaca, es un acto de amor. Decir «volver a casa» es decir «volver al amor», y por el amor cualquiera desafía a la muerte. Will pretende huir de sí, pero sin historia no hay esperanza, solo inercia que nos arrastra al origen, todo horizonte es relativo a su punto de partida. Soy un hipócrita, lo único que tengo son estas páginas tachadas. Estoy damnificado y la vida me empujó a la literatura, sin techo ni nevera, únicamente ventanas. Mi mujer se fue por una desgracia de todos, no solo mía. A mí me calla la poesía, en eso me parezco al ceretón. Recuerdo la tarea que le di a los muchachos en el liceo, leer a Ana, mi querida Ana, la poeta.~~

99

*Aceptemos que todo sea entramados
y no el camino vuelto un cauce viejo,
o sendas polvorientas donde canta la arena...
hablo de otras veredas, seda y aire
que han tendido la araña y las abejas
y que conducen por un patio pequeño
al otro lado de la huerta,
por donde vamos de regreso a «la casa»
pidiéndola, añorándola
para con gajos de algún fruto muy denso
arrancarnos la sed que ha venido mordiéndonos
a cada paso, en cada acecho
sin que el orden enjuto y los ojos agudos
sequen la risa y el ensueño
levantados de ese humo, de esas tejas sin tiempo*

que unas mujeres ya sin rostro curtieron,
en flor de cal terrosa
con amor sin fatiga y fe dulcísima.
Dios las tenga en su gloria.

Will nunca tuvo un hogar, lo más parecido fueron sus camaradas, como si la idea de una revolución se hubiese transformado en zaguán, espejos, una sala grande, un patio y una cocina. La casa es el templo donde nuestros sueños se forman y descansan, encuentran consuelo, pero son necesarias ciertas circunstancias, las *Circunstancias del nombre*, como diría Ana Enriqueta:

La joven construye su casa con dedicatorias, hojarascas y marejadas de otoño, construye su casa nombrando renglones dulces, experiencias de hilo muy fino torcido sobre el muslo, hilo y mano, figura entera en el umbral, figura que recuerda cuando esperó, cuántas lluvias, techos de lluvia sobre el
[desamparo.

100 *Nombrando piedras, unas de intento: hacer llover otras de sombra: piedras de*
[suerte
que no alzaron previendo lazos, ataduras a nuevos gestos; piedras quedadas hundidas en trechos para descansos, puesto de estar siguiendo rojos, sajaduras, viejos maltratos... Pero no vieron, no levantaron peso, textura única dentro de la hornacina y circunstancia del
[nombre.

El dueño de la casa construye el panal, riega los jardines y los defiende, incluso a costa de su vida. Volver es confrontarse con los corazones que abandonamos. El reencuentro es la esperanza que podemos llamar patria. ~~Quisiera reencontrarme con mi hija~~: Quizá era eso, y no el frío, lo que hacía temblar a todos aquella madrugada en el barco, Will lo niega, pero siente esperanza, como una enfermedad terminal.

–Necesito saber tu plan –Will susurra y pone un montón de pelusas en la mano del Capitán, como quien entrega C4 en una terminal de tren–, ¿cuál es el plan? ¿Qué haremos con las pelusas?



El Capitán no lo matan de hambre, intentan matarlo de calma. Cuando está encerrado en la habitación, le permiten únicamente escribir sus cartas indescifrables con creyones de cera: un lápiz o un lapicero sería peligroso. Cada vez que lo visitan, las leen y sufren una alegría miserable. Diego hace silencio, Dévora llora, Will la mira con desprecio, pero cuando ella lo percibe, él baja el rostro. Una vez, Dévora lo agarró por las bolas y le dijo: «Esto es lo que siento cuando me miras así, cobarde». Después se fue hacia su carro tranquilamente. Will disimuló el dolor, tratando de que Diego no se diera cuenta de lo sucedido. Yo vi aquello a través de la cámara de vigilancia.

101

Gracias a las cartas del Capitán, este es el psiquiátrico más político del mundo. Para mí no es necesario sanarlos; hace falta soltarlos y esperar que su locura se haga pandemia. Imagino a las farmacéuticas inventando vacunas imposibles, pues vacunar contra esta locura, sería como vacunar contra las matemáticas. El Capitán quiere voltear el mundo, pero la anestesia lo atrae al centro de la miseria.

—¡Alba, te voy a salvar! ¡Yo vi al ceretón! ¡La carajita está viva! ¡Estamos en guerra, pero haré de este naufragio el mejor país del mundo! —grita el Capitán mientras lo arrastran nuevamente.

N

unca me siento tan médico como cuando vengo a los case-
ríos de La Siempreviva, me enamoran su gente y sus cataratas. Las
casas son de barro, a menudo se les ve el esqueleto de bahareque.
Yo quiero salvarlos, son gente amable y fuerte, que ríe a pesar de
que falten dientes. Pero la medicina no basta, es imposible vencer la
muerte solo con unas pastillas y una bata blanca. Los médicos debe-
ríamos ser también sociólogos justicieros o abogados idealistas
¡He visto morir tanta gente de trabajo y hambre! La enfermedad más
común es la injusticia.

102 Me dicen «Capitán» por los campesinos de estos pueblos. Muchos
piensan que es por los barcos de Diego, pero no. Resulta que aquí
la gente tiene un sistema para distribuir el agüita que corre entre
canaletas desde los riachuelos del bosque; y aquellos elegidos para
impartir la justicia hídrica, son llamados «capitanes». Un día, uno
de esos capitanes no llegó a la reunión y se formó tremenda pelea:
gritos iban y venían. La verdad, lo único que hice fue intentar que no
se mataran a garrotazos, y poco a poco se calmaron los ánimos ante
mi amenaza de irme del pueblo. Después dirigí la asamblea hasta
llegar a un consenso. Desde ese día me dicen Capitán. La historia
viajó del campo a la ciudad, porque en más de una ocasión alguno de
los campesinos fue a buscarme a la universidad o al hospital con un
hijo enfermo, sudando por la fiebre o el calor. Preguntaban: «¿Conoce
al Capitán? El doctor de La Siempreviva». Fueron tantos que tuvimos
que crear en la universidad un servicio de atención exclusivo para
campesinos. A veces también nos íbamos un grupo grande hasta el
campo. Le llamamos Plan Flora y Ceferino, como la canción de Alfí
Primera.

En esos días terminé la carrera y me dediqué casi por completo a atender en La Siempreviva, me metía en cuanta asamblea se hacía: me acordaba del Saimon. Estuve cuando llegaron los libros de alfabetización y comencé a sentir en carne propia la revolución de la que tanto hablamos en la universidad y en el partido, comencé a verla en los ojos de la gente que debatía sobre la propiedad de la tierra mientras leían *Doña Bárbara* y aprendían sobre Zamora. Pero al cabo de un tiempo, comenzaron a aparecer hombres heridos a machetazos o acribillados, y los policías en vez de «sicariato», decidieron llamarlo «delincuencia común» o «ajuste de cuentas». Cuando llegaban vivos al ambulatorio, los atendía y escuchaba sus últimas palabras, era imposible salvarlos. Los conocía, todos participaban en las asambleas y generalmente eran los más alzaos. Cuando los veía morir no sentía dolor, sino una rabia que se parecía al sol del mediodía.

—Tú no entiendes, aquí las cosas no son como allá. Esto es otro país —dijo Alba a punto de llorar, mirando una constitución que el Capitán había dejado sobre la mesa—. Deja de andar buscándole las cinco patas al gato, deja de denunciar esas cosas en el periódico, no te has dado cuenta de que eres el único que lo hace. ¡Por algo es!

103

El Capitán le dio un beso en la frente:

—Yo sé lo que hago. Necesitamos que las cosas cambien. Basta de muertos de hambre, de acribillados y de machetazos en la nuca. Todo estará bien, haremos de este caserío el mejor país del mundo —Alba sonrió en medio del llanto y el Capitán la abrazó, pero recordó a Don Sacramento Mendoza.

E

s un espejo roto, sopla de golpe como para no gritar; los labios le tiemblan, está acurrucado en el suelo, aterrorizado. Aguanta la fiebre. Se toca el corazón y siente cómo le palpitan las mismas callejuelas que hicieron de su historia un naufragio. Confunde los muros del manicomio con hombres, dice que tienen cuchillos y que lo están quemando. Se desmaya y al despertar susurra una y otra vez palabras inentendibles.

104 –Fuego líquido, salada oscuridad de donde brotan orquídeas oxidadas, como la lengua de un tigre; todo se quema; telaraña quemada. Me hundo en su vientre, pero siento en su sangre la otra orilla, es el sol, es el sol... Alba, Alba. Fuego líquido, salada oscuridad de donde brotan orquídeas oxidadas... telaraña, sangre. Me hundo... Alba.

Abren la puerta. Grita de tal forma que hasta los enfermeros se confunden y miran a los lados como buscando fantasmas. Grita como si toda la MLB lo golpeará con un bate. Está siendo torturado. Sufre. Tiembla.

–No más, no más. ¡Mátenme! ¡No me callaré! –da vueltas en la cama–, no soy un traidor, los vamos a joder, no habrá más muertos de hambre, ni sicariatos, ni corruptos. ¡Van a ver! ¡La carajita está viva, está viva! ¡Alba, Alba!

Lo amarran y lo inyectan para que no se destroce el rostro. Todos los locos lloran a un lado de la puerta. Se llena el manicomio de lagrimas, corren por las escaleras, se filtran por debajo de las puertas, chorrean por las ventanas, como si el propio edificio llorara, y las enfermeras hacen barquitos de papel y los tiran sobre el llanto y los barquitos se aglomeran junto a un balcón cerrado, como si ese ventanal por donde se filtra la luz, fuese un puerto.



Alba no se parece a su ocaso. Ella era sonrisa. En el pueblo le decían *la bella* por una canción de Tamunangue que su difunta madre, maestra, hacía bailar en la escuela cada año. Le gustaba leer, aunque no había muchos libros en el caserío. Sabía hacer el mejor dulce de lechosa y las tortas más suaves y dulces. Quería abrir una repostería, decía que haría famoso al pueblo con sus dulces, que iba a vender café recién hecho y que la gente podría elegir entre azúcar morena, miel, jugo de caña y papelón.

—La gente tiene derecho a elegir con qué endulzarse la vida. El mundo está lleno de amarguras, uno tiene que comerse al menos un dulce diario para compensar.

Estaba enamoradita del doctor, pero lo evitaba. Don Sacramento Mendoza la había escogido como parte del harén de campesinas de su hacienda. Todo el mundo lo sabía. Las familias de las muchachas guardaban silencio; cuando las adolescentes se iban a la hacienda, tenían trabajo seguro. La iglesia tampoco decía nada, recibía importantes donaciones por perdonar. En el pueblo, las enfermedades *balazo* y *machetazo* se contagian por la boca, era saludable hacer mutis. La familia que se rehusaba, terminaba de luto y la muchacha soltera de por vida o mudándose para casarse a escondidas.

—Nos prometieron que el futuro sería mejor. Llegó el futuro, pero el pasado sigue disparando. Y no me refiero a la historia, sino a la barbarie —decía uno de los maestros del pueblo.



Will volvió al hotel con un dolor de cabeza terrible. La tarde era un gato muerto en la ventana. La recepción está más desolada que de costumbre, no se asemeja a las postales que ofrecen en las oficinas de turismo, una estafa en la que cae porque es masoquista. Decía ser comunista, pero sucumbió como el muro de Berlín, bajo el peso de sus carencias.

Muchos se plantean el *punto final* como filosofía de vida, aspiran ese golpe que esconde la última página de un libro, el balazo en la sien, pero la historia transcurre jugando a contratiempo y van saltando los puntos entre los jardines del destino. ~~A veces siento que todos los puntos finales me cayeron encima.~~ *El Tumorrou* parece más un refugio que un hotel, está plagado de signos de puntuación como chiripas.

—No tiene sentido temerle a la oscuridad cuando existen los holocaustos. El poeta Valera Mora dijo: «¡Vayan apretando los botones!», no tenía miedo a la bomba atómica, estaba seguro de sí mismo, de sus banderas bajo asedio, era un punto de fuga y no le importaba el chantaje que hacen con la muerte. ¿De qué sirve vivir aterrado, vivir amenazado con un punto final desde la primera página? —Will habla en el ascensor que se tambaleaba de viejo, como si tuviese Parkinson en las guayas. Para colmo aplasta una chiripa, haciendo que el ascensor tambalee aún más fuerte.

Abre la habitación, casi desconoce todo, no había tenido tiempo de detallarla, se había concentrado en guindar las camisas. Pero ahora está detenido en la puerta, mirando las paredes de ese universo precario y nota, al fondo, un cuadro de Macario Colombo. Aparta las sábanas, se acuesta en la cama con los zapatos puestos, reposa su

cabeza sobre la almohada y mete las manos por debajo de ella y pone los ojos en el cuadro; está sonreído, parece feliz, no puede creer que en ese hotelucho de mala muerte haya un Colombo. La sensación de felicidad no dura mucho, rápidamente le cambia el semblante, como si la alegría fuese una barra de mantequilla bajo el sol de su existencia. Recordó lo último que le dijo el Capitán:

—Busca a *La novia del viento*, Diego me mostró esa pintura. Está naufragado de amor —le dijo el Capitán—. Dévora es como Alma Mahler y Diego como Oskar Kokoschka. Están tristes, ahogados en el desasosiego, rodeados de hijos muertos. Pero mi hija está viva.

Will sabe un poco de arte, en especial de los cuadros de Diego, porque los vende para mantenerse. Pero este no lo conocía, Diego nunca lo mencionó. Generalmente de lo único que habla es de arte, excepto cuando está con Will, con quien discute de política.

Quiere escribir, pero escribe mejor después de coger. El sexo le sirve como punto y aparte: tiene sexo y comienza una nueva idea, por cuanto hasta que no folle estará pensando en quién es Oskar Kokoschka y si la hija del Capitán realmente está viva. Para su suerte, en el cajón de la mesita de noche hay tarjetas con fotos y números de prostitutas. No lo piensa, tiene dinero, Diego le pagó. Después de la venta de alguna de sus obras, suele pagarle en dos partes; la primera a través de un banco, y la segunda en efectivo, para asegurar que volverá. Sin los cuadros de Diego, Will no sobreviviría. Come por los barcos, pero vive del naufragio. «Necesito una puta», pensó mirando el Cristo cromático de Macario Colombo e hizo una puñeta al ceretón. Inmediatamente después encendió el ventilador, eligió una mujer, tomó el teléfono y marcó:

—¿Aló? —va directo al punto— ¿Puedes venir al Hotel Tumorrou?

Lo pronunció bien, pero en la fachada estaba mal escrito. En las noches, cuando la gente ve el anuncio iluminarse, se queda con la sensación de que el mañana tiene un error. Tristemente, el mundo no cambia cuando pronunciamos mejor las cosas. ~~Yo digo Venezuela, con la uve y la zeta, y no pasa nada.~~ La *h* es muda y la *uses* o no, un *otel* seguirá siendo un hotel, *Will* lo sabe bien, porque en Rusia,

hotel se escribe sin *h*. No importa, si hubiesen matado a John Lennon pero sin *h*, Lennon seguiría muerto. ¡Qué maravilloso sería el mundo si bastara con poner una tilde para remediar su miseria! ~~Los filólogos y los escritores serían como Cristo, Lenin o Bolívar.~~

—Debes pagar el taxi, y veinticinco dólares la hora. No soy la más barata, pero tengo poderes marinos —respondió la puta extendiendo las sílabas con cierta teatralidad.

—Está bien, te espero en media hora. La habitación es la 08-16 —colgó mirando el nombre en la tarjeta: Marina. La imaginó con aletas y el cabello azul.

Quería que Marina llegara rápido, quería dejar de pensar en el Capitán. Comenzó a tararear una canción: «Centuries are what it meant to me. A cemetery where I marry the sea. Stranger things could never change my mind. I gotta take it on the other side, take it on the other side, take it on, take it one». Podía hablar horas contra los gringos, pero amaba su rock, entendía bien el inglés gracias a las bandas que escuchaba desde adolescente. Llevaba en el alma a Guns n' Rose, Pearl Jam, Metallica y Red Hot Chili Peppers.

108

Cuando sonó la puerta, salió del trance. Hizo pasar a Marina. Una mujer no muy alta, de cintura y brazos finos, cabello largo y negro en contraste con la piel blanca, los labios rojos y carnosos.

—¿Te vas a quedar mirándome? Recuerda que cobro, cariño —se quitó los tacones.

La habitación tenía un tono rojizo por las cortinas, pero la piel de Marina resplandecía entre dorado y azul, sobre todo cuando uno de los rayos de luz cruzaba entre las aspas del ventilador y le besaba los hombros.

—Tranquila, te voy a pagar bien —respondió Will arrogante, tan teatral como ella por teléfono.

—Si tuvieras tanta plata no te quedarías en un hotel como este.

Él encendió un cigarrillo, fue hasta la cama, se sacó del bolsillo trescientos dólares, la miró, lanzó doscientos sobre la almohada y ordenó:

—Te quedas hasta las seis de la mañana.

Habló como si el dinero no importara. ~~Yo no gastaría dinero en una puta. Generalmente los demás vigilantes sacian sus ganas con algunas de las mujeres del manicomio, sea loca o enfermera. Dévora es la preferida, quizá por eso les dan tantas pastillas. A mí me parece asqueroso.~~

Ante el dinero, ella bajó la guardia y la cartera, se sentó en la cama, contó el dinero, lo miró con intriga, pero aceptó la situación sin hacer preguntas; se recostó y pidió un cigarrillo. En la imagen que devolvía el espejo estaban ambos sentados en sillas de ruedas, con camisas de fuerza, mirándose intensamente, pero ignoraban aquello que desaparecía de modo intermitente entre los rayos de la lámpara detrás del ventilador.

—¡Por qué tienen un Colombo en un hotel tan malo! —preguntó Marina.

Entonces Will la deseó realmente. Le gustaba tener una razón para ir más allá del sexo. El beso inició su cabalgata a ritmo de locomotora. Sonaban los rieles como si fuese a reventar el mundo, y todo se llenaba de pintura a medida que el tren avanzaba. Ambos sudaban, tembló la tierra, hubo sonido de olas, olor a sal y una brisa que arrasaba los sueños de los caballitos de mar hasta la habitación. El *Cristo* de Colombo bajó de su cielo acribillado de crepúsculos tratando de detener el tren que ya se había salido de las vías y se había disparado hasta el horizonte marino. ¿En qué parte de la frontera están flotando? Se preguntan las medusas cuando ven en el fin del universo un espejo haciéndose lluvia. Marina era una sirena y Will una isla en medio de la nada.

La realidad se impuso con un timbre telefónico. El cielo cayó sobre la cama como un papagayo sin viento y las olas dejaron de escucharse. El sonido del aparato dejó claro que hay cosas más pesadas que lo divino. En tales términos un ring-ring puede ser un martillazo sobre una estrella. Will trató de evitarlo, pero los sonidos repetitivos lo sumen en un estado de desquicio.

El teléfono estaba del otro lado de la habitación, y sonó hasta que Will se levantó maldiciendo. La mujer abrió los ojos, dejó de ser diosa de mar y volvió a ser puta. Del otro lado del espejo, el timbre del manicomio hacía que Will gritara de forma descontrolada. Era su hora de dormir y lo alejaban de la silla de Marina. Junto a ellos, también con camisa de fuerza, el Capitán tenía la mirada perdida.

~~No juzgo a Will, yo también odio los timbres. Los manicomios, las cárceles y los liceos tienen demasiadas semejanzas.~~



uando Will levantó el teléfono no tuvo tiempo de decir la primera palabra. Escuchó:

—¡Necesito hablar contigo, ya!

—¿Dévora?

—Estoy abajo.

—¿Abajo? Espera un momento. Estoy en medio de algo —dijo mirando a Marina.

—Voy subiendo... tumbaré la puerta si no abres —y colgó.

Will lanzó el teléfono, miró a Marina con impotencia y le pidió que se vistiera. Ella, con los senos al aire, respondió sorprendida:

—¿Hice algo malo? Te lo pregunto con fines profesionales —quería disimular que aquel encuentro le había gustado y no esperaba irse tan pronto.

—No, eres divina y me voy a arrepentir, pero tienes que ir ya —todavía estaba erecto.

Ella le tomó el pene con suavidad:

—Si no hice nada malo, significa que solo te gusta botar la plata —le dio un beso y se guardó el dinero.

Will pensó que le devolvería algunos billetes, pero tomó su cartera y con la blusa aún desabrochada cerró la puerta sin decir adiós. Él miró el cuadro, abrió la puerta, asomó la cabeza y pensando que la puta sabía de arte, le preguntó:

—Hey, Marina, ¿sabes quién es Oskar Kokoschka?

Ella, sin voltear, levantó la mano y lentamente dejó su dedo medio al aire. Dévora tomó el ascensor destartalado y vio cómo se encendían los números a medida que subía. Marina veía la misma secuencia

de números mientras esperaba. Al abrirse la puerta, se cruzaron. La puta se abrochaba el último botón de la blusa.

—¿Qué coño haces aquí? —Will miró hacia los lados, la tomó de un brazo y la metió de un jalón al cuarto.

Quería ahorcarla. No pensaba en otra cosa. Dévora le hacía la vida más miserable.



iene su cuello entre las manos, aprieta cada vez con más fuerza y ella lo mira fijamente, como un cordero, tratando de tomar aire entre jadeos, roja, sin poder respirar. Le clava las uñas, mueve su cuerpo sin control, siente un cosquilleo en el alma. Will no la suelta, sus ojos traslucen placer.

—Tú no sabes qué es el amor —logra decir ella entre gemidos y sudor.

Will quería matarla. Recordó la vez que encontró al Capitán penetrándola por el culo en un salón de la universidad. Apretó más su cuello. Siempre hizo como si no existiese, podía follar frente a él sin el menor pudor. Quería decir a todos que el Capitán era su propiedad, pero del Capitán solo quedan sus amigos recordándolo, reviviéndolo. La tiene por el cuello y ella gime, imagina que el Capitán la penetra. Hace con su vagina movimientos que arrastrarían a una bestia, su cadera se arremolina sobre el cuerpo flaco de Will como una serpiente en celo. Parece atada a sus piernas cuando acomete con su boca y se abren las vocales en un sonido de piano que anega la habitación. Al final, con el semen en la boca, se tiende como un tigre sobre la cama; él es un volcán calmo, pero mantiene la mano sobre su cuello. Ambos sienten el vacío.

—Diego no me ama.

—Yo tampoco te amo, el único que te amó un poco fue el Capitán —aclaró, pasándole con la lengua una hojilla por la espalda.

Dévora soltó unas lágrimas por esa forma de cogerla como queriendo matarla y luego cortarla con palabras. Lloró sin hacer ruido. Will la odiaba, pero cuando la cogía sentía que recuperaba algo del naufragio. Pensaba en el Capitán, lo imaginaba con un ataque,

rasgándose el rostro... y se vengaba con cachetadas a Dévora, halándole el cabello y estrujándole la piel como si quisiera desollarla.

Will cerró los ojos hasta el día siguiente. Cuando despertó, eran las 9:32 de la mañana. Se sentía un miserable, tenía la misma sensación de haber dormido en la banqueta de una plaza junto a un montón de perros y palomas luego de una borrachera. Dévora se había ido minutos después de haber terminado de llorar. Cerró la ventana, apagó el ventilador y salió en silencio, segura de que Diego la golpearía de nuevo al llegar a casa. Pensaba que quizá debía irse de Barquisimeto y olvidarse de todo.

~~Esa mujer no es santo de mi devoción, pero su historia me da lástima. Ni la belleza ni el dinero la salvaron de la locura.~~



Will aún sentía el veneno de su propia maldad en las venas. Abrió la ventana para sentir un poco de aire fresco y observar los carros pasando a toda velocidad por la avenida Libertador. Nadie notaba su existencia. Will no era más que una ráfaga de hombre que quedaba atrás a merced del paisaje que cabe en un retrovisor, como si el reflejo de un instante definiera toda su vida. Todo transcurría rápido, en el horizonte las montañas no eran más que cúmulos de arena que iban creciendo a merced de los segundos.

Fumaba junto al ceretón. Las sombras de la ciudad cambiaban al transcurrir del tiempo y Will buscaba similitudes entre ellas y la vida, como hallar forma a las nubes. No comió. Fumó y tomó un poco de agua; el calor seguía agobiante. A mitad de la tarde intentó masturbarse. Pensaba en una mujer que conoció en Moscú, recordaba su espalda dorada. Quería sacarse a Dévora de la cabeza, pero solo pudo eyacular cuando vino a su mente la imagen de su cuerpo doblado, sus gritos ahogados entre las almohadas y la sensación de su cabello tensado entre sus manos, como una serpiente venenosa.

Aún tenía la sensación de cosquilleo en el cuello. Movi6 un pequeño escritorio hasta la ventana, se sent6 y comenz6 a escribir. Por cada tres líneas escritas tachaba dos, las páginas eran un caos. Al cabo de unos minutos, entr6 una abeja a la habitación y se pos6 junto a las páginas sin percatarse del peligro. Will la observ6 por un segundo, record6 la abeja del manicomio, tom6 un vaso y lanz6 un zarpazo para atraparla.

El animal comenz6 a golpear contra las paredes del vaso tratando de escapar, se escuchaba el desesperante zumbido de sus alas. Will

sonreía sin piedad, vengaba todas las tachaduras. La abeja se detuvo y miró fijamente los ojos de Will, como entendiendo que iba a morir.

Viendo a Will torturar a la abeja se comprende que el fascismo resulte tan asqueroso: nos recuerda de lo que somos capaces con un poco de poder. Del poder nadie sale ileso. Supongo que Pinochet también tuvo un halo de luz en el alma, como todos tristemente tenemos un halo de Pinochet. ~~Todo manicomio tiene algo de dictadura en su alma. Los locos son víctimas de tortura. Este mundo es un gran manicomio, nos hacen dormir con ansiolíticos, nos visten con camisas de fuerza.~~

—Veamos si mueres por falta de aire o de tristeza.

Will contempló la abeja y escuchó a lo lejos una radio, hablaban de las sanciones que tienen a todo el país alumbrando a los santos, como si los santos supieran de contratos petroleros y magnicidios.

116 —¿De qué incendio sacaste la idea de asesinarme? Tuvo que ser un incendio inmenso, tan grande que junto a él se tendría que ver al sol con una lupa. Todo en ti está lleno de lástima, para verte el alma necesito un telescopio y en la circunferencia de tu pupila mido el planeta que habitas. Estás tan lejano a los demás seres que apenas los rayos de luz pueden viajar hasta ti. Will, si muero de tristeza, será de tu tristeza, no de la mía —le contestó la abeja deteniendo sus alas y tocando con una de sus patitas el vaso de vidrio. Luego respiró mirando la ventana y continuó—. De tanto traficar miel aprendiste nuestro idioma, pero nunca aprendiste a volar, solo a flotar en el vacío, sorteando el peso de tu cuerpo contra la nada, pero ¿Cómo vas a flotar después de mi muerte? Cuando te pese el alma como el plomo. Ya no podrás usar tus pulmones como turbinas, pues tus palabras ya no serán como el fuego de un cohete que despega. Si el alma pesa como una bala de cañón la palabra nunca será fuego, ya que es justo al revés cómo funciona la poesía. —la abeja no parece rogar por su vida, sino más bien interpelar a Will—. Es una lástima que hayas llegado a este punto, pues justo de tu boca un día nacerá la chispa que iniciará el incendio. Antes te veías tan bien, organizando los panales por poco te salían alas. Pero mírate ahora, odiándome, ya

tu boca no es más que una cueva. Si me matas me haré profecía y seré en tu vida la tercera ley de Newton. –el ceretón levantó el vaso y vio a la abeja salir por la ventana.

Cuando Will despertó tenía las manos cubiertas de miel, el vaso estaba vacío y la ventana abierta. Pero a través del espejo se podía ver que seguía escribiendo y tachando con desesperación, arrugando las páginas y lanzándolas por el balcón del manicomio.

Una enfermera recoge las páginas para que los doctores las lean y las sumen a su expediente; una vez en sus manos percibe que las páginas pesan como cadáveres.

E

n la carretera parecía que había corazones y pulmones tirados, conectados por agujas y aparatos mecánicos en los bordes, y junto a ellos enormes nubes blancas, la orilla del mar y una luna amarilla sobre las montañas. Hay tristezas tan plenas que son la noche misma. Silvia se había ahogado y Diego sentía que el mar se le hundía en los ojos mientras se alejaba de la costa sobre una carroza fúnebre. Lo hizo todo solo; envió a los niños en el autobús de vuelta a casa, esperó que recuperaran el cuerpo, informó a los padres de Silvia, entregó sus restos y volvió a su casa en Acarigua, donde quemó sus cuadros en el patio.

118 Cuando el Capitán llegó, la cuadra entera estaba sumida en silencio, todos se asomaban desde sus puertas, pero nadie se acercaba por miedo y respeto. Se escuchaba cómo Diego reventaba cosas. El Capitán entró y no pudo decir nada. Estaba en penumbras, pero a través de la ventana que daba al patio trasero entraba una luz de fuego, como si algo se incendiara sobre el agua: la hoguera de las pinturas. El humo blanco penetraba como una ráfaga de olas y olía a sal.

—Es mi culpa —dijo sacudiendo su cuerpo contra el Capitán, como queriendo arrancarse el esqueleto mientras pedía auxilio con un abrazo; hablaba con los dientes apretados—, yo la vi hundirse y no pude hacer nada. Salvó a los niños, pero yo no pude salvarla a ella...

Cuando se apartó del Capitán, tomó una maleta y salió en dirección al carro. El Capitán casi nunca se quedaba sin palabras, pero esta vez no supo qué decir. A lo lejos se escuchaban sirenas, quizá los bomberos: la hoguera comenzó a consumir un árbol de mango.

—Sácame de aquí —pidió Diego con voz serena.

Metió la maleta en la cabina de la vieja camioneta del Capitán, este obedeció y dejó que las cosas ardieran.

Lo abandonó todo, la casa, el carro, los libros, el gato. La mayoría de su familia se había devuelto a Alemania, así que no tenía a quién rendir cuentas. Diego se fue huyendo de vergüenza. Ni siquiera fue al funeral, el padre de Silvia se lo prohibió. Desde entonces vive en Barquisimeto, pero la distancia no le secó el alma, toda el agua que a Silvia le entró en los pulmones formó un mar picado dentro de él, ahí naufraga.

—No pude salvarla, no pude. Yo la maté, la mandé al fondo del mar —decía llorando.

Luego de esa noche, nunca más habló del tema y comenzó a pintar únicamente barcos.

P

uedo sumergirme fácilmente en una gota de arte, por ejemplo, cuando observó *La lágrima de oro* de Klimt me siento un zar desdichado, como si hubiese dentro de mi corazón una mina donde los picos, el mercurio y la dinamita socavan hasta llegar al otro lado de las grietas, donde nada brilla y se filtra el agua salada.

El oro cuesta demasiada sangre. Tengo las manos llenas de oro, pero me hundo sin remedio en el océano, soy tanpreciado e inútil que cuando toque fondo los peces no sabrán qué hacer conmigo. ¿Mi tristeza es acaso una obra tan terrible que ni los piratas osan buscarme? Silvia sí valía su peso en oro.

120

Quando pinto me tiemblan las manos. Ese temblor habla, se escucha. No hay una sola ola que haya pintado que no tenga bajo los párpados esa vibración. Pintar es temblar y cuando tiemblo siento el primer beso de Silvia, los ridículos poemas de Will sobre la esperanza, el país que el Capitán sueña, siento que respiro luego de siglos bajo el agua y la noche tiembla conmigo, a mi ritmo, y el mar se pica como si una tormenta le viniera de las entrañas. Pintar es descubrir que Reverón y Kokoschka nos hacen transitar el limbo entre muñecas de trapo. Pinto y necesito un barco para no morir. Uso los torpedos, los vuelvo corazones transoceánicos. Mi patria es ese temblor desdichado y el barco que lo resguarda. Veo el horizonte y me sale de los ojos una sustancia inflamable, tengo en la pupila un incendio marino, como si una plataforma petrolera hubiese explotado. Cuando pinto no sé si soy un barco o un hombre, siento anclas colgar de mis sienes, un incendio en mi espalda y diviso un banco de arena. Soy un náufrago.

██████████ ¿Quieres ser mi psicoanalista? Un poeta debe ser buen psicoanalista.

El Capitán hablaba con Will mientras acariciaba un gato que Diego tenía en su casa. Diego los miraba desde la cocina, se disponía a preparar una ensalada con aceite de oliva, queso de cabra, aceitunas negras y pimienta, pero primero herviría espinacas y cortaría tomates. Cocinaba muy bien, aunque no lo hacía a menudo, solo cuando alguno de nosotros cumplía años o cuando terminaba un cuadro.

—¡Mírale la cara nomás! Está bien que sea como tu hermano, que hayan estudiado juntos en la escuela, pero hay que aceptar la realidad: Will lo único que sabe hacer es hablar bonito sobre Lenin y escribir poemitas —Diego trataba de molestar a Will, que leía el periódico del otro lado de la sala.

—Necesito un psicoanalista, en serio. Me siento agobiado, quería ser médico para salvar a la gente, pero ¿cómo hace uno si la enfermedad más grave del mundo no se cura con pastillas ni cirugías? ¿Saben que cada vez que le doy una receta a un campesino le escribo al final de la lista de medicamentos: «luchar»? Las pastillas solo le quitarán la fiebre, no curará el verdadero mal... la explotación, la injusticia.

—No pierdas el tiempo, Diego no entiende lo que estás diciendo. Los niños ricos no saben qué es eso, solo saben hacer ensaladas y hablar sobre el arte francés mientras se hacen los deprimidos.

██████████ ¿Will, tú jugaste algo de carajito o siempre estuviste escribiendo como un bobo? –me preguntó el Capitán lanzándome un balón. Habíamos salido a mirar la parrilla para evitar que me lanzaran uno de los cuchillos que Diego usaba para terminar de preparar la ensalada.

El Capitán se había puesto un delantal con la cara del Che Guevara que yo le había regalado a Diego un año atrás. En la universidad yo era el que hacía poesía, sin embargo, el Capitán se leyó todas las cartas de amor de Bolívar y también los poemas de Neruda, para decirle palabras bonitas a las muchachas antes de las protestas.

122

«Mi linda y amada, querida mía, todo es amor en ti, yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que hoy nos devora como a dos niños», le gritaba a las mujeres policías, ella respondían con bombas lacrimógenas. Aun así se escuchaba entre el humo: «Querida mía, todo es amor en ti, todo es amor en ti». Cuando uno lo veía en las protestas era imposible imaginarlo con una bata blanca en un hospital. Quizá no debió ser doctor sino bombero, pues se veía muy bien entre el humo y el fuego. Mientras todos tosían, él, levantaba las banderas.

–Will, ¿qué te parece si Diego te pinta una sirena? –comentó el Capitán al ver que Diego se acercaba con la ensalada.

–Sí, Diego, ¡píntame una sirena en el Orinoco! Sería un buen regalo de cumpleaños. Seríamos como esos amigos de las vanguardias europeas del siglo XX. Breton y Picasso se revolcarán de envidia en sus tumbas.

–¡Ninguna sirena! Ustedes lo que necesitan es una ballena de la policía, como en la universidad, para que aprendan a respetar –Diego miraba como movían la brasa. Odiaba que le dijeran qué pintar; pero al Capitán y a Will les perdonaba casi todo.

Desde que llegó de Caracas, Will anda por ahí visitando taguaras, escuchando rancheras y chatarritas junto a un circo de transexuales, borrachos, rockeros y malandros que entran y salen del baño de caballeros. Las cervezas, los cigarrillos, el arroz chino, las putas y el humo recuerdan a los presentes que la vida transcurre en una atmósfera tóxica de bar barato. A ellos no les importa, incluso se ven felices.

Un borracho toca madera, toc-toc, y el ceretón se sienta en la mesa del fondo. ~~Lo mismo hace en el manicomio. Esas noches yo hago mis rondas rápidamente y vuelvo a la caseta de vigilancia a mirar a través de la cámara.~~

123

Desde los ojos de Will esta ciudad parece un poema de Bukowski, ve proxenetas mochos tratando de hacer malabares con botellas de anís vacías; viejos jugando a los papagayos con hojillas en la cola desde el techo de sus casas; punketos vestidos de morado, que imitan al Nazareno en una cancha de bolas criollas; una jauría de niños con cuatros y violines tocando jazz mientras venden azúcar morena en una esquina; y un festival de jeans rojos, azules y naranjas que entran y salen del baño del bar, armados hasta los dientes. Para Will en esta ciudad están los piratas del crepúsculo izando su bandera, vienen desde los confines de La Otra Banda, donde los chivos toman cocuy y tocan rock al ritmo del semiárido, usando tunas como pajuelas; y los tuqueques baten sus colas en medio del polvorín, con cadenas y chaquetas de cuero. Es un pogo en la iglesia de Carora, la única iglesia con cachos que existe. Nadie se salva del crepúsculo: coral difuminado en el cielo.

Está borracho y se sienta en una plaza a cantar una canción de Sabina. Primero tararea el comienzo porque no la recuerda bien, pero engancha una palabra, «ángel», y le vienen a la cabeza melodías de Red Hot Chili Peppers y de Víktor Tsoi. No estaba cantando, vomitaba música. Sentía el ácido en la garganta. ~~Canta siempre que las pastillas le hacen efecto. A mí en cambio me gusta quedarme en silencio, encerrado y escribiendo, evitando al ceretón. A veces lo escucho tararear toda la noche.~~

–«Ni héroe en las barricadas, ni ocupa, ni esquiro!, ni flor del precipicio, ni cantante de orquesta», ni lalala, lalala. «Группа крови - на рукаве, мой порядковый номер - на рукаве. Пожелай мне удачи в бою, пожелай мне» –se tambaleaba en la calle con una botella en la mano, tratando de llegar al Tumorroú-. «Ni he quemado mis naves, ni sé pedir perdón» ¡Corré, Galerón! «Eat the breeze and go, blow by blow and go away. Oh, what do you say?», «¡Lo niego todo, incluso la verdad! La leyenda del suicida y la del bala-perdida, la del santo beodo si me cuentas mi vida, ¡lo niego todo!», lalala, lalala –se sentó en la banqueta de una plaza y continuó-. «He остаться в этой траве, не остаться в этой траве. Пожелай мне удачи, пожелай мне удачи». «Si es para hacerme daño, sé lo que me conviene, he defraudado a todos, empezando por mí. Ni soy un libro abierto, ni quien tú te imaginas», lalala lalala... «You don't know my mind, you don't know my kind. Dark necessities are part of my design», «lo niego todo... la leyenda del suicida y la del bala-perdida, la del santo beodo, si me cuentas mi vida, ¡lo niego todo!» –cantaba con voz de perro abandonado, cada vez con menos fuerza, y se acurrucaba en la banqueta usando la botella de almohada.

–Tu corazón parece un cementerio de lámparas, abortos del faro que un día amaste –dice el ceretón cuando lo escucha.

Will amaneció tirado en la plaza, se levanta entre el bullicio de la mañana y en vez de dirigirse al hotel, camina hacia el manicomio. Aturdido por la resaca, recordó una asamblea del partido donde él y el Capitán plantearon la necesidad de la autocrítica. Fue un escándalo: «Descubra dónde está el problema», se leía en letras rojas en

la parte superior de unos espejos puestos en fila en la sala de reuniones. Ese día demostraron que el arma de Arquímedes sí era capaz de incendiar los barcos; la tripulación del partido gritaba de indignación mientras los periodistas tomaban fotos. Ahora se miraba en el reflejo de una vitrina y constataba que ya no era ni la sombra de aquel Will. Casi un anarcocomunista en un partido casi socialdemócrata:

—¡Hermano, creo que hemos hecho un incendio!

—Un incendio necesario —sentenció el Capitán.



126

Will llegó a la casa de Diego para tratar de convencerlo de que hiciera un mural sobre la organización popular. Mucha gente lo conocía y si hacía el mural sería significativo para la imagen del partido. Además, los ayudaría a salir del huracán de ataques que los dirigentes habían lanzado sobre ellos por la forma en que irrumpieron con los espejos en la última asamblea. Will creía que podría convencerlo, aunque el Capitán, que consideraba posible todo, había dicho con un poco de vergüenza que era una misión sin esperanza, que Diego Vargas Goldschmidt solo pintaría barcos. El Capitán sabía que Diego tenía más dolor que consciencia y que había construido un discurso muy convincente para quedarse al margen de todo.

—¿Sabes qué? No deberías lavarte las manos, Diego... esto tiene que ver contigo también, de nada sirven las pinturitas si no hay patria. Yo amo la poesía, la amo en serio, pero ¿de qué nos sirve el arte cuando hay más cipayos, burócratas y oportunistas, que pintura?

Diego lo miró con desprecio.

—¿Qué patria quieres que pinte, la de los malandros de Petare o quieres que pinte la patria de los mismos ricos hijos del petróleo ajeno, o pinto un ministerio con sus respuestas numeradas, con sus horarios de oficina, con sus directores haciendo cola en un enrosque permanente? ¿Qué patria quieres que pinte, la del caballo blanco o la de la franja roja, pinto la octava estrella o la bandera al revés en las manos de Superman, o pinto a los esquizofrénicos que incendian árboles y guarderías, o los McDonald's repletos de camaradas cuando se terminan las marchas antiimperialistas? —golpeó la mesa y se levantó, Will tiene el poder de alterarlo.

—Sí, pinta eso, no digo que seas un jalabolos, nosotros tampoco lo somos, pero no te quedes al margen con tus barcos. ¿Viste lo que hicimos con los espejos? Ahora hay tremendo debate en las bases del partido. La verdad es la patria y la verdad está en los ojos del pueblo, pinta los ojos del pueblo.

Diego hizo una mueca de incredulidad, tomó un pincel y se paró frente al caballete.

—¡No, Will! Yo creo, como Roerich, que fue el gran y verdadero embajador de la cultura rusa, ni Lenin, ni Mayakosky, ¡Roerich!... que la luz del arte iluminará los innumerables corazones de la humanidad con una verdad limpia, que nos sacará a todos del naufragio. Y a eso llamo revolución. Es cierto que en un principio el arte pasará desapercibido gracias a partidos como el que defiendes, pero más tarde el arte se impondrá, porque ¿cuántos corazones están buscando algo bello y auténtico? —comenzó a dar pinceladas azules— Demos la verdad al pueblo, no la ideología, sino la belleza desnuda. ¡Que sean soberanos de su belleza! No robotcitos asalariados y mal pagados. ¿Cómo puedo pintar ojos si los partidos reparten vendas?

127

—¡Diego, la verdad está en la calle! ¿Tú ves barcos ahí? Ahí lo que hay es un pueblo necesitado del socialismo. ¡La patria!

Will señaló la ventana y se levantó de la mesa. Diego miró un panfleto del partido, tenía impreso un poema que Will había escrito a Salvador Allende.

—¡Más boronas inflamables y promesas! Vamos a dar lo auténtico —ambos hicieron silencio por un segundo, después Diego continuó, bajando el tono de su voz—. Yo contribuyo con mis barcos tristes, porque mi tristeza es verdadera, pero tú no quieres verdades, tú quieres banderas rojas. Pintar la verdad no es eso, pintar la verdad es pintarnos a nosotros mismos, desnudos y tratando de volar, riendo o llorando de locura. Yo me veo en el naufragio, no necesito banderas, necesito embarcaciones. Quizá un día tú también los necesites, entonces me darás las gracias. Lo único que hago por militancia es escuchar tus estupideces, pero de ahí a pintar por encargo hay mucha distancia, déjame en paz con mis barcos.

Will se marchó gritando:

—¡Eres un cobarde!

Diego se quedó con un pincel en la mano y respiró profundo.

—Silvia, dame un abrazo.

La única realmente capaz de entenderlo había sido esa mujer. En el fondo sabía que Will tenía algo de razón, era un cobarde.

Después del naufragio todos tienen miedo

Este personaje me preocupa. Me preocupa tanto como los malandros que cazan adolescentes a las afueras del liceo. No sé realmente cómo escribir al Saimon, ni siquiera sé si quiero escribirlo... solo lo conozco por las referencias de él en los expedientes. El Saimon es aquel que todos buscan tachar, incluso yo, pero es imposible.—

Ese bicho no fue siempre así. Lo que quiero decí es que el chigüire ese es bulde pana. Me recuerdo que cuando los tombos del barrio se ponían en el fantasmeo, él siempre terminaba detenido conmigo o pagando el matraqueo por andá defendiéndome. Ese, aunque tenga plata es un tipo real, poque cuando yo me enculebraba con bichos, él salía con los carajitos a pintá. To el mundo lo conocía poque andaba con esa ropa manchá pa rriba y pa bajo. Los carajitos lo querían a tres tablas y los landros lo defendíamos, poque tóos tábamos claros de quel Diego taba haciendo una vaina bien, puej. Y no andaba con fantasmeos, ni echando paja. Pasaba por la calle y comenzaba a soná «Camino al barrio» de Willie Colón. Más na. Y a uno lo que le tocaba era seguile la lírica.

En ese beta se enamoró de Silvia, se empepó duro, y la chamita también andaba loquita por él. Diego iba y venía hablando de la jeva, aunque solo se podían ver en secreto; esa muñequita taba riquísima, titirimundachi le quería rajuñá la arepa al Diego, le queríamos tumbar la jeva, pero esa chama era más dura que sancocho e piedra, y además tenía un pure que no jugaba carritos, le montaba guardia, como perro bravo. Pero ella se metió full en un beta con los carajitos... un concurso, una vaina así, el Diego la convenció. Le echaron un camión y parte de otro, le pidieron pintura a to el mundo. Diego

patrocinó un poco e materiales pa lucise con ella. Subieron y bajaron el barrio como cincuenta mil veces con los carajitos, y entonces se ganaron el premio por el mejor mural comunitario y vaina, y ella saltaba de alegría viendo el periódico. El Diego se inventó un viaje pa la playa con los tripones, puso el bus y todo, y entonces todo se fue pa la mierda. De ahí pa lante cambió, se murió ese Diego.

Silvia, tratando de salvar a uno de los chamitos que se metió pa lo hondo, terminó ahogándose. Diego sacó al tripón desde una lanchita... pero no pudo hacer nada por Silvia, que se hundió sin dejar rastro. Por eso se fue del barrio y renunció a to, él se culpaba, una vez me dijo llorando, con una botella en la mano:

—Saimon, si no me hubiese inventado este maldito viaje, si no nos hubiésemos ganado ese maldito premio, con ese maldito mural, ella seguiría viva, viva... riéndose como siempre en la ventana de su casa. Pero yo andaba inventando vainas supuestamente para cambiar el mundo con el arte. ¡Maldito mundo!

130

Se mudó a una casa que alquiló y se enconchó. Yo también tenía mi culebra en Acarigua y apenas pude me piré también. Le dije al Diego que me iban a quebrá y aceptó que viviera con él un tiempo. Después cuadré algo en el barrio y me puse a trabajá con el Capitán y ahí soy el enlace del barrio con el partido. Conmigo cuadran todo el paramampán.

Como dije, ese chigüire es bulde pana, lo que pasa es que ta triste, y to el mundo sabe que un hombre triste no echa pa lante, una de las cosas que aprendí con el combo, es una vaina que dice un tal Mario: «Defender la alegría como una trinchera». Me gusta pensar que la alegría se defiende a punta e tiros. Pero el Diego no puede, está liquidao. Se quedó haciendo barcos y dejó de hacer murales. Ya no quiere cambiá el mundo un coño e la madre y dejó de vestirse como un loco. Ahora usa la plata que tiene y se viste de traje y vaina. Si no fuera mi pana, los bichos del barrio se la pasarían pegándolo por bandera. Diego me recuerda bulda esa canción de Rey Ruiz, la que dice: «¡No me acostumbro, no, no me acostumbro! Todavía al acostarme la recuerdo, y al despertar, amor, tiemblo de miedo, al descubrir que solo estaba en mis sueños».

D

Diego la ama, de forma sencilla, ecuánime, la ama como quien ama al gato de una vecina. La ama con esa calma tan terrible que parece un parque de noche. Dévora quiere conversar del amor mientras cocina. Toma la sal con la punta de los dedos, la rocía sobre la carne y, mirando la espalda de Diego, comienza a hablar.

—Ayer vi una película que tenías en la computadora: *The Lobster*. La gente anda por ahí como en una cacería. Andan buscando amor desesperadamente en un hotel, pero en el mundo real, pienso que podría ser también en un parque, en un basurero... y hasta en una carnicería. ¿Te imaginas?: «Señor carnicero, deme medio kilo de amor sin grasa».

—Esa es la película donde si no encuentras el amor te conviertes en un animal, ¿verdad? Es de Yorgos Lanthimos. Hay un pintor con ese mismo apellido.

—Si *The Lobster* fuese una película basada en hechos reales, todas las vacas que nos hemos comido serían hombres despechados, todas las cucarachas que hemos pisado, todos los gatos hecho nada, acompañados por un buitre en la orilla de una carretera, serían hombres o mujeres que no encontraron el amor —Dévora se queda pensando como si hubiese descubierto un secreto—. ¡El amor a veces nos hace carne molida!

—También nos hace caníbales, queremos la cabeza de alguien colgada en la sala. Como un trofeo.

Dévora picó unos ajos y unos tomates para luego licuarlos e incorporarlos a la carne. Diego se levantó, la tomó por la cintura y le besó el cuello. Ella respiró profundo. Él agarró un pedazo de tomate y se lo llevó a la boca. Ella se imagina siendo ese trozo de tomate que

ahora navega en su lengua como una pequeña sirena vegetal, pero él se voltea y se va. Dévora mira en el reflejo de la ventana, esperando que vuelva para quitarle el delantal y el vestido. Él se sienta distante a terminar su pintura.

—¿Has comido langosta?

—Sí, de niño mi padre me dio a probar, ese día descubrí que soy alérgico a los productos del mar.

El Capitán la hubiese desvestido al instante, la hubiese besado con una devoción tan profana que todos los altares del planeta se hubiesen encendido vela por vela. Diego solo siente devoción por sus pinturas, por Dévora siente un amor de langosta.

C

on Dévora nunca hay calma después de la tormenta, todos recuerdan, por ejemplo, la vez que partió los vidrios de la casa del partido. Entró con un bate y pasó de ventana en ventana, hasta llegar a la oficina del secretario regional, que había salido por el balcón. El partido no hizo demasiado para esclarecer las extrañas circunstancias por las que el Capitán había vuelto de la montaña viudo, con la cabeza abierta y diciendo incoherencias sobre un ceretón, simplemente aceptó la versión de la policía local y procuró que la prensa no dijera demasiado. Entonces, Dévora se fue bate en mano a protestar. Después del último vidrio, cayó sobre los trozos llorando desconsolada. Cuando llegó la policía, no sabía si abrazarla o ponerle las esposas. Diego la sacó de aquel aprieto, prometió que pagaría la remodelación de la sede y se llevó a Dévora a su casa. Desde entonces viven juntos, entre el despecho y la conveniencia. Fornicando con los ojos cerrados y tratando de quererse a los golpes. Ella confunde lástima con amor.

Se tatuó un acorazado de hierro en el vientre con la esperanza de que Diego quisiera un hijo con ella, y que al verle la panza gigante pudiera por fin decir *te amo*. Pero él siempre eyacula afuera. Un día ella le dijo que tal vez estaba embarazada, y él pidió al instante que abortara. Dévora supo que nunca la amaría como a Silvia. La prueba resultó negativa y sintió alivio. Al salir del baño miró a Diego tumbado sobre la cama y le dijo con una sonrisa fingida:

—Falsa alarma —finalmente guardó la prueba en una gaveta.

E

En la calle, los panas, ¡los diablos esos!, se convierten en familia, porque se comparte es to; la miseria, las balas, los perros calientes, la que frao y los vicios. Pero es muy triste querer en la calle, porque van quebrando a tus hermanos y uno se va quedando sin convivir, con las historias de cómo los mataron. Y cuando te quedas sin plata, empezás a hacer cualquier vaina, empezás a robar, a joder a to mundo, no importa si tiene tu sangre, empezás a morirte como un perro con gusanera, porque cuando ya no tienes hermanos y el amor se va a la mismísima mierda, solo te queda la calle con huecos, hijos de la corrupción, y eso es bulde chimbo, porque rapidito te coge el diablo, el de verdad, el que no juega carritos. Y terminas encanado, cantando en una cárcel como Jerry Rivera: «Se burlan cuatro paredes, rutina a puertas cerradas y un carnaval de barrotes, bailando sobre mi cama. Extraño aquella cometa, que yo de niño volaba y a mis amigos del barrio, que mis canciones bailaban».

134

A mí me pasó, y cuando la calle estaba a punto de quebrarme, llegó Diego y me jaló, el sifrino ese, con esos ojos azulitos, un Kent. No me quitó el crack, ni la calle, pero me enseñó a cuidar a los carajitos, a los hijos de los que habían quebrado. Me enseñó que podía andar calzo sin tener que pegar a la pure de la esquina para comprar un poquito de mi vaina. Entonces, dejé de querer un poco la calle para querer un pelo más a la gente. Diego me enseñó una vaina seria, y no vino con un fantasma a tirársela de tombo y tampoco quería tirársela de papá de uno. El perro era rico y no le importaba, andaba por ahí comiendo como uno y hablando pendejeras, y después se iba con los carajitos a pintar. Uno ni podía robarlo, porque siempre andaba sin na, ni teléfono cargaba, pura pintura. Se ve cómo Diego habla con lástima del

Saimon, pero estoy convencido de que es el Saimon quien sentía lástima por Diego.

Pobre perro; todos le dijeron cobarde, se fue y no dijo na, no dio la cara. ¿Me entiendes? Cuando se fue, me di cuenta que casi todos estaban muertos y a mí también me andaban buscando, así que me fui detrás de él, me piré pa Barquisimeto.

Cuando me metí en el partido, el Capitán me cuadró un cupo para estudiá Trabajo Social en la universidad. Diego pensaba que lo del partido era lo mismo que pertenecer a una banda, aunque lo de estudiá sí le cuadró. ~~El Saimon piensa que es especial por ser un malandro en el partido, pero la verdad es que existen demasiados malandros en todos los partidos de este país.~~

—¡Imagínate, el Saimon estudiando! El malandro, el negro. ¡Si la vieja me ve desde el cielo segurito que me anda lanzando bendiciones, saltando de alegría! Mi madrecita santa, que Dios la tenga en la gloria. Siempre me decía que yo era bulde inteligente, pero bueno, tú sabés, ¿qué va uno a pensá en ponerse a estudiá mientras el vecino anda calza con una 9mm y tú carajitiando con unos cuadernitos? ¡Noooo, chico!

135

Diego siempre me dice que me busque una mujer pa casame, pero eso no es lo mío, yo me vacilo más el cuelpo de una jeva que perree moviendo ese culo con un reguetón bien depinga los fines de semana. Me gusta ponelas en cuatro y, ¡plas!, pol esas nalgas. Cada vez una distinta, Briyih, Sandra, Lorena, Yuli, Cleidis. Yo creo que por la única que dejaría de sé un bandido sería por Dévora. Esa jevita me tiene loco, pero ella prefiere andá llorando por el Capitán y por Diego. Ninguno la quiere de veldá: «Ella va... triste y vacía, llorando una traición con amargura, por aquel que le decía que era su amor y su locura», así como canta Héctor Lavoe. ¿Me entiendes? Pero es pura paja, nadie la ama como yo, la vaina es que yo soy yo, nadie, puej, y ella se la tira de reina.

Al final no telminé la univelsidá. Me metí en muchos peos cuidando a los muchachos y organizando asambleas en el barrio, además no les gustaba como yo hablaba, así, directo, y tampoco les gustaba

la pistola. ¡Ja! Sí, ta bien, ellos creen que yo voy a andá por ahí sin na. Al final me daba ladilla, duraban to el día encerraos ahí, como si no tuvieran na qué hacé, hablando de la pobreza en Brasil y de la guerra de los árabes, como si aquí no hubiese una, clarita y cantá po los gringos. Bueno, no terminé esa vaina. Pero sí aprendí bulda. Los camaradas cada vez que decían una vaina sacaban un libro. ¡Verga, bulda e tragalibros los convives! Yo a veces les seguía la pista, ya sabía quién era Marx y vaina. También medio entendí un beta cabilla: *La dialéctica del amo y el esclavo*. ¡Tas claro que soy un coco, bicho! ~~Si todos los malandros de este país fueran marxistas ya no existiría la empresa privada, aunque no estoy seguro tampoco si existiría un país. Los malandros también son extremistas y sectarios.~~

Al principio ellos hablaban y yo me quedaba maquinando, puro escuchando como el propio pendejo. Pero despué en la calle lo veía todo clarito. Es bien depinga entendé cómo nos joden, por eso comencé a hablá de esa vaina con los del barrio, aunque no como en la univelsidá, a hablá claro, ¿me entiendes? Y ahora allá todos en el barrio están prendíos en cadela, cuadraos en una comuna, pero calzaos. No somos pendejos, no nos jode nadie, ni el gobierno, ni los burgueses, ni el imperialismo, con nosotros tienen que bailá pegao y bórralo, si no se llevan su tiro en la pata. El Estado comunal necesita su ejélcito comunal, así lo entendí yo. Mala leche si no les gusta. Al partido a veces le molesta, pero nosotros somos los de las motos, así que terminan calándosela.

El Capitán sí estaba claro, no andaba con tonterías. Bueno, en el periódico hablaba como en la univelsidá, pero cuando se iba pal barrio cuadraba la vaina como era. ¿Que somos unos malandros? Sí, pero nos las tiramos de Robin Hood. Ahora sabemos que los ricos nos tienen pisaos y jodemos al que se la pasa de pila en nuestro territorio... al que se pone bruja le metemos coquero pa que respete. Desde que nos pusimos así en el barrio no falta la luz ni el gas. Los malandros miramos a los carajitos y pa defenderlos le pusimos a la utopía una 9mm alao, pa que sean serios. ¿No y que el socialismo era de los pobres? Bueno, que los pobres hablen como saben, a punta e

coñazo, que es como nos enseñaron a hablar. «Y fue allí... se reveló el negro guapo, tomó venganza por su amor y aún se escucha en la verja: ¡No le pegue a mi negra! ¡No le pegue a la negra! Óyeme, no le pegue a la negra». ¡La salsa lo dice todo! Puro caribe y tambol trancao, gente que suda, sufre y goza... mi gente.

Yo llegué a esta ciudad por Diego, pero él dejó de hacé murales, ya no se mete pal barrio, ni anda con carajitos. No lo juzgo, yo no soy santo pa andá juzgando a nadie, pero tampoco lo justifico. ¡Si él supiera toda la gente que terminaba muerta en el barrio! A tos los convives que enterré, que se los tragó un mar de balas. La policía no hacía na poque era parte del negocio. Ahora la justicia la imponemos nosotros, y no será perfecta, pero es y se respeta, la gente hasta vota porque sea así, y a esa vaina en la univelsidá le decían *legitimidad*. Tas claro que sí. ~~Ojalá este décimo intento de escribir lo que piensa el Saimon haya quedado mejor, no sé hablar como un malandro, no quiero entenderlos. Aun sabiendo que son tan víctimas como verdugos, los detesto.~~

—¡Saimon, yo iba a lanzarme, pero no! Tenía que sacar al carajito. Cada vez que termino de pintar un barco, pienso en matarme.

—¡Sí eres baluldo, Diego! ¡Deja de decí que tú mataste a Silvia! Ya mira pa lante, mira la jeva que tienes. Es un hembrón, pana... y la estas dejando hundir en tu mierda.

D

iego se ve a sí mismo como un estibador, en eso se parece a Will; en cada trazo carga y mide el peso del mundo, vertiendo cada gota de pintura como si se tratara de un *container* de veintiocho toneladas. Trata de evitar que los barcos encallen, pero fracasa. Los pinta hundidos, en un lugar donde sus penas se vuelven bestias marinas. Comienza con el cielo, conoce la sensación de las gaviotas, se queda planeando con las alas estiradas sobre el lienzo. Pinta un azul absoluto y un horizonte entre nubes diminutas, luego ahoga al cielo bajo el peso de un barco de hierro que tambalea a merced de la marea y el viento. La pintura parece tener vida cuando traza una línea de luz que se va haciendo roja.

138

—¿Y si intentas con otro tema? Quizá cambiando los barcos por aviones —dice Dévora con una copa de vino en la mano—. Pinta un avión cayendo, si no puedes evitar el dolor, un avión sin un ala, que exhale humo —lo observa a través de la copa, cerrando uno de los ojos, como por la mirilla de un rifle.

Diego odia escuchar opiniones sobre lo que pinta, porque pinta para sacarse el agua salada de los pulmones, no para los críticos de arte. En sus exposiciones hace que la gente inicie el recorrido y se marcha. Dévora se encarga de los invitados, se explaya con los medios y habla sobre cada una de las pinturas. El misterio, el dolor y el naufragio personal de Diego.

—¡No comiences! Pinto lo que quiero, no lo que la gente quiere comprar. Para nuestra suerte, hasta ahora mis dolores son rentables y comercialmente aceptables.

—Pero la gente quiere otra cosa, imagínate en cuánto podríamos vender tu primer avión —sirve más vino y camina por la sala mirando los cuadros.

—A mí no me hace falta plata, Dévora... deja de joderme con lo de los aviones, ¿sí? Ya te pareces a Will, él encandilado con el comunismo y tú obsesionada con los dólares. ¡La misma mierda!

—Quizá, pero al menos no estamos obsesionados con la muerte. Píntame a mí, yo estoy viva —lanzó la copa contra el suelo y dejó los vidrios rotos sobre el vino.

Diego se dispuso a recoger los pedazos, mientras Dévora trataba de contener el llanto.

—Dime que no me amas, dime que esos barcos son más importantes que yo. ¡Dímelo, pues!

Diego apretaba los vidrios en la mano. Solo faltaba un monzón y un barquito sobre aquel desastre para que pudiera firmarlo como obra suya.

—¡Sí, mis barcos de mierda son más importantes que tú! ¿Es lo que quieres escuchar? ¡Sí, sí, sí! —el vino y el vidrio roto se hacían sangre.

139

Dévora tomó otra copa y la lanzó contra Diego, luego agarró un cuchillo y lo amenazó con matarlo si la golpeaba de nuevo. Él se abalanzó sobre ella y comenzaron a forcejear. Advino la tormenta. Ella apareció esa noche en el manicomio con las venas abiertas, fue la última vez que la vi. Dicen que la llevaron a otro manicomio. Todos los locos creen que Diego la mató, pero los médicos saben que fue un intento de suicidio. ~~Aquí todos hemos pensado en matarnos.~~

E

l Saimon llegó a la casa; iba a tocar el timbre, pero Diego salió en ese momento. Se encontraron justo en la puerta y de la sorpresa se miraron por un instante con desconfianza. Diego estaba evidentemente nervioso, le temblaba un poco la mano y tenía la mirada perdida.

—¡Me asustaste! Disculpa, me tengo que ir —esquivaba la mirada del Saimon—, pero te puedes quedar en la casa si quieres. Solo no toques las pinturas.

140 Ninguno lo intuye aún, pero cada decisión que tomen en este encuentro bajo el pórtico de la puerta será de vida o muerte. Si el Saimon decide perseguirlo, si Diego acepta la cerveza, si no se aprieta bien la venda, si regresa para curarse la herida, si el Saimon apunta mal y la bala rebota, alguien morirá.

—¡Épale! Pero ¿qué pasó, convive? Te ves raro, pana. ¿Pa dónde vas? ¿Todo bien?

—Nada, Saimon, me corté con un vaso —se aprieta la mano vendada—, quédate en la casa si quieres, yo necesito salir a caminar.

—Pero, ¿tas bien? Esa mano te está sangrando, pana. ¿Te acompaño y nos zampamos unas culdadas en el camino o qué? —cambió el tono, tratando de subir el ánimo— ¡Vamo a echale bola, no seas pajúo y cambia esa cara e muelto!

—No, tranquilo, estoy bien.

—Bueno, ta bien, ten cuidado por ahí, cualquier vaina pega un grito. ¿Va? Voy a saludá a Dévora y me voy.

Diego apretó el puño y comenzó a caminar. El Saimon se quedó esperando alguna respuesta y pensó en perseguirlo para convencerlo de tomarse las cervezas, pero finalmente escuchó un ruido

dentro de la casa y entró a averiguar qué había ocurrido. Miró hacia la cocina y estaba el cuchillo ensangrentado junto a la carne molida y los tomates picados sobre una tabla de madera, también estaba la cocina prendida, pero sin sartén sobre el fuego. Entonces, pisó un vidrio y vio el vino y la sangre. El Saimon sentía algo que no podía explicarse y ante eso lo que podía hacer era tocar la pistola.

—¡Coño e la madre! ¿Qué hiciste, pana? —sabía generalmente quien cocinaba era Dévora.

El Saimon inspeccionó la cocina, el cuchillo, los tomates picados y la carne, era la alegoría de una masacre, la mente del Saimon volaba, la mano le temblaba, temía encontrar el cuerpo de Dévora descuartizado.

—¿Dévora, dónde estás? —lanzaba la vista hacia el pasillo donde había cuadros y una que otra fotografía— ¡Dévora! ¿Estás aquí? —gritó.

Caminaba lento. Finalmente, frente al cuarto principal escuchó quejidos dentro de la habitación, pero la puerta estaba cerrada con seguro. ~~En el manicomio las puertas tienen seguro y yo tengo una copia de todas las llaves en la caseta de vigilancia. Es lo único que me hace sentir un poco especial en este lugar.~~

—¡Dévora! —forzaba la puerta, pero no abría, entonces, apuntó y disparó contra la cerradura.

Una vez abierta la puerta, vio que Dévora trataba con desesperación de agarrarse de algo mientras guindaba de un cable y se sostenía con la punta de los pies de una silla tumbada. Su agonía consistía en mantener el equilibrio y no terminar de caer; sentía la cabeza a punto de explotar y pinchazos en todo el cuerpo. El Saimon de inmediato la alzó y ella empezó a toser intentando respirar. Después llanto. Cuando logró zafarla, cayeron al suelo, envueltos en miedo, viendo el cable que seguía guindando. Pasó media hora antes de la primera palabra. El Saimon la abrazaba; ella lloraba. No entendía qué estaba pasando. Al Saimon nunca se le ha pasado por la cabeza matarse, por lo contrario, sufre por no poder revivir a todos los amigos que le han matado como perros.

—Te amo, chamita. Tú sabes que te amo desde hace bulda y vas a salí con esta vaina.

Dévora no respondió. Lo miró y comenzó a besarlo a pesar del dolor intenso al mover el cuello.



veces un malandro guarda el amor de todos los poemas, de todas las revoluciones, de todas las pinturas hechas en la historia y lo desborda como si fuese un tsunami. El amor es un remolino que determina una nueva ley para la gravedad, dejando al cielo con la textura de un canto para que en cada aleteo de pájaro nazca una nueva nota y todo cuanto se mueva sobre la superficie de aquella caricia, sea música.

Cualquiera puede ser soberano de esa patria cuando el amor lo traspasa, incluso El Saimon, que nunca ha escrito un poema, que no sabe bien qué es una metáfora. ~~A veces en el liceo uno tiene la dicha de ver el beso del primer amor y descubres en los ojos de los tortolos un mundo lleno de asombro. El amor del Saimon me recuerda a esos niños.~~

143

—Te amo, chamita.

Dévora gemía bajo nubes grises mientras el Saimon escuchaba: «Qué hay de malo en quererte como yo te quiero, regalarte una flor y vivir para ti, consolar a tu alma si busca consuelo en mí». Él era el único que realmente amaba a Dévora y se lo decía como si hubiese acumulado los *te amo* de toda su vida para aquel instante. «Y levanta una torre desde el cielo hasta aquí, y me cose unas alas y me ayuda a subir, a toda prisa, a toda prisa, la quiero a morir; ¡conoce bien cada guerra, cada herida, cada sed, conoce bien cada guerra, de la vida y del amor también!». Pero Dévora estaba allí solo en cuerpo, movía sus caderas como otra forma de llorar, y aunque sintió que el Saimon se llenaba de luz, ella sentía asco.

—Te amo bulda, chamita.



Al terminar la universidad se había quedado en esa ciudad seducida por la idea de ser la *miss* de una revolución, entre unos hombres que siempre amaron más esa idea que a ella. Una muchacha bien, de la pequeña burguesía valenciana, graduada en comunicación social, andaba rogándole migajas de amor a unos bolivarianos. Quería sentirse parte de algo que la negó de raíz, tanto como la negaba la alta burguesía de su ciudad: era la hija del *enchufado*. Delante de sus amigas ricas, siempre fue la última, siempre estuvo a media asta, porque el papá vestía de rojo.

144 Por supuesto, amó al primero que le abrió los brazos, y con el cuerpo y la cara que tenía era de esperarse: el Capitán. Todos somos propensos a la gula si nos invitan a *La Grande Bouffe*. ~~Lo veo todos los días en el contraste que produce el brillo de las camionetas de la burguesía y el trabajo que pasa la gente para llegar a sus casas apenas con un pan. Lo veo en la diferencia entre quienes tienen cuatro casas y quienes vivimos damnificados a pesar de trabajar día y noche.~~

—Seducir es un juego de inteligencia, donde a veces el amor aparece como un acertijo. Y me perdonan, camaradas, pero ¿no les parece que Dévora es el acertijo más sensual que ha llegado a esta universidad? —todos la deseaban— ¡Les apuesto que será mía! —Aún no había conocido a Alba y estaba embriagado con su pequeño poder en el partido.

Es triste la vida de Dévora, pues cuando por fin tuvo el amor de frente, mirándola a los ojos, bajó las santamarías de su corazón y puso los candados. Dévora, acostumbrada a salir en la página de política o de cultura de los periódicos, no se veía mostrándose en la página de actividades comunitarias con el Saimon. Podía jugar el

papel de la mugre en un *penthouse*, pero no el de una reina en un rancho. Al final, comenzó organizar sus maletas, lo hizo como quien no tiene patria, sino la ilusión de vivir en el *Red Level Meliá*.

—¿Qué quieres? ¿Que deje a Diego y me mude contigo al barrio para organizar sancochos y ver cómo se van sentando desde narcos a diputados en tus sillas de plástico? ¿Quieres que les destape las cervezas mientras escuchan salsa brava y juegan dominó los voceros de la comuna? ¿Quieres agarrarme las nalgas cuando pase a un lado de la mesa y pasearme en una moto de arriba a abajo con una pistola en la cintura? —tiraba prendas, perfumes y anillos dentro de la maleta, incluso el cable con el que trató de ahorcarse lo empacó— ¿Tú crees que yo quiero eso? La vida de un malandro que a cuenta de que sabe decir «poder popular» se siente el Che Guevara, pero que por más tiros que lance nunca va a ser ministro de Industrias o presidente del Banco Central. ¡No, gracias!

El Saimon sonrió y la miró fijamente, tratando de mantener la cabeza en alto. A pesar de haber sufrido los peores males de la pobreza, fue en ese instante que advirtió el verdadero peligro de la vida, morir no es tragarse una bala con el corazón, sino llenarse de plomo el alma y lanzarse al mar. Recordó a Will: «Si no has vivido un invierno en Rusia, no conoces el frío»; y se imaginó que todos los inviernos del mundo en el corazón de Dévora. «¡Lluvia (lluvia) tus besos fríos como la lluvia, (lluvia) que gota a gota fueron enfriando, (lluvia) mi alma, mi cuerpo y mi ser», volvió el *soundtrack*. Dévora lo miró en silencio, respiró profundo y cerró los ojos, como aguantando las ganas de llorar. ~~En toda esta historia sufre, pero en el manicomio realmente nunca la he visto soltar una lágrima, cuando alza la mirada ella es más fuerte que mis palabras.~~ Siempre trató de mantener su trono de princesa seduciendo a los partisanos de la corte, se quería pintar la corona de rojo y adornarla con martillitos de plata, pero la gente la percibía genuina cuando se transformaba en una fiera, cuando no pensaba en su apellido y era como un tigre sobre un escritorio, o como una puta sobre un diván, o como la euforia de una victoria en plena marcha. De resto, daba lástima.

—Tranquila, chamita, aquí no ha pasado nada.

En la calle, como el perro de siempre, comenzó a cantar una de Tito Nieves: «Te vas amor, si así lo quieres, ¿qué puedo yo hacer? Tu vanidad no te deja entender que en la pobreza se sabe querer (...) Pero recuerda, nadie es perfecto y tú lo verás, más de mil cosas mejores tendrás, pero cariño sincero jamás». Prendió la moto y se fue al barrio.

██████████ A mí me dijeron que para arreglar las cosas hay que hacerlo desde adentro, porque hasta el ser más hermoso tiene parásitos. El Capitán me convenció de ingresar al partido con ese argumento. Entonces, me iré hasta lo más profundo del manicomio, hasta sus entrañas –dijo Will mostrando convicción de profeta–. Y tienes razón, al entrar al monstruo, algo del monstruo siempre se queda dentro de uno, pero yo soy un bestiario, no tengo nada que perder –se miró el tatuaje en el antebrazo y leyó en voz alta–: «En el naufragio la esperanza flota». Creo que es la única forma de salvar al Capitán. Tomaré un submarino y me iré al fondo, estoy seguro de que encontraré su osamenta... ahí, agarrada de un timón quebrado. ¡Mira lo que tengo aquí! –sacó del bolsillo un montón de pelusas.

147

–¡Will! ¿Tú también te volviste loco? –Diego se pasó la mano desde la frente hasta la nuca, deslizando los dedos entre su cabello.

–¡Disculpa por utilizar este ejemplo, hermano! Pero yo sé que si te dieran a elegir de nuevo, tú te lanzarías al mar sin pensarlo, porque tú sabes que la única forma de salvar a alguien del ahogo es enfrentando al mar, tú lo sabes mejor que todos.

Diego se quedó en silencio y poco a poco empezó a llorar, cada vez con más intensidad, como si fuera la primera vez. Will lo abrazó, pero fue tanto el llanto que la marea subió y tuvo que lanzar salvavidas sobre las lágrimas. El mar se picó, aparecieron nubes negras y Will comenzó a dar brazadas hacia la orilla, una tras otra, dejando todo atrás, abandonando a Diego a la suerte de su propia tristeza, pero cuando comenzó a sentir con la punta de los pies la arena, pensó nuevamente en El Capitán y decidió volver, y brazada tras brazada, con los músculos cansados, tragando agua salada, pensando que

ambos morirían, tomó a Diego por el cuello y lo arrastró casi desmayado hasta la arena. Cuando estaban ambos tirados en la playa, pudieron ver que el mar se levantaba y era tan inmenso que las olas parecían un bostezo de Dios.

Cuando Diego recobró el aliento las calles parecían los pasillos del manicomio y ellos discutían bajo la noche, tratando de no mirarse a los ojos porque ambos sentían vergüenza. Al final se agarraron de la mano, como dos hermanos pequeños y cruzaron la calle, desde los carros les gritan obscenidades, pero a ellos no les importó.

—Supongo que todos terminaremos ahí dentro algún día, si es que ya no lo estamos —dijo Diego. Se notaba que aún no estaba de acuerdo, pero hacía tiempo que todo lo que eran estaba perdido. Valía la pena intentar una locura.

—Sé que piensas que estoy demente, tronado hasta el colmo, pero es más razón para que me apoyes.

Siguieron hasta la casa sin soltarse. El viento les levantaba las batas blancas, pero a ellos ya no les importaba que se les viera el culo. Ni siquiera se habían dado cuenta de que estaban dopados, sancionados injustamente.



No es lo mismo ser el lobo que destroza un pedazo de carne, que estar entre los colmillos del lobo. Esta sociedad nos mastica», escribió el Capitán en una carta que me pasó por debajo de la puerta. Estoy de acuerdo con él, esta sociedad practica el canibalismo y en la ingesta el hombre digiere su propia alma. Son lobos condenados a vivir bajo vigilancia, medicados, atormentados por un espejo roto, desprovistos de voluntad y de sueños. Para colmo, los más incautos a veces se miran los dientes tratando de imitar a sus depredadores, pero están amarrados y temblando de frío, hacinados en un edificio donde se procesa carne. Y aquí me ven, fumando junto a una ventana de la caseta de vigilancia, observando la carne, pensando cómo hacer para enseñar a los niños a salvarse de los lobos. Pero solo en el precipicio se siente el vértigo, hace falta sentir el aliento del lobo para comprender que hay que matarlo a balazos, dejar de ser carne y mirarle los ojos a la muerte, recuperar el alma, matar al lobo.

Se suele condenar la violencia de aquellos que tratan a toda costa de zafarse de unos colmillos, aunque se condena la violencia de los verdaderos asesinos, de aquellos que matan por placer. Pienso en aquel amigo comunista que tuve en el pedagógico, él decía que la burguesía era asesina por naturaleza, que no le importaba matar de hambre a millones. ~~Siento que he comenzado a hablar como los locos y no sé a quién culpar, si a las pastillas o al ceretón.~~

—¡Estamos en guerra! Al matar a un lobo queda un lobo muerto y un hombre libre —repite el Capitán mirándose las manos—, el lobo solo controla lo que toma por el cuello, lo que respira siempre puede liberarse. Todo es dialéctica. Es necesaria una violencia liberadora. ¡Esta guerra la ganaremos! ¡Haré de este naufragio el mejor país del

~~mundo! He comenzado a confundir las cartas del Capitán con mis propios pensamientos. De verdad quiero que ganemos la guerra, sé que solo así podré liberarme de la miseria.~~



engo un sueño recurrente. Veo mis manos abriendo un surco en un campo interminable y azul; puedo sentir mi corazón sofocado, mi frente ardiendo, mi espalda y mis senos sudados, como si hubiese trabajado por días. Los surcos se mueven en círculos y yo vuelo sobre el campo, como una brizna llevada por el viento; mi cabello parece una cascada, me siento como la lluvia. Viendo la tierra desde el cielo noto que todo se convierte en un espiral. La brisa y los pájaros me persiguen tratando de arrebatar-me las semillas que llevo conmigo. Primero son solo pájaros negros, pero luego llegan pájaros de todos tipos y colores. Mis taitas me enseñaron a sembrar. Nunca he tenido las manos de una niña, porque una chícora pesa más que una muñeca y yo desde niña solo jugué con animales, herramientas para el arado y una escoba que hacía las veces de caballo.

151

Un pájaro siempre me pica el hombro y al mirarlo se convierte en millones de pájaros, tantos que ensombrecen el cielo: un chaparrón aleteando sobre las nubes y tragándose mi sueño como si mi alma estuviese hecha de migas de pan. Me esfuerzo por escapar, pero el ave me pica la espalda y luego otra ave la pierna derecha, y otra el talón, y así hasta que siento los picotazos como hormigas sobre el cuerpo, y me imagino en el mundo real revolcándome sobre la cama con los ojos y los puños apretados.

Cuando sueño estas cosas los vecinos gritan de horror y comienzan a proyectar sus pesadillas en el cielo, como si se metieran sus sueños en mi sueño, y a todos les salen pájaros por los ojos y la boca. Para cualquiera esto tal vez resulte hermoso, pero quien vive la belleza también vive el dolor. En mi sueño suelto las semillas y las veo caer a la tierra, como lluvia, y los pájaros se lanzan en picada sobre los

surcos, y los campesinos abren las manos tratando de atrapar un pedacito de mí.

Después comienzo a caer a merced de la gravedad, picoteada y con la ropa rota, con el vértigo en las vísceras. Mientras caigo siento una caricia en la frente, sé que es mi madre, pero cuando abro los ojos estoy en medio de un jardín inmenso, van y vienen hombres en bata que me conocen, y me sonríen, y saltan diciendo mi nombre: «Esperanza, Esperanza». Sé que están locos, pero ninguno parece peligroso, por lo contrario, parecen árboles frutales en plena floración.

Los locos dan la impresión de estar organizados, se reparten las tareas: atienden los teléfonos de la recepción, sirven la comida y conversan como si se dieran consejos unos a otros; en un salón están los demás discutiendo el presupuesto de mantenimiento. «¡Qué sueño tan loco!», me digo a mí misma aún dormida.

152

Al final del pasillo siempre está una puerta entreabierta a la que me dirigen. Me da algo de miedo, y al mirar por una ventana me doy cuenta de que el manicomio se transforma en barco. Veo las gaviotas y el mar. Entonces, me detengo, trato de convencerme de que es un sueño, el mismo sueño de siempre, me miro las manos que son un espejo, pero al verme soy yo cuando niña. Soy yo y a la vez otra, yo en dos tiempos, porque cuando veo mi cuerpo es el cuerpo de la mujer que cada día ha arado la tierra para poder comer. Tengo las mismas cicatrices, la misma piel tostada de sol, como una marca con que se nace; pero desde mis manos la niña, mi otra yo, me mira con mis ojos marrones.

Suena la corneta del barco y los locos salen de sus camarotes: es hora de pintar. Tienen pinceles y lienzos bajo los brazos. Todos con sus caballetes en cubierta, algunos hacen autorretratos mientras otros le sacan al horizonte rayos de colores. Me acerco a uno de los locos que pinta una especie de habitación y me sumerjo en la pintura, aparezco de nuevo en el pasillo, pero ahora el entorno es de trazos violentos, movimientos gruesos.

Al final del pasillo la puerta permanece entreabierta y en su interior un hombre grita, como celebrando. Su voz me es tan familiar que corro a su encuentro. Cuando estoy a punto de cruzar la puerta, justo en el umbral, escucho: «¡Mi hija está viva! ¡Estamos en guerra, pero haré de este naufragio el mejor país del mundo!». El sueño siempre termina con esa frase y germina en mí una esperanza.

Esta vez, abro los ojos, observo una bandada de pájaros y pienso: «Sigo dormida, soñando». Pero estoy despierta, acostada sobre el monte. Sé que debo volver a trabajar. Me pregunto: «¿Quién es el hombre que grita desde el camarote del Capitán?». Y recuerdo su voz, contemplo el cielo, como esperando que caiga una lluvia de semillas. Me gusta pensar que mis sueños se harán realidad. Antes de levantarme abro la boca esperando que salgan aves.

E

l porvenir parece más una amenaza que una promesa. La humanidad pasta en el campo de la desilusión, viendo películas de zombis. La utopía sobrevive clandestina, perseguida por los lobos que se han comido la ley. Deberíamos estudiar para ser explosivistas o agrónomos, pues mientras hacemos el amor la OTAN prepara otra guerra. ~~Yo he comenzado a labrar un conuco detrás de la caseta de vigilancia, donde cultivo bledo, tomate y ayuama. ¡No dejaré que me maten de hambre! Resisto y renazco con cada pequeña cosecha y con cada clase que doy.~~

154

Es viernes de Carnaval y todos están frenéticos, el sábado dormirán y el domingo no quedará otra cosa que ir a la iglesia a pedir perdón por los pecados cometidos. Yo, sin embargo, sigo de guardia en el manicomio sin nada de comer para estos días. Del mundo no tengo ni el pan ni el circo, solo cruces y clavos. No entiendo por qué me recomiendan rezar, cuando deberíamos estar desarmando bombas o arando la tierra. Si yo fuese Cristo diría: «¡Bendito aquel que pudiendo apretar el botón rojo comienza a sembrar!». Cuando se siembra se sueña con las manos y el tiempo se prolonga en los frutos cosechados. Pero los profetas nos invitan a esperar, ignorando que la tierra es una bomba de tiempo. ¡Más vale sembrar que rezar! ~~Rezando siento más culpa que esperanza. La culpa no es mía, sin embargo, es a mí a quien señalan y castigan. Yo soy un simple maestro y aun así me consideran una amenaza. Quizá es porque sigo dando cátedra bolivariana sin ningún titubeo.~~

—Puesto que la esperanza es hermana de las espadas, es más poderosa la esperanza que la pólvora. Una espada no tiene detonador o gatillo sino voluntad, y la voluntad es más inflamable que el

trifluoruro de cloro –el Capitán hablaba y acomodaba unos troncos para hacer una fogata–. No hay drones de espadas, ni espadas de larga distancia; la espada es una extremidad que el hombre se inventó para vencer o morir dando la cara al sol. Emil Cioran, enemigo del hombre y amante de Hitler, afirmaba que la esperanza es el estado natural del delirio, pero en el delirio nada se hace, y sin hacer nada, somos nada. No hay delirio ni espera en la esperanza, tanto la espera como el delirio son la estafa que un día hicieron al provenir; como un reloj sobre la dinamita. Esperar es inútil cuando se tiene una bomba en las manos. La esperanza, en cambio, nos hace actuar frente a la muerte. La esperanza no es esperar, es actuar con la convicción de los partos.

–El mundo se ha convertido en una sala de espera con wifi –dijo Will–, incluso a la lucha de clases pretenden reducirla a una guerra de algoritmos. Hay que actuar en el mundo real. Hay demasiadas personas viviendo en el delirio. Les hace falta venir a la montaña, mirar a las abejas. Las abejas no tienen ni sillas ni celulares, sino colmenas.

–Según ustedes los peores enemigos de la humanidad son las sillas, pero he pintado todos mis barcos sobre una silla –comentó Diego con un pincel a modo de pistola, cerrando un ojo y disparando a Will.

–¡Será por eso que tus barcos son una pintura y no una película! –Will replicó a pesar de recibir el balazo imaginario justo en el pecho–. ¿Sabes que Siqueiros decía que un mural es una película quieta? Pintas tus cuadros sobre una silla, porque tus cuadros son una silla.

El Capitán está seguro de que se requiere otra esperanza; sabe que Diego en su cinismo tiene más razón de la que todos están dispuestos a reconocer, incluso quienes quieren partir la silla, están sentados en una. En el manicomio las sillas son cárceles con ruedas, la mayoría de las veces hacen kit con la camisa de fuerza. ~~Mi camisa de fuerza es la realidad y por más que lo intento no logro zafarme de ella. Mañana tengo clases y no tengo ni para el pasaje, pero llegaré.~~



Will, sentado en el patio del manicomio, miraba de lejos al Capitán recogiendo las pelusas y hablando con cada loco, uno por uno. Por un instante le pareció que era el de antes. Recordó cuando le habló de la esperanza en un viaje que hicieron a una de las montañas de La Siempreviva; disfrutaban de la brisa fresca y organizaban la leña para una fogata.

156 Cuando el sol estaba por esconderse, Will fue con el Capitán a buscar más leña. Cerca de un risco, Will le pidió al Capitán que se imaginaran el sol como una semilla. Solía pedirle este tipo de cosas, a su juicio hubiera estudiado Letras y no Medicina. El Capitán leía con admiración a los poetas, pero nunca se atrevió a mostrar lo que escribía. Miró a Will, se quedó callado varios segundos, lanzó al risco un palito y habló como si hubiese practicado un discurso durante días.

—Ojalá que los frutos de ese árbol fuesen espadas. Nos tocaría afilarlas, no esperar que el árbol crezca, perseguir al horizonte, sin importar que se aleje. La redondez de los sueños dice que de tanto andar un día tocaremos la cola de la utopía. Afilar espadas, como quien afila un sueño, como quien quiere cortar la realidad, llena de arañas y bombas nucleares. Afilar espadas y repartirlas como aspirinas, enseñar a los niños a usarlas, bailar con ellas. Que cada espada sea una esperanza. Te lo digo con un tango: «Uno busca lleno de esperanzas el camino que los sueños prometieron a sus ansias, sabe que la lucha es cruel y es mucha, pero lucha y se desangra por la fe que lo empecina, uno va arrastrándose entre espinas y en su afán de dar su amor, sufre y se destroza hasta entender que uno se quedó sin corazón». Pero si tienes el corazón prendido aún en el pecho, no hay otra opción sino luchar.

En aquel entonces Will no vio en esas frases un manifiesto sobre la esperanza. Consideró que sembrar el sol y cosechar espadas era surrealista y pensó en Máximo Gorki, buscando argumentos para su próxima discusión con Diego. Pero hoy, cuando el Capitán parece desarmado y están lejos de aquella montaña, entiende con más claridad y escribe notas bilingües en su libreta. Así daba la imagen de estar incluso más loco que el resto. Al escribir se escuchaba a lo lejos un sonido metálico, un chasquido que gracias a Will, el Capitán y el ceretón conocían muy bien la poesía.

*Lleno de esperanza aprendió de los establos:
Nunca quiso vivir como un corcel preso
pues de la meditación de las serpientes crecen las hierbas venenosas
y la vida siempre muere enferma de quietud
y es olvido bajo el hielo*

*Necesita otra esperanza
más parecida a las espadas
menos hermana de la espera
Soñar no es dormir sino danzar
todo ha sido posible en el giro de las estrellas
el universo tiene un sueño
cuando colisionan los astros
y todo parece nacer de nuevo en el caos
en tales circunstancias
cualquier chispazo puede ser el alba*

*Полный надежды, узнал я в конюшнях:
Что быть жеребцом в запрети не хочу
Безмолвие - исток ядовитых растений,
И жизнь подо льдом,
превратившись в забвенье,
От той тишины приближалась к концу.*

*Другая надежда нужна мне,
Что очень походит на меч.
Не та что скорее напомним
Отчаянья тихую речь.*

*Мечтать – не спать, а танцевать,
Ведь в хороводе звезд возможно это,
И встреча звезд вдали от нас
Во снах вселенной вновь воспета,
Из хаоса вселенского в ответ,
Как страсть, рождается рассвет*

158

El abuelo de Will siempre pensó que la URSS era la última esperanza del mundo, incluso pidió que lo enterraran con un retrato de Lenin dentro de la urna. Está claro que Will no heredó su orgullo, el abuelo nunca renunció a sus convicciones: «Cuando los ídolos se rompen solemos buscar las piezas y pegarlas, armar un nuevo dios y pretender que las grietas no muestren fragilidad. Nada roto vuelve a ser lo que fue, ninguna fractura pasa como la brisa, pero aquello que un día fue un simple trozo de madera puede también ser fuego o lápiz o barco. Todo es susceptible de transformarse y renacer». Pasó de un recuerdo a otro:

—Hay que emprender vuelo, huir de la apatía, no hay que doblegarse ante el yugo. ¡Así hablan los verdaderos poetas! Con banderas de luz —el Capitán había hablado en esos términos a un grupo de amigos poetas que insistían en escribir sobre París y el invierno mientras el sol del trópico les quemaba la nuca—. Sus poemas parecen hojillas, parece que quieren que el pueblo se saje las venas, pero nada de eso sirve para romper cadenas. Necesitamos otra esperanza y otra poesía. Tienen un holocausto entre las páginas de sus cuadernos, cuando hay un país sembrando a orillas de sus sueños. ¡Ridículos! Están vestidos de luto en una sala de parto.

Es lindo viví en el campo, hija. Claro que uno sufre las penurias, pero eso no es culpa del campito... el campo es amable, el maluco es el patrón, pero eso uno lo aprende ya de viejo, cuando deja de creé en pajaritos preñaos –el hombre tenía un sombrero que le ensombrecía el rostro arrugado–. Míreme aquí, to la vida partiéndome el lomo y apenas y tengo mi ranchito y mi vieja. El hijo ya se jué, preñó a una mujer y ahora le toca a él sabé lo que es güeno: las cercas de púa; poque eso es lo que uno siente en el cuello cuando se trabaja y trabaja y despué no hay ni pa comé, mientras el hijo di uno llora –se quita el sombrero para evitar que se lo lleve el viento que pasaba sobre el camión; los demás campesinos asienten, pero el cansancio los mantiene en silencio–. Ahora la cosa es peor, poque uno va pal pueblo y te quieren vendé en dólares. ¡Va sié! yo nunca había visto un dólar en mi vida, hija, na más po las películas. Pero me tocó comprá el papelito verde pa podé agarrá unas semillitas, si no no me vendían na. ¡Fin de mundo, hija! Ahora uno trabaja para comprá billetes y lo pior es que ni siquiera comemos de lo que nos pagan, sino del conuco, ese pedajito e tierra nos salva de la mengua. ¿Usté qué cree, hija? ¿Será que vamos a dejá de usá el Bolíva un día destes?

159

Todos volvían a sus casas después del jornal. Mientras escuchaba al viejo, Esperanza pensaba en el significado de la libertad. Lo miraba con el dolor de saber que el viejo no estaba perdiendo el billete, sino las batallas, las mismas que se habían librado hacía más de doscientos años. Le encantaba la historia, sabía de memoria los senderos por donde el Libertador había pasado, se imaginaba aquellos parajes en sus horas de descanso. Esperanza nunca había estado

en Caracas, ni siquiera en Barquisimeto, escasamente había ido al pueblo unas cuantas veces; pero sabía más que la mayoría. Coleccionaba de forma obsesiva libros y revistas que traían los campesinos de las asambleas que hacían con el gobierno o del programa de alfabetización. Gracias a Esperanza, en el caserío había más libros de Bolívar que bolívares.

—Hace falta Bolívar, pero el de verdad, no solo el de papel, señor Guadalupe. Antes era el imperio español, ahora son los patrones y el dólar. Yo lo escucho y no sé si realmente somos libres.

—Pué, yo creo que nunca lo he sido, mija. Bueno... solo a veces en el río. Ahí to el mundo se siente un pajarito. En esos lares donde tú vives la cosa parece mejor.

En el ejercicio de la libertad nos proyectamos al futuro, como si fuésemos la espada que hemos decidido empuñar, pero sabiendo que una espada no es más que un trozo de metal hasta el día en que cumple su cometido, las cosas como los hombres no son lo que aparentan sino lo que hacen. Podemos elegir entre ser una espada o un espejo de metal. Con este uniforme aparento ser un vigilante, pero cada mañana decido ser profesor. Somos hombres de carne y sangre, con corazón y manos, de historia y apellido, de materia gris, de alma, somos más que nada.

160

—¿De qué me vale existí? Soy como la mula que tengo amarrá detrás del ranchito. Soy preso de este pico, preso del jornal, preso del precio de la cebolla. Mi mula está amarrá en la casa, pero yo todos los días hago lo mismo. A veces me doy de cuenta de que toy vivo solo poque me suenan las tripas. Lo más triste, mija, es que me vengo a da cuenta desto cuando ya me voy a morí.

Esperanza escucha y piensa en su sueño. Ella cree que el mar es el lugar donde se puede sentir más libertad, aunque no lo conoce.

El viejo se siente cerca de su tumba, el horizonte le aprecia lejano, sin embargo, la resignación sólo existe cuando todo lo humano ha muerto; quería ser como su bisabuelo que había luchado bajo las órdenes del general Ezequiel Zamora y que lo había escuchado gritar en Santa Inés, junto al río Santo Domingo, «Tierra y hombres libres».

El viejo deseó sentir esa gloria, ser valiente como los hombres de Zamora, alzarse. Lo pensaba desde hacía años; no lo hizo por temor. Considera que habría mucha gloria en morir luchando, pero no en que después su familia muriera de hambre. ¿Qué sacrificios somos capaces de hacer por la libertad? ¿Cruzaríamos la cordillera andina descalzos y sin camisa como lo hizo el ejército de Bolívar? Escucho al ceretón y aunque no veo su cuerpo, he comenzado a ver su sombra entre las paredes del manicomio. ~~El ceretón es una alucinación del Capitán, el ceretón no habla, el ceretón no existe... Yo no existo, soy una tachadura. Yo escribo a quien me escribe. Ojalá quien me escribe no sea tachado. Ojalá quien me escriba tenga una mejor vida que yo. Ojalá me borre, pero ¿si me borra qué quedará de él? ¿Blancura? La tinta es un espejo negro. No quiero ser el hombre que veo en el espejo. Gerraré otra vez los ojos al afeitarme.~~

—¿Me trajiste las pelusas? —preguntó el Capitán en voz baja.

Will afirmó con la cabeza. El Capitán sonrió.

P

ermanecen cubiertos de tierra: entre las arrugas del rostro, en las botas, en los bolsillos, ten el alma. Pero la tierra no era suya, ni siquiera la que llevaban en la punta de la escardilla. Todo cambió el día que escucharon por radio que habían expropiado casi doscientas mil hectáreas a un primo de Don Sacramento Mendoza que apenas tenía unos alambres de púa para demostrar que aquello era suyo. Don Sacramento amenazó con matar a quien se metiera en esas tierras, pero los campesinos, envalentonados con una constitución y un montón de machetes, rompieron las cercas. Frente a aquella avalancha, el terrateniente se concentró en resguardar sus propias tierras haciendo transas rápidas con los capataces y uno que otro caimán con botas que merodeaba la zona. Por primera vez sintió que animales domesticados y hambrientos se alzaban feroces, como si aquellas palabras en la radio fueran una piedra de amolar y al mismo tiempo un edicto que los hizo soberanos.

—El artículo 307 dice: «El régimen latifundista es contrario al interés social. La ley dispondrá lo conducente en materia tributaria para gravar las tierras ociosas y establecerá las medidas necesarias para su transformación en unidades económicas productivas, rescatando igualmente las tierras de vocación agrícola». ¡Escuchen, carajo!

La gente se aglomeraba en círculo bajo un samán.

—«Los campesinos o campesinas y demás productores agropecuarios y productoras agropecuarias tienen derecho a la propiedad de la tierra, en los casos y formas especificados en la ley respectiva. El Estado protegerá y promoverá las formas asociativas y particulares de propiedad para garantizar la producción agrícola».

Los campesinos aplaudían como si se tratara de un poema y no de una ley. A pesar de los sicariatos bajo una sombra verde, las últimas montañas de La Siempreviva parecían una república campesina en germinación. Los habitantes de aquellos montes organizaron un gobierno donde hasta las bestias tenían derecho a votar. No faltaban los gritos y las peleas, pero tampoco la comida. Fueron tantas las asambleas que los campesinos vieron como prioridad comenzar a construir alrededor del samán un centro comunitario. Esperanza trabajaría día y noche, como si fuese su casa.

Había recursos; la montaña olvidada por el mundo ahora parecía el centro del país. Todos recuerdan que el día de la fundación de la comuna apareció un ministro en helicóptero, habló por teléfono con el presidente de la República, dijo cuatro cosas bonitas sobre la patria, aprobó unos recursos económicos y se fue. Dejó en el terreno a unos directores del ministerio, a dos representantes del partido, a un antropólogo de la Universidad Central de Venezuela y al montón de campesinos que esperaban el comienzo de una asamblea, todos sentados sobre unos tobos y unos taburetes de madera. Al terminar, se constituyó, con acta y todo, la Comuna «La Siempreviva», una especie de sóviet tropical en medio de la nada y lejos del caos que llaman orgullosamente *país*.

—Con esto haremos trizas al Estado burgués, camaradas. Avanzaremos más que el comandante Tito en Yugoslavia —gritó el joven antropólogo señalando el acta.

Parecía genuinamente feliz, pero la mayoría de los representantes del ministerio miraban sus relojes y trataban de disimular que no sabían nada sobre el comandante Tito. Los dos voceros del partido discutían por su parte lo mucho que Esperanza se parecía al Capitán. Los campesinos hacían su sancocho y alejaban a los visitantes de manera discreta del lado del terreno que daba la cara al bosque. Se veía en los lugareños cierto nerviosismo cada vez que alguien quería ir más allá de la loma donde se encontraba el samán o preguntaba si cerca había un río.

Los campesinos no escuchaban demasiado a la gente de la ciudad que hablaba como si conociera la solución de todas las cosas, pero la verdad no sabía ni cómo ordeñar una vaca. Una vez llegaron al manicomio ofreciendo villas y castillas a cambio de modificar el nombre de la clínica y de renunciar al financiamiento que recibe desde una fundación gringa; incluso a mí, un simple vigilante, me ofrecieron una casa, pero después no volvieron más al sanatorio. «Más hacen quienes no escuchan a este tipo de fauna ministerial compuesta por tarántulas burócratas, camaleones avaros, focas panfletarias, hormigas con horario y elefantes corruptos, una selva organizada por pisos y cargos, donde el socialismo vive de papel en papel membretado». ~~Yo creía en lo que decía el gobierno hasta que comencé a ver esos animales regados en todas las oficinas del Estado. Ahora solo creo en la educación, porque a fin de cuentas hasta los perros aprenden. Sin embargo, aun pregunto todos los días a la recepcionista del manicomio si han dejado un mensaje para mí. No pierdo la esperanza de que cumplan todo lo que prometieron.~~

164

Siempre viva es una flor milagrosa que supuestamente los señores de la montaña saben preparar en guarapo dar fuerza y salud, en honor a esa flor suelen nombrar todo en aquel campo. Tal vez esto explica por qué la Comuna «La Siempre viva» resultaría la más productiva del país. Los jóvenes competían en el arado a ver quién abría los surcos más largos sobre la tierra, con vigor de buey. Los representantes del ministerio se quedaban perplejos y al preguntar cómo hacían, uno que otro le respondía con una sonrisa burlona, mientras se daba palmaditas en la barriga «el mondongo y la caraota», pero nadie decía una palabra de la flor.

Los señores de la montaña, a quienes los viejos llaman yi, criaron a Esperanza en el bosque, la educaron para ver la verdad a través de los sueños. Los yi casi nunca se dejan ver; andan por el bosque recolectando raíces y semillas, jugando con los pájaros y cuidando las cascadas. Por mucho tiempo se les tuvo miedo, supuestamente tienen la cualidad de la metamorfosis y se transfiguran en osos frontinos. Pero los yi no hacen daño, apenas hablan. Su rostro arrugado

dice más que su boca, dominan un lenguaje de gestos, tienen más de cincuenta formas de sonreír.

Una vez al año van a conversar con los taitas del caserío y a visitar a Esperanza. Se reúnen en la casa del viejo Eleuterio, que tiene más de ciento veinte años gracias a los guarapos que le dan en agradecimiento por salvar de un balazo de escopeta a uno de ellos. En ese tiempo Eleuterio estaba a punto de morir, era muy mayor y sufría muchas enfermedades, pero salvando al yi se salvó a sí mismo. Esa misma noche Esperanza fue adoptada por Eleuterio sellando una alianza entre el pueblo yi y los caseríos de la montaña, que ahora se hacía llamar Comuna «La Siempreviva». El pacto era sencillo, los habitantes de La Siempreviva protegían los misterios de la montaña, y los yi mantenían a sus habitantes fuertes y sanos a pesar de las penurias del campo y del trabajo duro.

~~Quizá debería dejar de tomar estas pastillas, necesito que el ceretón me hable. Cuando me habla escribo, y solo existo cuando escribo.~~

██████████ ¿Sabes que tengo una hija que vive con los duendes? Antes lloraba cuando hablaba de ella, pero a ella no le gusta que llore, no le gusta... no le gusta, ¡Entonces dejé de llorar! ¡Dejé de llorar! Ahora pongo esta sonrisa –mostró los dientes a Will, como un caimán–. ¡Mira, una pelusa! Vamos a agarrarla, pero no digas nada, no le digas ni a la pelusa; ni la pelusa puede saber, no puede saber nadie. Recuerda que hacer una revolución tiene sus peligros, y aquí también hay espías, a veces me allanan el cuarto. A veces me torturan, pero no he dicho nada. Tengo la espada en la boca y cuando ellos vienen no la abro. La gente cree que la CIA no existe. Los tipos son inteligentes, se pusieron en las películas a un lado de los extraterrestres como ficción. ¡Mira, ahí va otra! Se disfrazan de ficción para que la gente escuche Guantánamo y se imagine el País de Nunca Jamás. ¿Tú crees que estoy loco? No chico, yo no estoy loco. Pero no digas nada, porque te van a torturar. No digas nada de las pelusas, ni de Alba, ni del ceretón; yo sé que tú también lo ves. Él me lo dijo.

Will guardaba silencio.

–Anoche soñé de nuevo con mi hija. Se llama Esperanza Tamayo Romero. Yo quería que se llamara Victoria, pero Alba tuvo que decidir sola. Creo que tomó una buena decisión. Fue lo último que escuché de su boca: «Esperanza» –metió una mano en el bolsillo–. ¡Guarda esta pelusa y me la devuelves cuando te diga! Anotaré cuál te di, es una pelusa azul, mediana, esponjosa, muy bonita. ¡Escóndela bien! Abre un huequito en el colchón o en la pared y métela ahí; que no se te pierda. Cada pelusa es fundamental para el plan, las tengo contadas... no puede faltar ninguna –escribió en una pequeña libreta mirando recurrentemente a los lados–. Debes dar tu vida por esta

pelusa si es necesario. ¿Entendido, camarada? Recuerda que eres un militante revolucionario, Will. ¡Estamos en guerra, pero haremos de este naufragio el mejor país del mundo! –lo agarró por la nuca y afincó frente contra frente– ¡Cuento contigo!

Will sintió que su pene se hinchaba. Se apartó y tomó asiento tratando de ocultar lo evidente. El Capitán siguió buscando pelusas en el aire.

–¿Sabes que me dijo mi hija? Que ella también es una revolucionaria. Cuando la escuché temblé de miedo; todo dentro de mí suspiró. No la conozco, pero sé que tiene algo de mí, más importante que un nombre: ¡Los sueños! ¿Tú crees que soy mal padre? Yo trato de soñarla para estar con ella. A veces no puedo dormir, debo organizar las cosas. Ella sabe que la amo, pero si queremos hacer la revolución, no podemos únicamente soñar. ¿Estás aquí o eres un sueño? ¡Mira, otra pelusa!



tantos años recogiendo pelusas, ordenándolas por color y guardándolas denle el colchón, en huecos en las paredes, convenciendo a los locos de que las guardaran a costa de sus vidas, como si las pelusas fueran más importantes que el pan, como si fuesen balas o piezas de una bomba. Pero eran pelusas, acumulaciones de fibras textiles que se desprenden de las cosas y vuelan. También aceptaba de sus colaboradores retazos de materiales más grandes: pedacitos de tela, hilo, escarcha, pequeños trozos de papel. Todos creían que era locura, que no encontraba qué hacer con los delirios sino perseguir pelusas mientras hablaba de la revolución, de Alba y de su hija.

168

—Will, vamos a demostrar que en una pelusa cabe el cielo cuando amanece, esto será más poderoso que los espejos de Arquímedes.

Will confiaba en que detrás de aquellos delirios aún habitaba un hombre, tratando de ondear una bandera que procura abrirse paso entre las nubes negras. Había perdido la fe en sí mismo, pero no en el Capitán. Lo amaba, lo admiraba, esperaba sus palabras.

—¡Solo la verdad nos hará libres! Necesitamos hacerlo ya, llegó la hora —entregó a Will en secreto un papel que decía «Manual para hacer una bandera en ardimiento»—. Sabes que no estoy loco —Will guardó el papel—, este es el siguiente paso que debemos dar; la bandera. Léelo bien y después cómete la hoja, pero no lo tires. El plan es nuestra esperanza y nuestra esperanza arde y contagia. No estamos locos, estamos en ardimiento.



Organizadamente y sin desesperar, llénalo todo de pelusas. Mete en los muebles y en las grietas del piso las pelusas rojas; en las paredes, las azules; y en el techo, las amarillas. Al principio parecerá que es imposible, pero un día, todo cuanto mires tendrá escondido en su interior los colores del pabellón nacional.

¡Haz que cada noche todos imaginen la bandera, que saboreen sus formas, que duerman pintándola y que tiemblen de amor al verla ondear! Como quien admira a su hija por primera vez, como quien recuerda en silencio el abrazo de su madre.

¡Habla con las estrellas de forma secreta cada tres horas! Una bandera necesita estrellas como cómplices. Cada corazón es una estrella que sangra y late, que ama.

169

No dosifiques las ideas, ellas deben ser como un cunaguaro y la bandera una llanura inmensa donde todo sea posible. Toda bandera debe tener su ley y su poesía.

¡Aplicar fuerzas de manera constante es necesario! Aquel que ondee la bandera cargará con el peso de todos, incluso de los muertos. Los héroes pesan más que el oro, pesan como el sol.

Will leía y lloraba como si algo se hubiese desbordado dentro de él. Tenía la sensación de estar en un sueño y ser Atlas. Los sueños del Capitán siempre le importaron más que los propios. Las utopías a veces funcionan como virus troyanos. Esa tarde amarraron a Will por primera vez, aunque eso no detuvo su histeria.

E

El Capitán estaba sentado a un lado de la ventana, evitando el sol. Huraño y paranoico, miraba con recelo la sombra de la ventana sobre el piso; una serie de barras proyectadas nítidamente, una al lado de la otra. La luz develaba la verdadera estampa del manicomio, estaba asediado de sombras carceleras, se mostraban apacibles y amables cuando en realidad eran barrotes. Will, aún afectado por los analgésicos, se acercó al Capitán, y este le señaló las sombras:

—Esa es la verdad.

Will se paró de espaldas a la ventana y vio su silueta en el piso rodeada de barrotes.

170

—¡El Capitán no está loco! ¡El Capitán no está loco! ¡Nunca serán hombres porque nunca serán libres! Le dicen loco y lo vigilan, lo amarran, lo dopan con los ojos sobre la nuca. Son tarántulas. El manicomio se lo ha tragado. Lo masticó como a un trozo de carne fresca. ¡Abran la cárcel! ¡El Capitán no está loco! Miren los barrotes.

La noche será peor, todo será cárcel. El Capitán lo sabía. Antes de que el ocaso se impusiera en el horizonte, sacó a Will de la sombra, lo dejó bajo una lámpara. Ahora la sombra proyectada en el piso por la ventana se alargaba hasta el final del pasillo. Will esperaba ansioso que la lámpara encendiera; recordó la bandera y dijo:

—Leí tus instrucciones, las tengo aquí en la cabeza —se tocó la sien con un dedo, sonriendo, pero la sonrisa se difuminó al notar que la lámpara seguía apagada y que la silueta del ceretón saltaba entre los barrotes. Toc-toc.

—No te preocupes, la lámpara encenderá, y luego haremos la bandera y ondeándola seremos libres.

Will brincaba de alegría, por un momento olvidó la noche y el ceretón, se agitaba en el aire como un papagayo con hojillas en la cola para abrir las venas del cielo.

—La mayoría ve la cárcel en la ventana, llevo años en eso —continuó el Capitán—, las sombras son las camisas de fuerza. Para liberar las manos, primero hay que liberar la mente. La verdad es como una espada afilada —el manicomio desapareció, quedó Will en un espacio blanco y el Capitán entró en una especie de trance; la poesía lo tomó por asalto—. Me hubieses visto sacándome espadas de la boca, parecía un mago. Cuando me tocaban la punta de la lengua, se cortaban. Tengo en la boca un arsenal de sables, tengo la Campaña Admirable en el aliento. Con un beso rompería todas las cadenas. Si me tocas el labio no quedaría una cárcel dentro de ti. Todo lo que antes fue barrote, ahora sería jardín o puente. Solo debo hablar para doblar cerrojos. Quien me escucha se vuelve espada; filo. De nuestras bocas sale el sol, sables como semillas de fuego, rompen la oscuridad y la hacen verbo. Yo sería libre con un beso de Alba.

En realidad el Capitán únicamente dijo las últimas palabras: «Yo sería libre con un beso de Alba». El resto fue delirio de Will, que siempre lo escuchaba como si se tratase de un profeta, ahora que están en el manicomio es peor, pues si el Capitán dice «mar» Will imagina sirenas; si dice «luz» viaja hasta una estrella, y así con cada palabra. Siempre fue un buen poeta, podía leer las almas. El Capitán planeó durante años y finalmente las piezas estaban en su lugar. Según sus cuentas había suficiente pelusa como para cubrir todo el manicomio, tenía tanta que el manicomio parecía una fábrica textil con depósitos subterráneos.

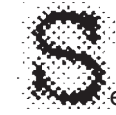
—Will, necesitamos organizar a todos, distribuirnos por colores. Una libertad sin bandera resulta inocua. Junta pelusas. Llegó la hora. Hay que sumar fuerzas, todo el manicomio debe levantarse como un cuerpo humano, incluso los esquizoides y los deprimidos deben ser órganos. La mayoría está con nosotros. Cumple con tu parte a costa de todo. ¡Será justo antes del amanecer! ¡Prepárate!

La lámpara se encendió. El Capitán, aun en su vesania, tenía el poder de convencer hasta al más incrédulo, y ahí estaba Will creyéndose un guerrillero, viéndose a sí mismo como a Camilo Cienfuegos. Se reían incontrolablemente tarareando *La Internacional* y de lejos parecían dos monos jugando. Los enfermeros se reían.

—¿Y cómo les avisamos a todos? —preguntó Will mirando fijamente la lámpara encendida sobre su cabeza. El Capitán entonces le tocó el hombro y respondió:

—¡No te preocupes, yo me encargo de eso! Tengo un infiltrado entre los trabajadores del manicomio, un camarada que también escucha al ceretón, él me dará acceso a los parlantes antes del cambio de turno. Acabaremos con las sombras, Will... nosotros seremos el alba.

~~Yo, que soy quien trabaja de sol a sol, estoy cansado de que me tachen de las páginas de la historia. El Capitán tiene razón: estamos presos en este manicomio. Al amanecer terminaré esta novela y el mundo sabrá que existimos, aunque me declaren una amenaza.~~



Se acercaba el amanecer y en su cabeza sonaba el «Himno a la Alegría», retumbaba cada vez más fuerte, intensamente, como un saxo en la madrugada, y se amplificaba hacia todas direcciones. Los locos escuchaban a Beethoven, como si la cabeza del Capitán fuese un parlante y dentro de ella la orquesta más grande del mundo se reuniera a tocar. El Capitán corría de un lado al otro, erupcionado, lanzando pelusas... gritaba consignas y la verdad era fuego dentro de su alma. «Ven, canta, vive cantando, vive soñando el nuevo sol, donde los hombres volverán a ser hermanos».

Los condujo a todos a que sacaran las pelusas, que las lanzaran al viento. El Capitán tomó por asalto la oficina del director, desde allí miraba por la ventana extendiendo su cuerpo, como si aquella cornisa fuese la proa de un barco. Estiraba el brazo señalando hacia donde asomaban ya los rayos del sol, blandía pelusas con la esperanza de que se encendieran junto al horizonte. El alboroto era tal, que cuando sonaron las viejas dianas contraincendios nadie las escuchó. Solo se oía a lo lejos una intensa melodía, una algarabía de marcha de diversas texturas, que iba del recitativo musical a una fuga doble entre solistas, coros y metales.

—Esperanza está viva —grita el Capitán entre el alboroto. Tiembla, pues en un parto nadie se salva del miedo. Él sabe que algo está naciendo de ese caos que ha iniciado ¡Hay mucha gloria en nacer cuando todo es asediado por la muerte! Alba no ha muerto del todo, amar nunca es en vano.

Faltaban minutos para ver al sol alzarse y nuevamente todo olía como si alguien hubiera rebanado piñas, naranjas y manzanas sobre

el fuego. Las pelusas cubrían el manicomio, flotaban entre la niebla de la mañana.

El Capitán cantaba desde la dirección a través de los parlantes: «Un tropel de caballo, la historia dormía y se despertó». Los locos, llenos de emoción, lloraban, reían y rompían a porrazos las paredes del manicomio, sacando de ellas las pelusas almacenadas durante años. Las organizaban por color y las transformaban en pequeñas banderas, como arañas tejiendo redes.

Esperanza, desde las montañas, despertó escuchando la música y tratando de descifrar su sueño de siempre, se preguntaba:

—¿Quién es el Capitán de ese barco donde aterrizo? —estaba angustiada, quería olvidarse de su sueño: pero aunque todos podemos renunciar al delirio nadie puede escapar de su propia historia.

—¡Se quieren fugar, alerta! ¡Se quieren fugar! ¿Dónde está el vigilante? —gritó un enfermero.

Yo le saqué la puñeta desde la caseta que comencé a rociar con gasolina. ~~Me tacharé por última vez mientras todo arde. Esta novela terminará en ardimiento. El alba es un fuego sagrado que nos despierta.~~

174

Will abría las tuberías del gas en la cocina del manicomio, cerró todas las puertas y desde adentro miraba a doctores y enfermeros tratando de derribarlas. Cuando una de las entradas estuvo a punto de ceder, los locos entraron en batalla. «Flores de sangre son, aves de guerra son, tal y como está el mundo de hoy»....

Todo olía a gas y las pelusas inundaron el viento, como abejas. La música hacía el amor con el amarillo, las alimañas bailaban sobre el azul y los enfermeros corrían por el rojo. Era una pintura de Chagall sobre el caos y el amor. Sabía que en cualquier momento todo explotaría, era la última batalla de una guerra.

—¡«Ven, canta, vive cantando, vive soñando el nuevo sol, donde los hombres volverán a ser hermanos»! ¡Estamos en guerra, pero haremos de este naufragio el mejor país del mundo! —los locos en el pasillo alzaban los puños con algarabía.

El Capitán apareció en mitad del patio ondeando una enorme bandera. Estaba descalzo y sin camisa, trataba de sostener sus

esperanzas y la de los otros, batiendo, como el abanderado de Bracho, aquel sabanal de trozos de tela, pelusas y papeles. Entonces, se sacó un yesquero del bolsillo. Con el primer chasquido, emergieron chispas de sus pies y se transformó en hoguera.

Las chispas encendieron la bandera y, poco a poco, de todas las paredes del manicomio brotaron llamas, vetas de oro. Las pelusas eran estrellas mínimas aleteando a ritmo de mariposas. Al final del pasillo estaba Will, en la cocina, fumando un cigarro imaginario, viendo aquellos destellos como luciérnagas hacia su alma. Sonreía, pues sabía que el eleuthérico *Capitán* era de una belleza tan magna como la justicia.

«Él, que soñaba con flores, soñaba con aves, también despertó y miró... un rocío rojo». La música acometía la atmósfera del amanecer. El Capitán cantaba desde el patio. El ceretón observaba desde lo alto de un árbol, sonreía, estaba impregnado en gasolina y tenía en las manos una torta con una vela encendida... ~~pensaba en ella, pero la muerte no estaba.~~ Era su cumpleaños, no lo celebraría solo esta vez, de alguna manera la agonía también era suya, era su umbrosa jarana.

175

—¡Will, la carajita está viva!

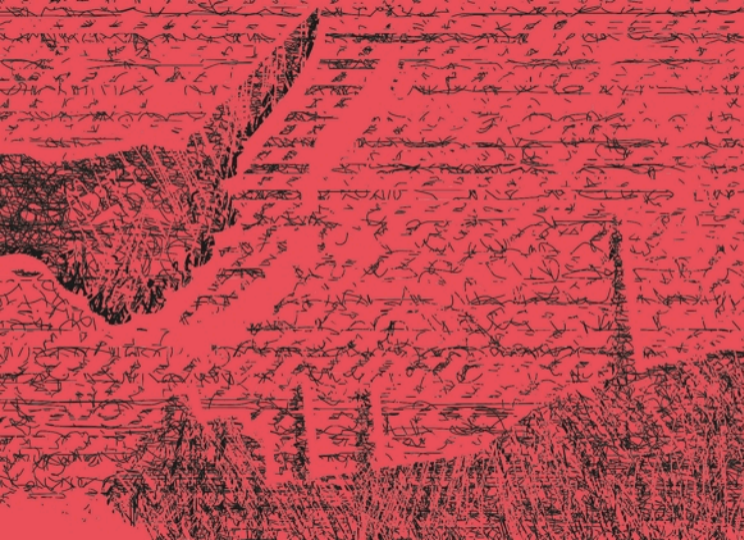
El Capitán veía una bola de fuego salir de la cocina que se tragaba al manicomio entero. El edificio era un volcán que llenaba al país de cenizas tricolor. La esperanza debía ser radical, la misma con que Will se consumió.

En un principio pensaron que planeaban huir. Pero los locos caminaban desnudos hacia el incendio. ~~Aún no sé si apagué la plancha, pero ya es hora de que me vaya al liceo.~~

Entre los chasquidos del fuego, tarareaban en coro: «Ven, canta, sueña cantando, vive soñando el nuevo sol, donde los hombres volverán a ser hermanos». El Capitán flameaba sobre el horizonte, daba giros rojos y gritaba en frenesí, como un padre que ve nacer a una hija, con una certeza que parecía iluminarlo todo:

—¡Que nadie se rinda, estamos a punto de ganar la guerra! ¡Haremos de este naufragio el mejor país del mundo!

Este libro se terminó de imprimir
Durante el mes de enero de 2024
1000 ejemplares
Caracas-Venezuela



El naufragio del alba Del naufragio intuyo el alba

David Gómez Rodríguez

